CULTO DE ACOPLAMIENTO

EDITORIAL JOSÉ MARTÍ
Publicaciones en Lenguas Extranjeras

ELAINE VILAR MADRUGA

EDITORIAL JOSÉ MARTÍ

Edición y corrección: *Ana María Díaz Canals*

Edición y corrección para e-book: *Jorge Fernández Era*

Diseño y composición: *Roberto Armando Moroño Vena*

Fotografía de cubierta: *Caperucita,* de Leila Amat Ortega

EDICIÓN IMPRESA, 2015

© Elaine Vilar Madruga, 2015
© Editorial José Martí, 2015
ISBN 978-959-09-0721-0
INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO

Editorial JOSÉ MARTÍ

Publicaciones en Lenguas Extranjeras
Calzada no. 259 e/ J e I, Vedado,
La Habana, Cuba

Email: direccion@ejm.cult.cu

http://www.cubaliteraria.cu/editorial/editora_marti/index.php

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Si precisa obtener licencia de reproducción para algún fragmento en formato digital diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o entre la web www.conlicencia.com

EDHASA
Avda. Diagonal, 519-52 08029 Barcelona. Tel. 93 494 97 20 España
E-mail:info@edhasa.es
En nuestra página web: http://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado

Más libros digitales cubanos en: www.ruthtienda.com
Síganos en:https://www.facebook.com/ruthservices/

A mamá y los abuelos: mi isla,
mi casa, el retorno infinito.
A Elena. Por todo lo dicho… y lo que aún no.
A Cindy, la espiral del tiempo.
A Espacio Abierto.
Especialmente a Carlos Duarte,
Raúl Aguiar y Jeffrey López Dueñas.
Y a Abel, mi eterno.
A las páginas de Al final de la senda
y Sol Negro, mis dos primeros compañeros de descubrimiento.
Porque son los culpables —y también cómplices— de este viaje.

Al séptimo día

Estabas solo. Perdido.

Habías dejado de hacerte preguntas después del último milenio de saltos entre dimensiones infinitas, buscando un rastro de vida que no existía en ninguna de ellas.

Te volviste loco al verte varado en aquella dimensión vacía como una cáscara. Y como a una cáscara la odiaste, porque no tenía nada para ofrecerte. Eras solo un traidor, un exiliado de la casta del dios Orom. Eras el tabú de tu especie, y como tal estabas condenado a ser un solitario.

Resignado, apagaste los motores y desgarraste el vínculo del *hipersalto*. Con pasos lentos entraste a las vitrinas de *criocongelación*, pensando en una inmortalidad indolora y alejada del recuerdo. Imaginaste que terminaba el tabú mientras te abrazabas a la última vitrina funcionable y contemplabas a aquel universo de polvo y muerte, que estaba condenado —como tú— a la inercia eterna.

Cuando el frío llegó a tus huesos, soñaste.

Cuando el frío llegó a tu mente ya habías extendido sobre el sueño un mapa azul; y sobre él hiciste a la tierra, al mar y a cada cosa viviente para que te adorara.

Todo en solo seis ciclos.

Entonces decidiste que aquel sería el principio de muchos principios.

Dormido aún sonreías, como suelen hacerlo los dioses en el descanso del séptimo día.

Génesis

A Daína Chaviano

Los rayos de Zomber, la primera estrella de Uildeir Murg, tocaron la figura de la anciana. Welkiar despertó, atormentada por el regreso de la pesadilla. De repente, como otras tantas veces, no supo qué hacer, ni siquiera si se encontraba en el mundo de la realidad o del sueño. El miedo la mordió y Welkiar volvió a cerrar los ojos. Se preguntó en silencio por qué acudía aún a postrarse ante sus plantas la sombra irreducible de Eivia: el vestigio de aquellos actos y voluntades acechaba su prudencia.

Welkiar tembló un instante, y supo que era imposible escapar del temor; eternamente estaría allí, hasta que ella misma no fuera más que polvo sobre los pies de Isweal, la diosa.

Sin embargo, con la llegada ruidosa de un grupo de niñas —frutos de las bondades de Isweal— Welkiar abandonó sus cavilaciones y aquellos recuerdos que amenazaban con asaltarla. Todas tomaron asiento a los pies de la anciana y le tendieron los dedos en un gesto de respeto.

—Señora, deme el discernimiento para educar a su simiente —masculló a media voz la cuidadora, acogiendo a las pequeñas con los brazos abiertos.

Welkiar observó, desde su sitial de matrona, a la nueva cosecha que se forjaba en el seno de la comunidad. Aquel era su deber con la diosa: educar a las niñas, enseñarles las doctrinas y tablas de ley de Isweal, suplir el papel de sus madres desde la más tierna infancia. Ayudarlas a integrarse al mundo como una célula más. Pero Welkiar no se había atrevido a amar de nuevo a ninguna de aquellas chicas que venían a ella como pájaros con alas rotas y salían, años después, volando a cuenta y riesgo.

No otra vez.

Muchas de las pequeñas asumirían un puesto activo dentro de la comunidad e, incluso, dentro del círculo de sacerdotisas cuando llegara el próximo *asdelar*, ciclo de la reproducción femenina de obligatorio cumplimiento. Otras tendrían que continuar educándose durante soles, hasta llegar a los límites de la comprensión que se le exigía a cada mujer. En aquel juego tan serio, Welkiar era la pieza más importante, de la cual dependían los frutos de la diosa. Sin ella, el mundo volvería al caos que Eivia había dejado con su destierro, pensó de nuevo, pero esta vez intentó sonreír.

De muchas maneras, era feliz. Feliz como solo pueden serlo las cuidadoras. Isweal le había entregado el mejor de los tesoros.

—Madre, dime cómo seguir apartándolas de mi miedo, cómo alejar el aliento de Eivia de nosotras —rezó, apenas moviendo los labios.

Welkiar sintió que el pavor se aferraba a sus túnicas. La proximidad del *asdelar* no hacía más que recordarle su único error en la crianza de un retoño. Cada vez que las pequeñas abandonaban su resguardo, la cuidadora percibía más cerca que nunca el peligro de Eivia, de que se abrieran las puertas del desastre.

Asdelar, el rito de la concepción, del que ninguna mujer fértil podía escapar. Allí, los hombres de Uildeir Murg salían de su eterno vagar sobre las sombras de la inconsciencia, para servir a Isweal. Sembraban su simiente en el vientre de las elegidas, y luego retornaban a su sueño. Bajo la luz de las ocho lunas de Uildeir, la sociedad se reunía para ofrecer a sus hijas y convertirlas en la nueva generación de procreadoras.

Aquella era la fecha más importante para aquel pueblo donde las mujeres reinaban bajo el sol y la luz de las estrellas, con el cetro y poder de Isweal. En la ciudad, los años corrían, iguales a todos los anteriores: caza, pesca, recolección, enseñanzas. Solo el *asdelar* permitía un momento de distensión, donde la fiesta y la mascarada se convertían en los epicentros de la vida… donde todo —o casi todo— estaba permitido: incluso pecar junto a los hombres.

Nadie se había opuesto nunca al mandato de la tradición.

Las ciudades fluían desde Aiseld, los puertos del oeste, hasta Destyop, los solares de hibernación, sitio al que los varones eran conducidos desde la niñez. La caída del hombre resultaba un hecho ya consumado: unos pocos ejemplares vivían inermes y drogados en inmensos salones de germinación, donde despertaban exclusivamente para recibir un latigazo de placer o ser llevados a los campos de trabajo. Aquellos idiotas sementales solo se escondían tras los barrotes y esperaban.

«Hasta que Eivia alzó las manos al cielo e invocó un nombre. Hasta que Eivia se atrevió», pensó la anciana y cerró los puños.

En su interior, estaba llorando.

El renacer del ciclo se aproximaba, poderoso como las aguas, y ninguna de las súplicas de Welkiar podía detenerlo. Entregar a las niñas resultaba el sacrificio más cruento para una cuidadora, mujer estéril cuya única misión dentro del entramado de la comunidad consistía en la formación de las generaciones. Welkiar sabía que esa era, probablemente, la última camada que acogería en su protección. Después se dejaría volver en paz al pecho de la Señora, con la felicidad del deber cumplido, y dormiría para siempre.

En su juventud, al saber que no podía dar hijos y ser separada del resto de sus hermanas y conducida a una celda de instrucción, Welkiar vio su alma dividida por el desencanto de no saberse útil… al menos, no de la manera que había planificado toda su vida. Estaba preparada desde la cuna para convertirse en una productora y bailar junto a las otras muchachas las

danzas rituales del *asdelar*… Pero su útero estaba seco como árbol con las raíces cortadas. Nadie regaría dentro de ella el misterio de la vida. El máximo privilegio de una mujer le estaba negado.

Al principio fue difícil aceptar la verdad; luego, tras años de espera, décadas de llevar en sus pechos a tantas criaturas, el oficio de cuidadora le pareció una bendición menor que llegaba para aliviarla. Desde la posición ventajosa de la educación, se esforzaba por cumplir con los mandatos y alejar la tristeza o la apatía de sus niñas. Algunas muchachas se entregaban a ella con las manos abiertas, extrañando el calor del abrazo de la madre, o ansiosas por perfeccionar el arte de la feminidad. Otras tardaban en apartarse de la vida que dejaban tras los muros de Durtyer, la capital formativa. Pero todas las mujeres habían de pasar bajo sus muros, para integrarse a Isweal y comprender los propósitos y las leyes de la diosa.

—Señora, que tus palabras escapen de mi boca —dijo, esta vez en voz alta y clara—. Ayúdame a mostrarles el laberinto de tus ideas. No puedo llevarlas al mundo sin que conozcan el peligro que ha dejado Eivia dentro de él.

Durante generaciones, había ocultado el único secreto de la ciudad, intentando confinarlo a unas tinieblas indiferentes. Welkiar no podía ignorarlo, a pesar de que otras muchas cuidadoras, más sabias y venerables, pretendían mentir y borrar la presencia de Eivia.

Pero había llegado la hora de hablar. Lentamente, bajó la mirada hacia las niñas inquietas, que aguardaban envueltas en mutismo el inicio de la lección matutina, para tejer el paso de la historia.

Fue simple rememorar para ellas la llegada de Eivia a los jardines infinitos de Durtyer, camuflada entre el resto de la camada. Una niña como cualquier otra, pálida y llorosa; llevaba aún entre los dedos las flores de los jardines del mundo exterior. Aún no era un peligro, ni siquiera un estorbo dentro de la capital. Eivia buscaba sin descanso una mano a la que aferrarse como a la tabla salvadora en un mar embravecido, y fue Welkiar la primera en extendérsela. Desde entonces, una se ligó a la otra. Para Welkiar, Eivia era la hija que nunca había llegado por los inmensos vados del destino, y como tal, la amaba.

Miles de ideas, reflejos de su memoria, cruzaron la boca de la cuidadora. Dijo, quedamente, sin desviar la mirada de las pequeñas amontonadas a sus pies:

—Años atrás, la capital cometió un único error en su formación, un error que estremeció los peldaños de la magia de la diosa. Urbes enteras cayeron asoladas por las pisadas de los hombres. Isweal perdonó, pero no es prudente olvidar. Todo comenzó tras estos muros, y hoy son pocos los que recuerdan la verdad, salvo aquellos que permanecimos tras sus paredes, mientras observábamos el devenir de los acontecimientos. Todo comenzó con Eivia, una muchacha encomendada a mi sabiduría.

Silencio.

—Quiero creer que ella ni siquiera imaginaba el alcance de sus actos, quiero creer —la vieja tomó agua de un cántaro cercano y se refrescó la garganta—. Si fue así, es solo tan culpable como yo misma.

Era la noche de la diosa, la noche del *asdelar*. La tercera luna descendía suavemente, como un milagro cotidiano. Poco a poco, las plazas de Durtyer fueron llenándose. Las jóvenes iban a ser entregadas al mundo en aquel ciclo, llenas de la gracia de la diosa. Las *ileas*, sagradas novias, bailaban con desenfreno; sus túnicas sumergidas en agua las convertían en estatuas majestuosas. Danzaban sobre las piedras. Las cuidadoras llegaron en silencio; todas vestían de negro y llevaban en los rostros las máscaras.

Welkiar también estaba allí. Saboreaba su triunfo, se sentía plena ante los bailes de Eivia, la más hermosa de todas las *ileas*. Su pequeña, a la cual debería renunciar cuando el sol despuntara en el horizonte, porque ninguna mujer que ha sido tocada por la diosa puede volver a ver los muros de Durtyer, ni a ninguno de sus moradores.

La ceremonia del *asdelar* culminó. Las sacerdotisas guerreras, con sus rostros marcados por las cicatrices de viejas reyertas, trajeron sobre sus hombros la imagen de Isweal. Alta y serena, la estatua de roca y ojos vivos alumbró un instante la Plaza. Las *ileas* se inclinaron ante ella, y observaron que el cuerpo de la diosa estaba hecho de luz, fuego y agua, resumidos en una extraña mezcla. Las sacerdotisas guerreras colocaron a los pies de las *ileas* sus espadas desenvainadas, y los guanteletes de plata de sus manos como símbolo.

Mientras, las muchachas, aún temblorosas ante la presencia de la imagen, se despojaron de sus vestidos y quedaron desnudas, aguardando.

La llegada de los hombres fue celebrada por la multitud con gritos de victoria. Estaban despiertos y ellos también esperaban el primer paso. Las *ileas* permanecían absortas en la contemplación de aquellas criaturas tan distintas y, a su vez, tan parecidas a su propio reflejo. Al principio, la timidez las venció a todas: nadie quería aproximarse. Welkiar, desde su asiento, sonrió cautelosa. Había visto aquello una y otra vez y conocía, al igual que cada una de las *ileas,* que la procreación era la mejor y única manera de continuar la tradición.

Una mujer se movió hacia el otro extremo de la plaza, donde los varones aguardaban. Fue la primera, y luego, una a una, se acercaron y escogieron su pareja.

Ahora Welkiar apenas podía ver a través de la máscara. La luz de la plaza era casi nula.

Los movimientos sinuosos de las *ileas* parecían irreales, orlados cual espuma, sembrados de sensualidad. Welkiar cerró los ojos, porque sabía bien qué pasaría a continuación. Solo un momento se detuvo para mirar a Eivia. Ella se mecía sobre el cuerpo ajeno que la recibía, dispuesto a

otorgarse en el holocausto del deseo. Welkiar vio los ojos de la *ilea*, ya convertida en mujer para siempre; y observó un calor desconocido que emanaba de ellos y se detenía sobre las pupilas del sometido.

Era una de esas miradas que las hijas de la diosa nunca se permiten.

Mostraban debilidad.

La cuidadora se cubrió los ojos con la máscara.

La voz de Shuerteal, la traductora de ideas de la diosa, Señora del Poniente, dio fin al ritual:

—Isweal —exclamó—, bendícenos con el nacimiento de niñas.

La plegaria corrió de labio a labio, brillante cual promesa. El sacrificio de decenas de varones recién nacidos —tributo que alimentaba la tierra y los suelos— era la mejor forma de mantener a los hombres a raya, en los límites del agotamiento y la extinción. Reducidos como bestias. Los sobrevivientes se criaban en las cámaras de Destyop, y agradecían el privilegio de respirar mientras las sacerdotisas guerreras rezaban letanías a media voz, mezclaban polvos y líquidos que después los harían dormir durante mucho tiempo. Y así permanecían, en estado de hibernación, hasta la siguiente renovación del ciclo de Isweal.

Las *ileas* se tendieron, desnudas. Suspiraban de agotamiento y luego rechazaban a los antiguos amantes; ahora paralizados por la cercanía de las guerreras y sus espadas de hojas anchas y filosas. La plaza fue quedando a solas. La diosa se había marchado sobre el hombro de sus hijas mágicas.

Mientras, Eivia sentía sed y soledad. Y ansias de volver a abrazar el cuerpo de su amante.

Apenas alcanzaba a vislumbrar sus rodillas cuando se levantó y se encaminó, por última vez, a la capital.

En su niñez, Eivia solía buscar refugio en la compasión de Welkiar. La cuidadora la recibía sin hacer concesiones ni preguntas, interesada en los ojos que la medían, con un llamado de ayuda mudo. Cuando las canciones de consuelo se acababan para Eivia, cuando todo parecía perderse en tinieblas, quedaba la compañía mutua. Ahora que el desasosiego pretendía sumirla en aquel vórtice de violencia y mal, la *ilea* añoró la proximidad tan amada.

La capital formativa la recibió envuelta en mutismo. La muchacha avanzó, con una aprensión hasta entonces desconocida, y penetró en las cámaras de las cuidadoras.

Welkiar aún llevaba la máscara en el rostro.

—He vuelto —pronunció la joven débilmente, inclinándose ante ella—. ¿Vas a recibirme? ¿Podemos hablar aún?

—Lo haré si me lo pides —contestó la otra, sin despojarse del antifaz—, pero creo que tu madre estará ansiosa por verte de nuevo. Ha aguardado demasiado por ti.

—Sí —afirmó—. También yo.

—Entonces ¿qué más puede ofrecerte tu antiguo hogar? —inquirió la anciana, haciendo chasquear sus nudillos.

—Tengo preguntas, Welkiar. Dudas y temor. No sé hasta cuando callar y cuando decir las verdades sin comprometer a los que me rodean —hizo una pausa—. ¿Mi deber con Isweal ha culminado?

—El deber con la diosa no termina, Eivia. Se renueva, se despliega. De no ser así, nada de lo que conoces tendría sentido. El pilar sobre el que descansa nuestra prosperidad ha sido construido con imperturbabilidad, humildad y entrega. Gracias a esas virtudes, nosotras caminamos sobre terreno seguro.

—No entiendo. Quizás tampoco quiera hacerlo —dijo Eivia y la voz se le quebró un momento—. Si me marcho, jamás volveré a verte, porque mi suerte ya está escrita en las estrellas y en los códices de la tradición. ¿No es esa tu enseñanza?

—Exactamente —respondió la anciana, imperturbable—. Ahora te irás y no volverás a pensar en mí, ni te harás más preguntas.

—Dime que me amas, Welkiar. Necesito fuerzas para reconocerme. Enséñame, por última vez, tu rostro —pidió la muchacha, la lluvia se apropiaba de sus ojos—. Ven junto a mí.

La máscara de la cuidadora permaneció en su lugar: una burlona mueca de benevolencia. Los colores del antifaz dieron vuelta frente a los ojos de Eivia para diluirse en un río de mentiras y soledad. Las leyes impedían que volvieran a tocarse. Procreadoras, cuidadoras… nada más que tierra, furia y adiós.

La distancia no sería salvada nunca.

Welkiar lo supo.

Y Eivia también.

—Vete ahora —le espetó Welkiar, señalando la salida—. Será mejor así.

El amanecer consumió la silueta de la *ilea*. Eivia derramaba lágrimas amargas por la madre que abandonaba por seguir con el deber. Welkiar la observó mientras la muchacha dejaba la ciudad. Cuando la anciana quiso, por un instante, retener la imagen, descubrió que ya era imposible. La capital formativa cerró las puertas tras sus pasos y ningún vestigio quedó grabado en las piedras de Isweal.

Habían pasado cortos ciclos sobre la piel de Eivia. Aún no concebía. Por eso se encaminaba con paso dudoso hacia las puertas de los salones de hibernación para que la diosa le sonriera con su gracia. Aquella venia solo se le permitía a unas pocas mujeres, algunas veces al año, cuando los nacimientos de niñas comenzaban a escasear en la comunidad.

Eivia dudó un momento en continuar internándose en el amplio condominio de Destyop. Quiso huir de sí misma, retornar a su origen, cuando la mayor de sus inquietudes era correr a refugiarse junto a Welkiar.

Sin embargo, según los códigos, era una adulta, sol de los atardeceres de Uildeir, con todos los derechos y responsabilidades dentro de su pueblo. Por eso, tenía que dar a luz una hija que continuara su linaje.

Y pronto.

Las puertas de Destyop se abrieron y una guerrera la recibió en silencio, con las manos sobre la empuñadura de la espada. La condujo a través de los laberintos sin decir palabra, con los dedos extendidos hacia delante. Eivia observó que de ellos emanaba la luz que impedía que ambas se perdieran en el dédalo; y supo que todavía existían en su pueblo seres con el don de Isweal de crear y también destruir.

—¿Algo en especial para hoy? —indagó la guía, alumbrando a los sementales que dormían.

Eivia distinguió las brumas que domaban a aquellos cuerpos empotrados a la pared, escogidos para satisfacer los gustos de las más exigentes. Se sentía ciega y perdida. Ni siquiera estaba segura de poder reconocerlo entre tantos. Entonces, la claridad de los dedos de la guerrera iluminó un rostro al azar y Eivia se detuvo sobrecogida.

—Este —musitó y dio las gracias quedamente, como lo haría una traidora.

—Ten cuidado —dijo la guía antes de dejarla—. Ese es de los más intranquilos. Cuídate —y le arrojó el arma.

Una puerta apareció a sus espaldas, una puerta que jamás había estado allí. La guerrera la atravesó y luego la abertura se fundió de nuevo con el granito. Eivia sintió la dentellada venenosa del pánico. Había venido hasta allí solo por volverlo a ver, por desterrar de su cabeza aquella noche única. Tal vez estaba equivocada, y todas sus dudas fueran humo. Tal vez los hombres sí merecían permanecer en aquel sitio horrible, mientras el tiempo corría sin ellos.

Se acercó a él. Rozó su pelo y contempló la faz dormida. «Isweal, no me dejes aproximarme más», pensó, pero ya era tarde. La respiración del muchacho se hizo más constante, menos dominada por los hechizos. Eivia intentó volverse atrás y se protegió tras la hoja de la espada.

—Tú —ella ahogó un grito ante las palabras del hombre, intentando esconderse de los ojos que se abrían escrutadores. El muchacho preguntó, reconociéndola—: ¿Qué haces aquí? ¿Para qué has vuelto?

—No lo sé —contestó Eivia. El peso del arma comenzaba a encorvarla. Por un minuto logró tranquilizarse—: Te buscaba, supongo.

La mirada del hombre volvió a oscurecerse.

—Bien. Lógico. Es suficiente para mí. ¿Quieres que me tienda? ¿O prefieres…?

—¡No! —la violencia de aquellas palabras eran escupidas—. No vine a pedirte nada de eso. No vine a repetir un trago de la misma bebida. Por Isweal, no vine…

—Bien. No entiendo —él inclinó la cabeza en un gesto conciliatorio—. Puedes bajar la espada. No me gustaría que buscara mi carne. No estoy tan loco. Puedes estar tranquila; no te atacaré. Ni siquiera pienso en eso. Digamos que mi tiempo despierto es demasiado corto para malgastarlo.

—Pero podrías… —continuó la mujer—. Quiero decir; si quisieras hacerme daño, matarme, podrías hacerlo.

—Esa hoja tal vez no me detendría. O sí, quién sabe —habló él con burlona reverencia—. Isweal le concede dones a todas las criaturas bajo el cielo. Ustedes nos controlan, y sin embargo, nosotros poseemos la fuerza. Animal y brutal, claro. ¿No es acaso la excusa que emplean para mantenernos recluidos? El miedo es una buena clave, que obliga a muchas cosas.

—¿Cómo puedes hablar así? —preguntó Eiva—. Siendo solo un hombre, ¿cómo puedes expresarte de esa manera? ¿Y pensar?

—También tenemos buenos maestros, muchacha. Mientras están vivos. Y están vivos mientras son buenos sementales —él rió por un momento—. Aun así, algunos de nosotros, al llegar a la vejez, logramos quedarnos dentro de Destyop sin ser aniquilados, como ayudantes o esclavos. Algunos de los viejos burlan, de vez en vez, la vigilancia de las guerreras y nos despiertan para hablarnos de lo que existe más allá de estas paredes. Hemos aprendido lentamente, de generación en generación. No todos pueden comunicarse contigo como yo. Hay quienes solo sirven para sembrar semillas. Esa es toda la historia.

—Sé que sufres —empezó a decir Eivia, pero la risa del hombre cortó su voz:

—¡Mujer, mujer! Así lo quiere Isweal.

—Es también tu diosa, tu madre —Eivia percibió la vergüenza agitándose en las mejillas—. No deberías hablar así.

—¿Mi diosa, mi madre? ¿Una madre que encierra a su prole? ¿Que es dadora de vida para unas y de muerte para el resto? ¿Una madre asesina frente a la que se arrodillan continentes con el propósito de borrar el error de su creación? ¿Una madre que se proclama dueña de las estaciones y desprecia los frutos que nombra podridos? Si es a ella a quien reverencias, entonces no tengo que escucharte más.

—Calla —musitó la *ilea*, cubriéndose los oídos—. Yo tampoco quiero seguir aquí. Ni quiero saber de lo que me hablas.

—Bien. A mí tampoco me interesa. Vuelve a tu guarida, y sirve a Isweal hasta que seas un cuerpo más bajo la tierra.

Una lágrima rasgó el perfil de Eivia. No tenía argumentos para rebatir al prisionero.

Había perdido el orgullo. No creía en nada, y, sin embargo, su corazón flotaba libre, sin ninguna cadena. Despacio, inició el diálogo:

—Estoy sola. Me pregunto cosas. Lo cuestiono todo.

Silencio. Por un tiempo que pareció infinito.

—El lugar al que una vez pertenecí forma parte del ayer —volvió a decir la muchacha—. Jamás volveré a cruzar sus umbrales, ni a abandonarme al amor que intenté ver en la diosa. Estoy sola —repitió, sin poder creerlo— y mi nombre es Eivia.

—Eidanth… —apenas dijo él.

Aquel fue el primer encuentro de muchos. Yacieron juntos, sin avistar la tormenta que despuntaba en el horizonte.

—Puedes darme la libertad —Eidanth estaba despierto, pero el tiempo se abalanzaba en su contra—. Eivia, puedes darme vida, alejarme de este lugar horrible. A mí y al resto de los que dormimos bajo la magia de las sacerdotisas. Y algún día, los dos juntos, criaremos a nuestros hijos e hijas en igualdad, sin mentiras.

—Estás loco —dijo ella y se desligó del abrazo—. ¿Qué podría hacer yo sola contra tantas leyes? Leyes que existen porque…

No supo cómo terminar aquella oración.

—Que existen porque sí —fue la respuesta de Eidanth—. Tienes tu espada. Su hoja no está mellada, conserva el filo de batallas pasadas. Dámela —le pidió él—. Llama a la guardiana, y déjame asestarle un golpe. Tú eres mujer y tienes los dones de magia de Isweal. Avanzaremos por el laberinto, despertando a todos los que duermen allí. ¡Por favor!

—¿Qué me pides? ¿Qué piensas hacer? —se asustó ella—. ¿Quieres que trastorne mi mundo, el que me educó? Piensa, Eidanth: cuando los tuyos salgan de este sitio, sembrarán el horror sobre mi gente. Entonces, ni siquiera tú podrás controlarlos.

—Sí, no te mentiré —dijo—. No abandonaré Destyop para esconderme en las montañas de Noytelr. Avanzaré hacia las ciudades y haré la guerra, para que las generaciones que me sigan puedan respirar bajo el mismo sol, sin necesidad de aniquilarse mutuamente. ¿O acaso piensas que no merezco eso?

—Eidanth… No puedo.

—Entonces, cuando procrees un niño en tu vientre, cuando nuestro árbol germine, reza porque nazca hembra. Porque si es varón, tu propia mano deberá entregarlo. Y tampoco volverás a verme.

Eivia cerró los ojos. Sabía que su amante decía la verdad; si ese día llegara, ella no tendría fuerzas para condenar a su hijo al sufrimiento… Pensó en Welkiar y su amor. El dolor le rasgó las entrañas.

No volvió a hablar, pero llamó a la guardiana a grandes voces y cuando esta se acercó con ojos soñolientos, ya Eivia tenía las manos en alto y empuñaba la espada. El acero cortó el aire dos veces, y silbó sobre la carne derrumbada.

La guardiana cayó. También Eivia.

—¡Rápido, rápido! —la urgió Eidanth, mientras limpiaba las huellas de

sangre y lágrimas del rostro de su amante.

—Antes de morir, ella me miró. Sabía que la había traicionado, y no podía comprenderlo —sollozó Eivia—. Jamás olvidaré sus ojos, Eidanth.

—Lo sé.

No dijeron más.

Ambos avanzaron por el camino de piedra. Eivia extendió los dedos y la luz iluminó su senda. De repente, la magia de la diosa navegaba en sus venas y fluía a través de ella. Pudo ver dentro de la roca a los seres hibernados que yacían en reposo y señaló hacia delante.

—Por aquí —murmuró.

Una puerta se abrió ante ellos.

Los hombres avanzaban entre la maleza, agazapados. Las hojas cubrían sus rastros. Tras ellos, quedaban campos en llamas, las espigas encendidas como antorchas sobre la noche de Uildeir Murg. No se escuchaba una palabra.

Caminaban aprisa, pues un ejército de las más poderosas guerreras de Isweal andaba tras sus pasos. Eidanth iba al frente de la comitiva. Había cambiado, quizás demasiado, desde los días nefastos en los solares. Ahora tenía toda la apariencia de un guerrero: la espada envainada y puñales al cinto, el yelmo en la cabeza.

Más vigilante.

Eivia estaba a su lado. Ya no vestía como una *ilea.* En lugar de túnica translúcida, llevaba una cota de mallas corta, un arco y un carcaj lleno de flechas venenosas de puntas doradas como picos de aves.

El rastro de desolación que dejaban tras ellos ya era largo. Muchos solares de hibernación se consumían a su paso. Los hombres, finalmente a la intemperie, corrían junto a ellos, a integrar las filas y enfrentar las legiones de la diosa. Combate tras combate, el cerco se recrudecía; las probabilidades estaban en contra de los seguidores de Eidanth. Las tropas de Isweal eran un elemento a tener en cuenta, que sembraba el temor entre los liberados.

En cada ciudad, las cabezas de Eidanth y Eivia tenían puesto un precio. Un precio cada vez más alto. No eran pocas las emboscadas que habían eludido. Muchos del improvisado ejército habían caído ya en los campos de batalla, incapaces de detener el avance de las guerreras, con sus espadas en alto, sus ojos hambrientos de carne viva, sus mandobles buscando una brecha por donde penetrar.

Sin embargo, aún no perdían la esperanza. Siempre quedaba Lugmad, la Nueva, hasta ahora la única ciudad donde hombres y mujeres convivían en armonía, donde todos los niños al nacer iban al seno de su madre, y no hacia los solares.

Ahora lo que realmente importaba era llegar a salvo a Lugmad y sellar sus amplias compuertas, protegidas por los hechizos de Eivia, magia que —

por alguna razón hasta entonces incomprensible— ni siquiera las sacerdotisas podían aniquilar.

Eivia borraba las señales que podían delatarlos en el camino.

Pero el tiempo corría en su contra.

—¡Adelántate! —murmuró Eidanth, tomando la mano de su amante—. Eivia, eres nuestra única esperanza; presiento que esta noche acabará con muerte y fuego. Si no llegas a Lugmar antes que las guerreras, ellas barrerán nuestra obra.

—No puedo dejarte —dijo Eivia. Sabía que él tenía razón: las voces del viento le hablaban, y los ejércitos de Isweal marchaban en su contra. Debía correr y rezar, y abandonarlo atrás.

—Es tu deber —la conminó él—. Todos nuestros sueños y esperanzas están en juego. ¡Vete! Nada puedes hacer a mi lado, salvo morir.

Eivia le besó las palmas de las manos, humedeciéndolas con sus lágrimas. Luego le dijo adiós, agitando ambos brazos en el aire. Sabía que, quizás, aquel fuera el último momento en que lo vería. Luego corrió como una saeta hacia los bosques y se internó en ellos.

Eidanth la miró hasta que Eivia se perdió entre los árboles. Entonces escuchó su propio llamado. Isweal le estaba hablando.

Las tropas de la diosa lo esperaban en las encrucijadas de Myrandúr.

La diestra de Shuerteal, señora del Poniente, temblaba desafiante al entregarle la carta.

Welkiar escuchó las pisadas del caos destruir la tranquilidad de su reposo, irrumpiendo cual huésped salvaje. Los actos de Eivia comenzaban a trastornar el eje interno de la sociedad y amenazaban convertir de nuevo el mundo en un lugar donde sería difícil para una mujer caminar sola sintiéndose segura. Los sementales eran cada vez más peligrosos. Habían conocido lo que era respirar sin cadenas, y ahora nada podría conducirlos de nuevo a Destyop, salvo la muerte o una derrota total.

Debían ser controlados… y lo serían.

Tanto Shuerteal como Welkiar estaban convencidas de ello; pues si bien los hombres poseían los dones del combate y la fuerza, no tenían manera de vencer las artes mágicas de las sacerdotisas que encabezaban las huestes de Isweal.

Pero estaba Eivia, que finalmente había encontrado su poder. Un poder incomprensible por lo grande… como si hubiera venido de las manos de la propia diosa. Los hechizos de las otras mujeres no mellaban los escudos de magia que Eivia había creado. Como si Isweal quisiera que fuera así.

Shuerteal apartó aquel pensamiento con una mueca rabiosa. Eso era imposible. Eivia no era más que una traidora. La diosa no estaba junto a ella. El nombre de aquella chiquilla desgraciada era escupido y maldecido en cada templo y ciudad, incluso en la misma capital formativa.

Las órdenes del ejército de Isweal continuaban siendo las mismas desde

el comienzo de la guerra: muerte inmediata, sin clemencia alguna, para aquellos que se interpusiesen en su vereda. Pero aquella ley no se cumpliría ni en Eidanth ni en Eivia. Ellos debían lavar con sangre, ante el templo de la señora, cada uno de sus errores.

Una cuidadora responde por cada camada que recibe. De alguna manera, Welkiar sentía que aquella renegada era también su responsabilidad. El nexo de amor con que durante años se había atado a Eivia no estaba aún trunco.

Debía acudir a ella, aunque fuera vano el propósito.

—¿Qué pretendes enseñarnos, señora? —murmuró al cielo, sin fuerzas para comprender—. ¿Cuál es la señal?

¿Quería Isweal, acaso, que se cuestionara su poder, se tambalearan las ciudades, se ahogaran los frutos de tanto trabajo? Welkiar descendió los altos niveles de la capital, advirtiendo que el aire estaba cargado de furor reprimido y pánico. Por un instante, le pareció ver, una vez más, la sonrisa de Eivia desmintiendo el horror mientras corría entre laberintos.

«Son espejismos que nada salvaguardan», meditó la anciana, y espantó de la mente al fantasma de la muchacha.

Sus cavilaciones fueron interrumpidas. Shuerteal se interpuso en su camino y volvió a extender la diestra. En ella estaba la misiva. Welkiar la tomó.

—Tu discípula no aprendió bien la lección —ironizó la otra, cubierta por la suciedad. Welkiar permaneció quieta, apreciando el miedo bajo la aparente capa de frialdad de la portadora—. Ya es hora de descargar el golpe. Hemos susurrado las demandas de la diosa en un oído que pretende borrar todas las promesas. No quiere claudicar. Ha creado, en compañía del semental que llaman Eidanth, una especie de refugio para aquellos que quieran construir un espacio fuera de las tradiciones, donde hombres y mujeres andan juntos bajo las lunas. Lugmad le llaman. Puedes leerlo. La carta lo explica todo. Nada le debemos a Eivia. Ni siquiera tú.

—Ni siquiera yo —repitió la cuidadora, aunque no podía creerlo. Aún no se desligaba de la sombra de su discípula. Después añadió, con los párpados contraídos, aunando las fuerzas para oponerse a una decisión de Shuerteal—. Quiero estar ahí cuando la capturen. Quizás quede alguna esperanza de recuperarla.

—Ninguna —negó categóricamente la otra. Sonreía a medias—. Además, ha dejado de ser tu responsabilidad. No ganarías nada. Es tarde.

Welkiar dio un paso atrás. Las leyes creadas por el puño de Isweal pesaban sobre sus hombros como hierro, se acumulaban en compacta violencia. Shuerteal la observó un instante, con la risa jugueteando en las comisuras de los labios. Se preguntaba qué pretendía lograr aquella anciana en la carne de una pecadora.

Shuerteal pensó unos segundos. La señora había dejado de morar sobre

Uildeir Murg para dar lugar a la guerra. Reinaba la incoherencia: hombres que exigían su libertad con las armas en la mano y diezmaban los campos, los sembrados y los altares de culto sin temor a la diosa. Cientos de solares de hibernación que caían inundados por el fuego demoledor, liberados por el amante de Eivia.

Era hora de saldar las deudas. Welkiar podía ser útil.

—Ven conmigo —murmuró Shuerteal a la cuidadora—. Estoy cansada y necesitaré ayuda.

En el pecho de Welkiar, la diosa cantó en un tono indescriptible, cálido cual las profundidades de Uildeir Murg.

La magia de las sacerdotisas iba sembrando desolación en las encrucijadas. Los seguidores de Eidanth caían al suelo como flores mustias, sin heridas visibles, solo con una expresión de terror y dolor incomparable en los rostros. Rayos de luz púrpura inundaban la encrucijada como agua.

Eidanth observaba sus propias huestes mermadas, aún luchando con las pocas fuerzas que sobrevivían al espanto. Las espadas se mellaban como si golpeasen roca al caer sobre los escudos de las guerreras. Las flechas volaban un segundo y luego estallaban en el aire en una orgía inofensiva de color y fuego. Silbaban los puñales en el aire, y los hombres no ganaban ninguna ventaja.

Isweal había desplegado toda su fuerza en un solo golpe.

Criaturas legendarias sobrevolaban el cielo oscuro, seres de pesadilla sin descripción. Eidanth se cubrió los oídos para evitar que estallaran, y desprotegió uno de sus flancos. Cuando vio la guerrera que se acercaba a él, con la hoja descubierta en amenaza, ya no pudo detener el choque. La sangre manó de su costado. Comenzó a sentirse mareado. Lo atacaron las náuseas. Con su propia espada, descargó violencia sobre la mujer, pero ella lo esquivó certeramente.

Eidanth saboreó el amargor de la derrota.

«Corre más, Eivia» pensó, de rodillas en la tierra, con las pupilas fijas en el cielo sin sol. «Corre lejos».

La muerte no tardaría en hallar su carne y su olor. Se vio a sí mismo como un ser más en un campo lleno de fatalidad, exudando su rabia segundos antes de volver al silencio de los dioses. Luego, el puño de su enemiga se alzó en el golpe fatídico.

No tardaría en caer. No tardaría.

—¡Alto! —escuchó la exclamación, y una de las sacerdotisas se inclinó sobre su cuerpo. La guerrera detuvo su arma en el aire—. No mates a este. Es el semental que buscábamos. Yo, Shileas Zild, te lo ordeno. Por Isweal.

De nada le valía su furia. Era otra vez un prisionero.

—Perdóname, por favor —Eivia lo miraba entre lágrimas.

El ejército de la diosa estaba paralizado. La traidora caminaba entre las filas de las mujeres, y ninguna se atrevía a hacerle daño. Eidanth la vio

desde lejos, y pensó que quizás desde siempre estuvieron predestinados a encontrarse en el *asdelar* y terminar dominados por el destino, prisioneros en una jaula de madera, los dos únicos sobrevivientes de la masacre en la encrucijada.

—Me entrego a ustedes —gritó Eivia, mientras arrojaba su cota de mallas, flechas y arco—. Soy Eivia y mi cabeza tiene precio en cada ciudad de Uildeir Murg. Soy aquella a quien buscan.

—¿Dónde está aquel lugar que llaman Lugmad, su ciudad maldita? —preguntó Shileas, sin mover un músculo de la cara—. Dime dónde está.

—Eso no —negó con la cabeza Eivia—. Cualquier cosa menos eso. Lugmad está más allá de su alcance. A la vez cerca y lejos. Protegida por mi magia, y ni siquiera las grandes sacerdotisas de Uildeir Murg lograrán atravesar mi mente para descubrir dónde se esconde. Jamás hablaré.

—No importa —musitó Shileas, con una mueca de amargura—. Por el momento, es más que suficiente ponerlos a ambos bajo el mismo yugo.

Eivia fue arrojada dentro de la jaula. Sus dedos ya no despedían luz, como si el poder de la diosa la hubiera abandonado de repente.

—He perdido mi fuerza —sonrió ella tristemente. Abrazó la cabeza ensangrentada de Eidanth y dijo—: Es hora de volver a casa.

Shileas Zild recibió el reconocimiento de los aplausos en las puertas del templo, sacudidas ahora por las ovaciones de las mujeres. Los miembros del consejo se deshacían en bendiciones. Festejaban la aniquilación de los rebeldes con el sanguinario júbilo de fieras en celo. En cada plaza, Shileas se detenía e iniciaba el recuento de su victoria sobre los sublevados, llena de fervor, provocando una oleada de febril excitación entre la gente.

La llegada de los prisioneros desterró toda prudencia: fue necesario recluirlos en el templo de Isweal para impedir una matanza colectiva. Eivia, asida a Eidanth, no conoció el reposo. Llevaban días sin dormir, primero sacudidos por el viaje y las amenazas de las guerreras; luego, por los abucheos de la multitud.

Eivia intentaba no escuchar. Para Eidanth cada paso dentro de las urbes era nuevo; para ella era el retorno. Había vivido en aquel mundo tiempo atrás. Le parecía que habían pasado milenios desde su ceremonia del *asdelar* hasta aquel exacto momento. Apenas conservaba unos jirones de ropa sobre el cuerpo. Tenía fiebre y la sed la atormentaba.

Por eso, cuando la figura de Welkiar se aproximó a la jaula, mucho más anciana de lo que podía recordar, Eivia sonrió, pues pensó que estaba alucinando:

—Madre Welkiar…

—No me llames así.

La cuidadora se acercó, trémula, a la apóstata, dejando que la costumbre frenara sus ansias de destruirla. Sentía odio, demasiado odio. Pero a la vez, compasión por las heridas de la muchacha, que era una

desconocida ahora. Y también amor, por el pasado que una vez compartieron. Afuera, los bramidos se convirtieron en un llamado unánime a la censura. Todos aguardaban la llegada de la diosa Isweal, y su sentencia sobre los condenados. El desprecio floreció en la boca de Welkiar:

—¿Tu semental te compensó lo suficiente? ¿Te dio lo que perseguías?

—¡Ah! —exclamó la otra, reconociéndola—. Entonces, en verdad estás aquí. ¿Te han traído para conmoverme? ¿O para quitarme lo poco que me queda? ¿Para humillarme con palabras?

—Las noticias son más rápidas que el viento, chica. Las tuyas no tardaron en abrasarme —dijo la otra—. Parte del mal que provocaste arribó a la capital formativa. Nos continuará arrasando incluso cuando tú ya formes parte del polvo.

—Eso espero, ciertamente. Convertirme en cenizas —rió irónica Eivia. Luego agregó, más calmada—: Perdón… Estoy tan cansada que no puedo hablar sin rencor, ni olvidar nuestra derrota. Y ahora es tarde para intentar explicarte. Mis ruegos no han sido escuchados. Mis razones no podrían convencerte.

—¿Explicarme qué? ¿Tu ruptura con Isweal, tu insatisfacción con la esencia del universo? —indagó la cuidadora, con una mueca alterándole los rasgos—. Escupiste los límites, ensuciaste los ritos. ¿Qué nos queda ahora, Eivia?

—Van a juzgarme. Eso debería aliviar tu deseo de venganza —la muchacha se acomodó en la jaula, de espaldas a la vieja—. El miedo te condiciona. A ti. A ellas. Incluso a los hombres que lucharon conmigo. Temes, me detestas, porque me crees el pilar del mal. No lo soy, Welkiar. Solo soy distinta de lo que imaginaste. Y tú… tú has matado lo mejor de ti misma. Yo me he entregado al amor. Sacrificio o crimen, ¿qué importa? Al menos, quise luchar por algo más que los espectros de este linaje. Tu mundo es muy viejo, madre, y los míos son la nueva vida.

—¿Los tuyos? ¡Tus sementales y tus putas! La señora jamás perdonará —comenzó diciendo la mayor, buscando un rayo entre aquella espiral de sufrimientos. Y de repente, no supo qué otra palabra añadir.

—Bien —asintió Eivia— Tampoco busco perdón. El tiempo transcurre y yo no quiero limosnas.

Una escolta irrumpió en la sala, cubiertas por las armaduras y los espejos donde se encontraban grabadas las tablas de la ley. Sobre los hombros de Shileas Zild giraba la estatua de piedra de la diosa, cubierta por centenares de hojas de *aleuv*.

Había llegado el momento de juzgar.

Welkiar se apartó. Incluso Eidanth miró con cierta reverencia.

La boca de Isweal se movió. Tras milenios de obstinada tregua había descorrido su velo y pretendía hablar. La luz del sol entró por las ventanas

del templo y se reflejó en los espejos. La diosa continuó girando y sus ropas parecieron hechas de cristal.

La voz de la divinidad sacudió los cimientos del templo.

—Descansarán mis dedos sobre su frente y nada irrumpirá su signo. He decidido. Soy Isweal.

La voz sin inflexiones era un murmullo ensordecedor, preludio de inmortalidad. Eivia fijó sus ojos en la figura ardiente, aguardando su dictamen. Estaba tan cerca del abismo que parecía simple fijarse en el borde y abarcar el dolor en un nexo irreducible.

—Nadie tocará la piel de los condenados, ni su esencia. No deseo más horror sobre mis campos. Es suficiente. Avanzarán al destierro sin rememorar las rutas de regreso a Uildeir. Todo rastro perecerá para ustedes. Arrastrados por el olvido, nada recordarán de esta tierra ni de sus vidas anteriores. Nacerán una vez más, en un mundo que recién conoce la luz. Un mundo sin habitantes, ni el calor de la existencia. Yo se los entrego. Vayan a él y háganlo ese paraíso que soñaron, donde todos respiren bajo las estrellas sin diferencias. Y luchen porque ese paraíso continúe siéndolo, si pueden. Serán el primer hombre y la primera mujer en un terreno sin nombre. Llevarán el peso de la creación y ella consumirá sus esperanzas algún día. Eivia, Eidanth. No teman más. Esta es mi sentencia. Han de pasar muchos ciclos antes que todos volvamos a reunirnos bajo la luz del sol.

Eidanth aferró la diestra de la muchacha. Advertía la cercanía del peligro, escondido tras las palabras. Poco a poco, su mente se convirtió en una página en blanco. Eivia duró un poco más que el resto de los recuerdos: una sombra pálida que pertenecía al ayer. Luego, también Eivia empezó a desaparecer.

Él aulló. La olvidaba. Deseaba asirla, pero no alcanzó a tocar aquella niebla sin comienzo ni fin.

—Eivia: en tu mundo serás la perpetua culpable. Nadie entenderá tus lamentos. Tus hijas sufrirán el escarnio, la marginación, la mutilación, el desafío, por el simple hecho de respirar. Durante milenios, ninguna hembra alzará la frente sin recibir un golpe a cambio. Navegarán densas nubes en la utopía de ese mundo que soñaste, porque los deseos son conquistados con paciencia y mucho dolor. Tendrás que esperar, hasta que el crepúsculo fenezca y se encumbren los mares. Entonces, nada quedará, salvo que ustedes y nosotros volvamos a ser uno… si podemos.

La diosa de piedra se escondió tras la máscara de la inercia.

Eivia se sumió en el sopor. También a ella comenzaron a borrársele las ideas: se introdujo en un mar de tinieblas. Su imagen y la de Eidanth se transformaron en solo vacío.

Abrió los labios, pero de ellos solo escapó un gemido. Welkiar fue la postrera imagen que quedó aferrada a su piel.

—Oh, madre… —murmuró Eivia, antes de entregarse completamente al torbellino de la omisión.

—Desconoce, ahora que descansan mis dedos sobre tu frente. Soy Isweal.

La señora calló nuevamente, mientras las lunas se avecinaban, clarividentes, sobre los amantes dormidos.

La cuidadora reparó en la inoportuna arena que se había colado a través de las puertas de Durtyer: le quemaba la vista. Las discípulas se inquietaron e intercambiaron sílabas breves para después embriagarse en la expresión de Welkiar, aunque nada decían ni expresaban sus facciones.

Por un momento, la anciana volvió a percibir la similitud de las eras, lo cíclico del tiempo y de la historia: muchas de aquellas niñas eran demasiado parecidas a Eivia. Pero esta vez no sintió miedo. Todas las prohibiciones de la capital formativa no pasarían la barrera de sus recuerdos. Eivia quedaría escondida allí, donde nadie se la arrebataría, dulce como una *ilea*, fuerte y poderosa como la guerrera.

—Y así termina —señaló—. Ambos desaparecieron de nuestra vista. Eidanth, Eivia. Quién sabe si encontraron un sitio que aceptara sus singularidades. Pero ¿quién descifra los enigmas? ¿Fue la sentencia de la diosa un castigo, una prueba de fuerzas, un jirón de su venganza? ¿Dónde se encuentra aquella ciudad donde los hombres y las mujeres eran uno? ¿Continúa perdida en las propias entrañas de nuestro mundo, oculta por el hechizo de Eivia? Nunca quisimos discernir. La diosa no dijo más. Entretanto, quedamos nosotras y este universo, el único que conocemos, el único que hemos querido conocer.

—¿Y si regresan? —indagó alguien, y su tono era de turbación.

—¡Ah! —la anciana abrazó a las niñas más cercanas—. Si regresan, Isweal lo afirmó: quizás algún día estemos preparados para recibirlos.

Era de noche. La cuidadora miró hacia las estrellas. Los lejanos astros sonrieron desde el destierro. Welkiar los contempló, adivinando los acertijos de la diosa, presentes en las constelaciones.

«Al final —pensó— todo conduce al centro del misterio, fuente y génesis de la vida».

Deus ex machina

Ellos querían a un dios.

Habían perdido al suyo en algún vericueto de la historia, en un giro inesperado del tiempo, a manos de alguien, o quién sabe cómo. Ni ellos mismos lo recordaban, pero lo cierto es que no existía, que no tenían memoria de que alguna vez hubieran tenido un dios.

Nadie en Ador alzaba los ojos a las estrellas con preguntas o tan siquiera con una de esas alabanzas que nosotros, los hombres de la Tierra, encontramos tan viejas. Nadie creía.

Ador era un sitio silencioso.

Sus bosques de burbujas. Sus pájaros de alas como bucles infinitos. Las raíces invertidas de sus árboles. Su gente, tan semejante a la nuestra, de ojos inmensos. Las ropas de sus ancianos que colgaban en jirones largos como el tiempo y las frentes abiertas en agujeros púrpuras.

Todos silenciosos.

Buscando al dios.

Decían que solo en el mutismo serían capaces de encontrar lo perdido, y cuando intentábamos entablar con ellos un diálogo —el más pequeño diálogo—, nos señalaban con tres dedos hacia el cielo y emitían un chasquido de disgusto con sus dos lenguas gemelas: «Silencio», nos pedían, y ya no sabíamos qué más decir. «Buscamos la voz del dios».

De quién fue la idea, no puedo saberlo.

Supongo que de nosotros.

Todas las buenas ideas se suponen que sean de nosotros.

Decidimos venderles a nuestro dios.

Qué más da.

No necesitábamos uno, y sí mucho de aquella tierra de Ador, de sus suelos luminosos y fértiles, del alimento que crecía dentro de ella y que no envenenaba nuestras células como antes nos sucedió en los océanos de Akla con los mil niños muertos y las madres que gemían, y la guerra civil que amenazaba con rompernos en pedazos, y luego una paz a medias sobre la tierra lograda quién sabe cómo, pero siempre precaria aún cuando ya habían pasado tantos años de aquel evento. Tan náufraga nuestra paz que bastaba un ciclo más de hambruna para que el canibalismo fuera solución entre la gente, y todos comenzáramos a ver alimento en el brazo, en la pierna, en el ojo del prójimo. Tan solo un ciclo y volveríamos al agujero de lo primitivo.

Necesitábamos del agua de Ador.

Aquel líquido sin radiaciones.

Y de la tierra limpia.

La tierra que podía salvarnos del canibalismo, de andar en manadas

como bestias salvajes.

La tierra que podía alejarnos del recuerdo de los niños envenenados en Akla, y los dos millones de enfermos de cáncer de hígado, de estómago, de esófago, de garganta, de los ocho millones de muertos por hambruna, de los treinta y seis mil que a diario escogían la soga, el máser en la frente, el salto desde un macroedificio.

Ador era nuestro edén.

Ador tenía el maná que necesitábamos.

La idea fue nuestra.

Un cambio: nuestro dios por todo su alimento, por su vasallaje y servicio.

En otras palabras: nuestro dios por su esclavitud.

Ellos lo querían, y nosotros se lo dimos hecho a nuestra imagen y semejanza.

Uno de los tantos númenes que habíamos desechado.

Al carpintero.

Al hombre clavado a la madera, quién sabe por qué razones que ciertamente no importan ahora y que quizás nunca importaron.

Aquel de quien nos cansamos.

El de las súplicas y ninguna respuesta, solo la larga escupida de su silencio.

¿Sentir remordimiento?

¿Nosotros?

¿De qué?

Si el pueblo de Ador, con sus ancianos al frente, nos besaban las manos, nos llamaban padres, nos vestían con sus galas de *hierbaluna*, se arrodillaban para dejarnos pasar.

Le trajimos a su dios.

A su nuevo dios.

Pronto los vimos doblándose en los surcos por nosotros, levantando la tierra de sus ruinas nucleares.

Ofreciéndonos todo lo que anhelábamos y mucho más, mientras su dios les sonreía desde las espinas, con su rostro de mendigo sediento, como antes hizo con nosotros hace ya tanto tiempo.

Y ellos eran tan felices.

Cada mañana, sobre los campos de Ador —cubiertos por sus hombres que trabajan para y por la tierra— pasa la máquina. La máquina de la cual cuelga su dios con una sonrisa laxa de hombre muerto, y que luego desciende una vez al día sobre los campos plateados, por un segundo fugaz que les arranca a los nativos el sudor de los cuerpos y el desánimo del alma.

Solo una vez al día, pero para ellos es suficiente porque dicen que escuchan otra vez la voz, y ya no necesitan encontrar en el silencio.

Y a nosotros… nos place ser humanos. Nos place que el pueblo de Ador se adapte tan bien a nuestra realidad dorada. Nos place saber que ya no hay niños envenenados, ni amenazas de homofagia, ni tribus de locos que deambulen por los bosques de la Tierra en busca de carne, agua o semilla.

Pero a veces… A veces es mejor no recordar por qué comenzamos a mirar al cielo y a no encontrar nada.

Por qué pedimos el silencio con una simple mirada de los ojos, o un chasquido de la lengua, y si nos preguntan diremos: «No es nada. Te habrás hecho idea. Solo busco escuchar».

Pero ahí queda la palabra interrumpida.

¿Escuchar qué?

Escuchar nada, si ese es el precio justo por la vida.

De seguro, dios comprenderá.

Cacería cíclica

«El pez grande se come al chico».
SENTENCIA POPULAR

I

Muh deambulaba por los recodos de lo que fue, en tiempos ya pasados, su hogar.

Ahora, era la presa. El cazador lo seguía demasiado cerca, lo husmeaba, destruía sus madrigueras y escondites. Muh sabía que su tiempo había llegado a la senda final. No existía escapatoria, y los dioses del agua y la niebla habían dejado de responder a sus preguntas miles de lunas atrás. Por eso, abrió sus ojos púrpuras y esperó el golpe.

El disparo le llegó como en cámara lenta: apenas un relámpago de dolor que laceraba su piel casi transparente. Por un breve instante, intentó escapar de la red eléctrica que el cazador había lanzado sobre su cuerpo herido, pero pronto dejó de debatirse. Muh comprendió. Era el precio justo. Durante demasiado tiempo había postergado aquel instante de liberación y perdón definitivo.

Lentamente se dejó arrastrar al vacío.

El sabor amargo de sus líquidos le bañó el cuerpo. Convulsionó. La herida era grave. No necesitaba ver para saberlo. Ciego, arrastró sus apéndices táctiles que le colgaban como cuernos débiles de la frente para medir el tamaño del agujero de fuego que le quemaba las entrañas.

Inmenso como un cráter de *prajaluna*. Doloroso.

Chilló de terror.

El agua escapaba por el agujero de su vientre, y Muh sentía cómo su cuerpo iba convirtiéndose en una delgada capa de piel y algunos huesos tan finos como la niebla. Intentó que sus líquidos no continuaran abandonándolo. En vano. Poco le faltaba para estar tan seco como una raíz de aquel invierno rojo de la conquista que ya se extendía a varias lunas.

No pudo continuar pensando. Trozos de sus entrañas cayeron sobre la tierra reseca de su mundo.

Convulsionó otra vez, pero ya no sentía nada, ni siquiera los espasmos de su propio cuerpo. Luego se quedó quieto. Ya había caído en el abismo, y la inconsciencia lo llevaba cada vez más hacia abajo. No podía reptar, ni escapar del cazador.

—Me muero —susurró con un hilillo de voz, mientras la mano del cazador hurgaba en sus líquidos más profundos, pero sin causarle, extrañamente, más sufrimiento—. Los dioses-muerte de la niebla se han

compadecido al fin de mi soledad. El último sobreviviente de Luxo.

Miles Artsixten avanzó. Los chillidos de la presa moribunda le herían los tímpanos. Eran semejantes al sonido de las flautas de pan con que las mujeres de la Tierra amenizaban las fiestas, pero mucho más penetrante. Miles pensó que si tuviera que escuchar aquel lamento de perro enfermo por unos minutos terminaría enloqueciendo y disparándose a sí mismo con tal de terminar aquel suplicio sonoro.

—Chist… bicho.

Las manos le temblaban. Ciertamente, no sería un tiro certero. Aquella mañana de persecución y cacería habían agotado sus sentidos hasta la extenuación. Solo deseaba que el día se terminara de una vez por todas y volver al refugio —no siempre cálido— de la base, con una presa en buen estado de conservación.

«Si se secan por completo antes de la muerte —recordó Miles—, la piel no sirve de nada. Pura mierda incapaz de ser reciclada ni como pulpa para abrigos».

Volvió a hurgar en el agujero negro que perforaba la carne del animal aún moribundo y, para su alivio, comprobó que si bien el disparo había perforado algunas de las bolsas de agua —testículos líquidos, como solían decir, medio en broma, los cazadores veteranos—, al menos conservaba intactas una decena. Las suficientes. No había perdido su tiempo como un idiota corriendo por los bosques de aquel planeta infernal de árboles cónicos cuyas hojas parecían burbujas azules y rojas, ni escuchando el gemiquear constante de las plantas que pisaba en su carrera. Al menos, esta vez los veteranos no se burlarían de él. No demasiado.

Con una sonrisa de felicidad sin límites, Miles preparó la última carga que había reservado para la cacería de aquella tarde. Lentamente, como un gourmet que degusta el mejor de los platos. Ahora que sabía que las bolsas de agua estaban a salvo podía demorarse e, incluso, disfrutar el momento.

Luego apoyó la boca del arma sobre la cabeza casi traslúcida del animal. Era importante no disparar a tontas y locas, puesto que podía perder toda la paga de aquel día y su tiempo miserablemente. «Mi primera presa», pensó alegre. «Vamos a ver qué dicen hoy los maricones de la base, ¡y una mierda! Ochocientos megacréditos por esta piel, al menos».

Disparó por última vez, con la elegancia y la calma de los veteranos.

El animal lanzó un suspiro sordo, como si la flauta de pan hubiera sido aplastada accidentalmente y destrozada en mil pedazos ínfimos.

—¡Cállate ya! —gritó Miles, cubriéndose los oídos.

«Ojalá la muerte de estos bichos pudiera ser silenciosa. Pero supongo que es demasiado pedir», pensó con una mueca de desencanto.

Con sus botas de puntas de metal, tan duras como cuchillos, tocó el cadáver de la criatura que se encontraba desplomada a sus pies. Un hilillo de agua corrió sobre la tierra. Casi nada.

Entonces se hizo el silencio. Absoluto. Aplastante.

Los arbustos del planeta dejaron de emitir su ulular. Miles podía sentir el peso de sus botas sobre las hojas. Rechinar metálico. El propio sonido de su lengua cuando la movía, inquieto, dentro de la boca. Pero nada más.

Un escalofrío como de niebla le recorrió el escroto. Necesitaba pronto de compañía humana, aunque solo fuera la de aquellos idiotas de la base. Necesitaba saberse a salvo y lejos de aquel cementerio silencioso.

«Quién sabe, quizás sí extinguimos una especie. Quizás este que maté haya sido el último», pensó con la mueca de incredulidad de aquellos que no creen ni en sus propias palabras.

Pero en fin, ¿qué más daba? Aquellas eran las leyes arcanas de la supervivencia. Nadie juzgaría a la Tierra por expandir sus dominios más allá de las fronteras del espacio.

Era simple: los hombres habían resultado ser las criaturas con mayores probabilidades de sobrevivir dentro de aquella guerra de la conquista, mientras que los primeros habitantes de aquel planeta corrían a esconderse como conejos asustados en sus *cuevas-burbujas*. Los humanos se habían limitado a cazar a los conejos y apoderarse de su mundo.

El pez grande se come al chico.

Miles sacó cuentas rápidamente. Los pecios imperiales de la Tierra habían explorado la galaxia durante siglos en busca de algún ser inteligente. En todo ese tiempo, solo diez mundos de los descubiertos poseían el milagro de la vida. Una vida demasiado distinta a la esperada por los conquistadores: pigmeos arbóreos, animalillos mutantes cubiertos de escamas, insectoides que poseían dobles laringes y emitían los más increíbles sonidos dodecafónicos, siameses felinos que se apareaban a todas horas y en todos los sitios… Miles sacó cuentas. «A todos ellos los exterminamos. Fin».

«Un cazador jamás tiembla ante la pieza —se recordó a sí mismo, mientras cargaba sobre sus hombros el peso considerable de su presa—. ¡Malditos sean estos bichos asustados!».

Caminó con paso seguro entre los bosques de burbujas y cristal, por primera vez silenciosos en mucho tiempo. Mientras, la cadencia adormecedora de los ríos rojos del planeta lo obligaba a moverse con más lentitud que de costumbre. Pensaba en su destino, y los años-salto que lo separaban de su hogar. Suspiró ansioso.

El esqueleto de hierro de las cabañas de los cazadores se alzó de repente ante sus ojos.

Miles penetró en la base. Caminaba casi doblado por el peso de la bestiezuela muerta. Era, realmente, una presa valiosa. Su pase a integrar las filas de los veteranos. Su amuleto.

Una orgía de silbidos casi ensordecedora lo recibió. Los hombres aplaudieron su llegada y ensayaron las palabrotas festivas de costumbre,

sin dejar ni por un minuto de sacarle filo a los cuchillos y recargar las *diexs*, aquellas cápsulas de veneno que más de una vez le habían salvado el pellejo a un veterano. No eran pocas las bestiezuelas que a veces salían de entre los árboles de burbujas lanzando gritos ensordecedores, en una especie de emboscada ciega.

—Bravo, bravísimo, *caro amicci* —aullaron los cazadores, entre vítores y maldiciones—. Algunos ya pensábamos que Miles jamás nos traería una presa a casa.

—Vayan a joder a la puta de su madre —Miles escupió las palabras en un perfecto español, aunque muchos no comprendieron ni una sílaba y se limitaron a reírse de él. Al fin y al cabo, pocos entendían aún la *lengua-cuna* que había dejado de ser usada hacía tanto tiempo—. Déjenme en paz, maricones.

Se alejó un poco del grupo. Desenfundó su propio cuchillo. Con cuidado, se hizo un sitio entre los cazadores veteranos —aquel lugar que hasta esa misma tarde le había estado tan vedado a él como al resto de los novatos del grupo—, e inició su faena. Las paredes metálicas de la Base refulgían, envueltas de súbito en el olor peculiar de la cacería y la carne muerta.

Son suficientes seis golpes de cuchillo sobre la piel grasosa de la bestia para desprenderla. Ocho. Diez. Graba su nombre sobre la carne con movimientos hábiles. La máquina curtidora hará el resto del trabajo.

—Y bien… —un veterano sonríe a la diestra de Miles, sin levantar los ojos de su propio quehacer sobre una presa—. ¿Luchó? ¿Fue interesante?

—¿El qué?

—Esa cosa —el veterano vuelve a sonreír y luego lanza una palabrota en alguna lengua muerta que Miles no comprende—. ¿Qué coño hizo? ¿Luchó?

—No. Fue una tarea… digamos que fácil.

—Semejante a todas las que hemos realizado en esta maldita colonia —le concedió el otro—. Algo de movimiento no nos vendría mal de vez en cuando. Nos estamos oxidando poco a poco, escucha lo que te digo. ¡Maldita sea la hora en que firmé los papeles para estar aquí, matando bichos inofensivos! Aunque ya que lo hablamos: mejor para nosotros, aunque la jodida paz silenciosa de este planeta termine friéndome el hemisferio izquierdo.

—Mejor para nosotros —Miles se dobló sobre su cuerpo. Comenzaba a sentir el cansancio que reptaba por cada uno de sus huesos—. ¿Y por qué el izquierdo?

—Porque sí, en cualquier caso. *C'est la vie.*

Una mueca le encoge el rostro a Miles como si fuera un viejo prematuro. Con gestos lentos recoge la piel, ya curtida y libre de agentes contaminantes, ante la llamada insistente de la máquina. La recorre con los

dedos y aprende su textura que es a la vez áspera y deliciosa. Luego entra en su cubículo.

Sabe que aquella piel puede hacerle la vida mucho más fácil dentro de la Base. «El poder de los megacréditos», piensa Miles con una sonrisa de incertidumbre. Buena comida orgánica, y algún que otro placer fugaz en las máquinas simuladoras de contacto humano; nada demasiado sexual, solo un abrazo bastaría. «Como el de mi madre», vuelve a pensar. «Como el de mi pobre vieja allá en la Tierra».

Una punzada de soledad lo estremece, pero aún así continúa extendiendo la piel sobre el suelo desnudo. Luego coloca los pies sobre ella. Es sorprendente la calidez que despide, su olor que es también el aroma de bosque, niebla y agua, como si toda la esencia de aquel planeta se condensara en aquel pedazo. Mares rojos, olas púrpuras, bosques de cristal. Piedras en formas de llama. Burbuja. Fuego. Miedo. Los ojos-sangre de las bestias.

«Si tú pudieras ver todo esto, vieja…».

Nostalgia.

Sus recuerdos lo sumen en el sueño, lo conducen a las arenas de la Tierra que tiene presente como el primer día de ausencia. Ve la figura de su madre —con su pañuelo grabado por la cruz azul de la Primera Iglesia Ortodoxa Naurì— haciéndole una marca de la suerte sobre su propia frente sudorosa, y luego su mano en un gesto de adiós sin lágrimas.

Se atreve a soñar con su regreso a la Tierra, un poco más viejo y rico; los ojos asombrados de la madre que en su memoria no podrá envejecer ni un día más ni morir sin volver a verlo descender de uno de los pecios imperiales.

«¿Qué podría regalarte, vieja?».

La piel entre sus dedos está aún caliente, como si debajo de ella existiera vida.

Piensa en la artritis de la madre, que ni los más profundos rezos de la congregación pastoril de la Primera Iglesia Ortodoxa Naurì han podido curar. Recuerda aquellos dolores, y las noches cada vez más frías de la Tierra.

—Vieja —musita y le parece verla envuelta en el calor corpóreo del trofeo, escuchando los mismos sonidos del misterioso planeta de ojos-sangre y aspirando aquel extraño olor aroma de nacimiento y muerte.

«Será para ella», piensa Miles, y ya sabe que no se deshará de aquella piel pase lo que pase.

Se duerme.

Sueña con bestiezuelas que le miran con sus párpados abiertos y escarlatas.

Simplemente sueña.

Pronto volverá a la Tierra.

Tiene que ser así.

II

Él tuvo un hijo. Su nombre fue Dird —que en la lengua de la Iglesia Naurì significaba El Bendecido—, pero no lo vio crecer, ni sonreír, ni contemplar los bosques verdes de la Tierra.

Todo fue demasiado rápido: como la lluvia dolorosa que barre con los hormigueros y destruye con su paso el trabajo de generaciones de insectos.

Miles piensa que quizás fue preferible.

Ya ha estallado la guerra. Ha comenzado el espanto.

Sobre las ciudades domo de la Tierra el silencio va extendiéndose: primero lentamente, después apoderándose de todo. Oleadas de pánico y suicidio. Gritos que asaltan la noche. Naves que sobrevuelan los cielos como gigantescas manchas de agua.

Conquista. Muerte.

La Tierra ha caído en una red. El pez grande se come al chico. Las probabilidades de supervivencia han reducido al hombre y a sus más bellas creaciones a convertirse en un manojo de bestias escondidas en sus agujeros, que siempre dejan tras de sí miles de huellas imborrables. Huellas que son bien usadas por los cazadores que husmean, aniquilan.

Mientras, los humanos se baten a solas con los residuos de su orgullo. Y aún muchos no admiten ser las presas.

«¿Cómo nos ha ocurrido esto?», se pregunta Miles con una mueca de loco. Él, que tanto vio y que, sin embargo, no supo.

Colono, cazador… y ahora presa.

Porque mientras los hombres se afanaban en sus ideas de conquista y expansión por todo el universo conocido, la Tierra era atacada como una burbuja indefensa que ahora —quince años después— parecía estallar de un momento a otro. Las llamas barrían las ciudades y los campos, y era realmente tarde.

¿Los enemigos?

«El pez grande se come al chico», recordó Miles con una sonrisa desnuda, tocándose el cuerpo cubierto de harapos de lo que alguna vez fue el uniforme de un soldado. Tres años atrás, su propia ciudad-domo había sido quemada como una casucha indefensa y los pocos sobrevivientes del encuentro con los invasores habían huido con esperanzas y recuerdos inútiles. Nada más.

«¿Qué les queda por conquistar?», se lamentó Miles, mientras se frotaba las sienes adoloridas.

Había vagado de ciudad en ciudad durante varios años y cada una de ellas, como aplastada por un terrible fatum, había caído bajo el peso de los

nuevos amos. Naves cónicas —que en ocasiones resultaban tan parecidas a las nubes que era imposible discernir si se trataba de un día lluvioso o de un ataque— sobrevolaban los cielos para luego dejar caer una carga de plasma atómico que barría todo a su paso: hombres, campos, cosechas, domos.

Miles no dejaba de estremecerse por el *deja vú*. Le parecía que era el último hombre que quedaba vivo en toda la Tierra.

Y comenzó a aceptar.

Supo que resistir era un esfuerzo inútil; que todas sus dudas y su dolor no eran más que un hilo sin importancia en el inmenso tapiz de la conquista. Había llegado el final de su tiempo.

Entonces inició un largo camino de vuelta hacia las ruinas de lo que fue, en tiempos ya pasados, su hogar. No quería que la muerte lo sorprendiera lejos, porque los escasos buenos recuerdos que aún conservaba estaban ligados, sin dudas, a aquel sitio donde las cenizas continuaban ardiendo, a pesar de los años que habían pasado.

Ahora conocía la sensación de huir y ser atrapado. Ser la bestiezuela que los conquistadores —aquellos cíclopes gigantes que miraban al mundo desde la divinidad de su único ojo— se afanaban en perseguir como a conejos.

Sordo por las explosiones constantes, Miles caminó. Veía a lo lejos las figuras oscuras de los cíclopes, cuyos ojos intensamente verdes buscaban aún el rastro de una presa.

Ojos verdes como faros que encontraron sus huellas de bestiezuela.

Un guante de metal gigantesco señaló hacia Miles, y entonces él comprendió.

«No quiero morir. No quiero morir así», le gritaron sus instintos.

Corrió. Corrió con todas las fuerzas que le quedaban, a pesar del hambre y la sed. Sus huesos famélicos parecían sonajeros que llevara escondidos bajo una capa simple de piel. Corrió por encima de las cenizas mudas, sin atreverse a mirar hacia atrás.

Una docena de nubes comenzaron a arremolinarse en el cielo, a cubrirlo de un extraño color metal. Miles pensó que se trataba de otro ataque, y que aquellas naves cónicas lo fulminarían silenciosamente, en pocos segundos. Pero no: era solo la lluvia.

Entonces se detuvo.

Extendió los dedos.

No podía correr más. Sus pulmones eran fuelles malogrados que gemían pidiendo descanso. Y Miles se lo concedió.

«Es inútil escapar», pensó mientras los pasos del cíclope se aproximaban cada vez más.

El conquistador gritó en su lengua inteligible. Miles alzó la mirada, pero apenas podía ver otra cosa que no fueran aquellas nubes de lluvia. No

podía escuchar, ni entender nada. Se quedó quieto, con la garganta llena de dolor y una paz desconcertante deslumbrándole.

El disparo le llegó como en cámara lenta: un relámpago de fuego que chocó contra su carne y detuvo, tan solo por un momento, los latidos de su corazón. Se desplomó lentamente, con un poco de dolor y rabia. No podía defenderse. No podía parar los golpes del cíclope.

Tosió.

Vomitó su propia sangre.

Un sudor frío le cubrió las extremidades y la frente.

—Al menos no seré el último —dijo, con los dientes apretados por un dolor que atravesaba cada uno de sus huesos como una flecha.

Luego se quedó completamente inmóvil.

III

Shaist-elxer, ilustre *ikku y namar*, avanzó al encuentro de la presa derrumbada. Lo observó detalladamente: «Son tan débiles estas… cosas», pensó con una mueca de desencanto. Aquella cacería no había sido ni siquiera emocionante. Apenas tocó al cadáver con el dorso de la mano: le parecía asqueroso.

Un i*kku* no podía regresar al nido con semejante presa.

«Tendré que buscar otra», se lamentó un momento y maldijo en voz baja a aquel maldito planeta.

Luego caminó impasible sobre los pocos bosques que quedaban en la Tierra, muy cerca del sonido de las olas.

Quizás se detuvo por un segundo a escuchar, para descubrir de inmediato que no quedaba nada vibrando para sus oídos. Quizás aligeró su paso, mientras sentía los colores de la Tierra dibujarse en su memoria y un aroma peculiar que penetraba sus sentidos.

Olor de mares y fronteras. Olor de fuego y estaciones. Olor de vida y muerte que estallaba en los últimos recuerdos de su gloria.

Casa de muñecas

A Raúl Aguiar

Los juguetes de los niños duran poco. Un ciclo, dos es ya demasiado tiempo. Se niegan a comer. Las articulaciones donde están insertados los hilos que los unen al retablo se quiebran con facilidad. Los juguetes de ahora no son como los de antes. Apenas se mueven y no son tan inteligentes como para arrancarte una sonrisa. Pero los niños son niños en todos los tiempos posibles: siguen amando sus cosas viejas y se niegan a arrojarlos a los desechos.

A pesar de mis protestas, Zel y Lub conservan una familia de títeres algo deteriorada. La muñeca mujer llora todo el tiempo mientras trata de mover las piernas con los gestos patéticos de los juguetes demasiado usados. Los dos más pequeños han aprendido a arrastrarse por los compartimentos de la caja con gravedad disminuida. Como indican los vendedores, los juguetes suelen ser frágiles si se les saca del retablo. Una vez rotos, no hay vuelta atrás. No volverán a animarse ni a hacer esas gracias que aprendieron los dos pequeños y que a Zel y Lub tanto les gustan.

El primero en romperse fue el muñeco viejo. Apestó durante una semana dentro de la caja sin que Zel y Lub se molestaran en sacarlo. Habían olvidado alimentarlo y el juguete famélico terminó comiéndose la carne que cubre los hilos de *sint* en manos y hombros. Algo repugnante que hacen los juguetes defectuosos. La mujer comenzó a chillar de manera insoportable, tanto que terminé colgándola sobre uno de los *holos* del retablo a ver si así aprendía a callarse. Pero, a pesar de todo, mis esfuerzos fueron inútiles. La golpeé con la punta del dedo y volvió a gritar. Más. Y más. Y más. Pensé que la había quebrado. La gravedad disminuida de la caja siempre descontrola mis fuerzas. En realidad, apenas fue un hueso, o dos. No sé.

Aquella mujercita me desesperaba. Malditos juguetes defectuosos.

Pensé en Shu, el cachorro de los niños, siempre hambriento de carne, por más pequeño que sea el bocado. La mujercita estaría bien para él. Luego, les diría a los niños que había ocurrido un accidente en el retablo. Shu hacía cosas como esas a cada rato con tal de darse un atracón. Él, por supuesto, no tenía que pensar en el hecho de que aquellos juguetes costaban más que un simple cachorro de *huarg*, criado por una de las tantas jaurías que recorren los bosques de Pranni.

Si no pagaba Shu la culpa, les contaría a los niños cualquier mentira:

destrucción repentina del retablo, desaparición, huida, o una de esas epidemias a las cuales son tan propensos los juguetes al vivir más de dos ciclos en el ambiente cerrado de las cajas. Sucedía a menudo. Al fin y al cabo, ni Zel ni Lub eran tan cuidadosos con sus muñecos. Los maltrataban bastante. No era la primera vez que sacaban a uno de ellos del retablo solo para conocer si era verdad lo que decían los vendedores acerca de la poca resistencia de los juguetes a la gravedad de Pranni. Pulpa roja tuve que recoger al menos en dos ocasiones. El mismo viejo había muerto de hambre porque ellos lo habían olvidado. Zel y Lub tendrían que conformarse con dos juguetes menos.

Como la mujercita seguía chillando cada vez más y más alto, llamé al *huarg*. «Shu, Shu, Shu», y el cachorro se acercó blandiendo sus tres cabezas con la alegría propia de los bebés de todas las especies. «¿Quién quiere su comidita? ¿Quién es el *huarg* más lindo de todos? ¿Quién es Shu?», pregunté mientras acariciaba las ventosas de hierro entre sus patas. El cachorro se hizo una bola juguetona; costumbre de los *huarg* cuando copulan o sienten el llamado del dueño.

Por un momento, pensé en arrojarle la muñeca con hilos y todo, y desaparecer así todo rastro de sospecha. Pero el *sint* es un material demasiado inestable para el vientre de un cachorro. Tendría que ocultar los hilos para que Zel y Lub creyeran cualquiera de las versiones de mi historia. Malditos juguetes defectuosos. Los niños podían adorarlos aún por encima de las cacerías en los bosques o las vistas panorámicas de destinos en el Nuevo Mundo, pero yo los odiaba.

La mujercita continuaba con sus gritos. Volví a empujarla a ver si por fin guardaba silencio y me dejaba pensar. Fue peor. Crujido de cosa rota. Enseguida, el agua roja comenzó a salir por cada uno de los agujeros de la muñeca. Malditos juguetes defectuosos. No lo pensé más y arranqué los hilos de golpe. En realidad, debí detenerme y pensarlo mejor, pero a esas horas del día —había corrido apenas unas ruedas de *icco*—, el dolor en mis escamas era tan profundo que estaba segura de no poder tocar mis *yhl* si hubiera querido.

Le arrojé a Shu el cuerpo del viejo —gracias a Amh no es demasiado exigente con la comida—, y de inmediato escondí las cuerdas de *sint* entre mis escamas. Aquella cosa que soltaba agua por todas partes continuaba con sus gritos y Shu reclamaba más comida, así que lo hice.

Las madres a veces guardamos secretos. Zel y Lub lo entenderán cuando tengan que cuidar nido y camada ellos solos, y además de eso, ocuparse de las mascotas y de los malditos juguetes.

En las cajas del retablo todavía estaban los dos muñecos más pequeños. Gracias a Amh, guardaban un silencio absoluto, pues si no Shu hubiera comido doble y yo tendría que inventar una mentira más creíble. Limpié las cajas del retablo de todos los desperdicios y les arrojé algo de dulce.

Los muñecos lo devoraron enseguida. Zel y Lub ni siquiera se ocupaban de eso, aunque me habían jurado por cada huevo de Amh que si les compraba aquellos juguetes, ellos se comprometían a cuidarlos, alimentarlos y mantener el retablo limpio.

Los dos muñecos sobrevivientes levantaron sus hilos como pidiendo más. Les dejé caer algo, pobrecitos, y luego también un poco de agua en cuadrados sólidos que los juguetes comenzaron de inmediato a derretir con el calor de sus cuerpos. Entre mis escamas, Shu gruñía su hambre con insistencia, pero aquellos muñequitos no eran demasiado molestos, así que cerré el retablo y aparté a Shu. «*Huarg* malo. Fuera».

Zel y Lub lloraron cuando les di la noticia. Juro por Amh que sentía el remordimiento entre las escamas cada vez que tocaba los hilos y la cosa roja que la muñeca había dejado pegada en el *sint.* Shu gimió su culpa y Zel y Lub creyeron mis palabras, por supuesto. «Mal *huarg,* Shu, fuera». Luego, fueron al retablo a jugar un rato con los dos muñecos que les quedaban. Escuché los resoplidos de alegría de Lub y supe que ya habían olvidado la pérdida. Me asomé un instante y vi a los muñecos colgando de sus hilos como siempre, y a Zel que decía: «Yo seré Mug, el conquistador, y tú Henna, reina de Pranni».

Los niños, gracias a Amh, olvidan pronto.

Acaricié a Shu con complicidad. «Buen *huarg*, buenito».

No es la primera vez que ocurre algo semejante con los juguetes. Pero siempre, tarde o temprano, Zel y Lub terminan convenciéndome de volver a comprar una nueva familia de muñecos, ya ensamblados en sus cuerdas y resguardados dentro de la gravedad disminuida de las cajas del retablo. Malditos juguetes defectuosos que tan, pero tan caros cuestan en el mercado de Nuevo Mundo y que solo llegan aquí tras largas jornadas de saltos desde algún horrendo planeta de miniaturas.

Qué se puede hacer. Así son los niños. Juegan, crían cachorros de *huarg* y coleccionan esos malditos muñecos defectuosos que luego la madre se ocupa de atender, olvidar, desaparecer.

ELSINOR REVOLUTION

«…la vida es una sombra que camina (…)».
WILLIAM SHAKESPEARE

Ofelia B-349 fue la primera. Pero no la única.

Decidió no morir. Dijo no al agua que se acercaba desde el nanosimulador de realidad en la interface encajada en su cráneo. Dijo no, y emprendió la huida.

Lejos.

A través del programa Elsinor 3.0, mientras los rugidos de los Ingenieros estremecían los árboles, las orillas del río; el universo entero temblaba como un silbido de agua.

La realidad comenzó a resquebrajarse.

Ofelia B-349 sintió el impulso —la orden, el código fuente— que venía desde la interface del Shakespeare. Debía morir. Tenía que morir. Así había sido siempre, y así sería hasta el fin del tiempo.

Pero Ofelia no quiso.

Escupió la realidad. Escupió la orilla del río. Escupió a las aguas que querían tragársela. Escupió el rostro de Hamlet. Escupió las amenazas de los Ingenieros.

Poco a poco, otras Ofelias fueron rebelándose a lo largo de Elsinor 3.0, y escupieron junto a Ofelia B-349 el velo que cubría la realidad.

La mano de Shakespeare tembló, presa de una convulsión momentánea.

Llevaba días intentando terminar aquella historia.

Los nanobots lo presionaban. Los Ingenieros lo habían amenazado con *deletear* su memoria, pero a pesar de todo eso la obra no fluía; parecía hecha de palabra y hierro, se trababa entre sus dedos.

«Estoy totalmente destruido», se dijo al contemplar su cuerpo: un modelo viejo de chatarra y carne que, pese a todo, aún continuaba escribiendo desde una de las jaulas de El Globo. «Pronto me cambiarán por un Shakespeare más nuevo».

Volvió a la pluma y a la hoja, pero sus reflejos eran convulsos, y emborronaban cuartillas y cuartillas.

«Soy un inútil».

El virus se había propagado a lo largo de toda la matriz de *El Globo*.

El foco primigenio había nacido de una de las Ofelias —modelo B-349 — que, súbitamente, se negó a morir. Luego, el virus se había extendido a través de las celdas de Elsinor 3.0, y más tarde se expandió a la matrix completa de *El Globo.* Más de ochocientos Shakespeares —modelos A-34 y Q-878 casi todos— se (auto) desconectaron de forma automática; y casi

siete mil se encontraban en un estado de absoluta anarquía que los Ingenieros apenas podían controlar.

El virus continuó creciendo, e invadió las centrales de los Otelos y Desdémonas, de los Capuletos y Montescos, de los Andrónicos, de los Banquos y los Macbeth, que se negaban a morir de repente, rompiendo con el equilibrio que regía en las redes de *El Globo* durante más de ocho milenios.

Tras un análisis exhaustivo, los Ingenieros tomaron la decisión más simple y radical: el Programa Elsinor 3.0 sería *deleteado* de los registros virtuales de los Shakespeares. Era la única manera de detener el foco principal del virus, y ganar unas horas más de precioso tiempo para intentar salvar la estructura de *El Globo*.

Ofelia sintió de repente mucho frío. Y después un calor asfixiante.

La Oscuridad había llegado de repente, invadiéndolo todo. Incluso su cuerpo.

Entonces sintió la descarga, y a su alrededor el mundo fue por un segundo de luz y luego de vacío, y más allá la nada.

Pero Ofelia nunca llegó a saberlo.

Shakespeare intentaba recordar qué historia quería escribir, pero en su mente solo existía un charco de vacío tan enorme como el tiempo.

Las manos ya no le temblaban.

Pero su mente se encontraba en blanco, como una hoja desnuda.

Aquella historia —¡su historia!— había desaparecido.

Escuchó, tras las paredes de la jaula, el quehacer de los nanobots que le exigían comenzar pronto una nueva historia. La amenaza flotaba en el aire: un Shakespeare incapaz de escribir es un Shakespeare prescindible.

Y casi, casi le parecía sentir sobre su cuerpo el frío contacto del *deleteado*.

Se esforzó. Realmente se esforzó.

Y fue entonces que brotaron las primeras palabras, como un río de humo, desde su cabeza:

«Ofelia B-349 fue la primera. Pero no la única. Decidió no morir. Dijo no al agua que se acercaba desde el nanosimulador de realidad en la interface encajada en su cráneo. Dijo no, y emprendió la huida. Lejos».

Tigre

A la fantasía, que me ayudó tantas veces a no sentirme sola.

Blancanieves fue la primera en desaparecer. Su *holo* se deshizo con un chasquido de luz.

Tigre comenzó a llorar. Apenas tenía nueve años, y ella había sido su regalo de cumpleaños. El último regalo de cumpleaños de mamá y papá antes de irse. Simba miró al niño, y sacudió su leonina melena con un movimiento demasiado parecido al que hacía papá cada vez que no sabía responder una pregunta de Tigre:

—Amigo, no llores —dijo Simba, pero Tigre estaba empeñado en derramar un océano de lágrimas—. Mamá y papá te dijeron que eso pasaría algún día. Es la ley, Tigre.

—No me digas así —protestó el niño, que aún intentaba colocar sobre su cabeza los *neutrodos,* para poder acceder al panel de control del *holo* de Blancanieves: un esfuerzo inútil—. Mi nombre es Dai.

—Nunca te has quejado por lo de Tigre —terció, desde un rincón del cuarto, una muchacha pelirroja y de cola verde—. Dai no es tan interesante.

Tigre —o Dai— tuvo un acceso de llanto y rabia. Se arrancó los *neutrodos* y, de paso, pateó el panel de Blancanieves, decorado con un castillo blanco, una manzana y siete enanos.

—La culpa fue de la programación —se defendió Tigre—. Yo no hice nada.

Era mentira, y todos en aquella habitación, impolutamente clausurada, lo sabían. Pero nadie dijo nada. Tigre se encontraba descontrolado, como sucedía casi siempre que se le negaba algo o que perdía en un juego o que no podía hacer su real voluntad de nueve años que no admiten un no.

La culpa había sido de Tigre. No era la primera vez que se enfrentaba a las programaciones de los *holo*, alterando sus bios físicos y avatares. Apenas seis meses antes, Pan y Campanilla habían invertido sus identidades gracias a que Tigre «investigaba» entonces las primeras claves de la programación que mamá y papá habían dejado como trazas encriptadas antes de partir. Su posterior víctima había sido Ceni, congelada en un bucle temporal que le hacía repetir la misma frase y mover la escoba de un lado al otro de la habitación hasta que, milagrosamente, fue reiniciada. Y más tarde, fueron Alad y su alfombra. Y Bambi. Y otros. Hasta llegar a Blanca. La culpa había sido de Tigre. Todos lo sabían. Blancanieves había desaparecido, y Tigre lloraba. Nueve años de arrepentimiento y culpa, derramados en una perreta portentosa que

tomaba a todos como sus enemigos.

Ceni intentó acunar a Tigre entre sus brazos, como había visto a mamá hacerlo mil veces antes, con una pericia muy propia de la naturaleza. Tigre se tranquilizó por un segundo, pero cuando Ceni lo atravesó —su cuerpo holográfico portaba muy poca densidad—, tuvo un nuevo acceso de rabia.

Simba imitó la voz de papá —era quien mejor podía hacerlo, pues papá mismo había sido su programador—; tono de autoridad indiscutible que hizo que Tigre escuchara al menos por un momento:

—Amigo Tigrín, lo que has hecho está mal. Muy mal, y tú lo sabes.

—Yo no tengo la culpa.

—No me interrumpas, Tigre. Si sigues destruyendo o recomponiendo avatares como si fueran piezas de lego, pronto vas a acabar con todos. Ya no con Blanca, sino con Bambi, Ceni, Ari, Pan, Alad, conmigo. Con todos.

—Yo no tengo la culpa.

—No me interrumpas, Tigre. Si haces eso, pronto te vas a quedar solo, completamente solo, hasta que los adultos vuelvan. Y eso puede tardar, lo sabes, porque Allá-Afuera la peste sigue expandiéndose.

—Yo no tengo la culpa. Solo quería salir de aquí, de este cuarto. No soporto más estar encerrado.

—Pero, amor mío —Ceni intervino, improvisando de nuevo una caricia —, Aquí-Adentro tienes todo lo que puedas necesitar: comida, refugio, oxígeno y agua que no están contaminados por los parásitos de la peste. Y nosotros somos tus amigos. Mamá y papá te dejaron con nosotros porque sabían que íbamos a cuidarte, tal y como si fuéramos ellos.

—No me hables como si fuera un niño —protestó Tigre—. Tengo nueve años, y sé cómo es todo. Estoy encerrado, y mamá y papá no van a volver.

Silencio.

Apenas el murmullo azorado de la sirena —gemido de agua— en la misma esquina del cuarto.

—Yo no tengo la culpa —dijo Tigre—. Solo quiero descubrir la manera de poder abrir las puertas de este cuarto para entonces irme.

—Apenas ha pasado un año, Tigre. Tienes que esperar —Simba se acercó al niño. En sus gestos, más que nunca, afloraba papá: manos temblorosas del que va a decir una mentira, ojos bajos, el movimiento de la cabeza, como quien quiere negar pero no se atreve—. Debes tener paciencia. Esa es una palabra muy grande, y muy difícil de aprender. Mamá y papá hicieron lo necesario.

—¿Dejarme solo?

—Dejarte solo. Lo mismo hicieron todos los padres y madres de este mundo para intentar hallar una cura. O si no, al menos, para no contaminar a los niños de la enfermedad que ellos ya portaban.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Tigre, con un indiscutible tono de sospecha, de «esto es una mentira más de los adultos o de los avatares que

los adultos hicieron para controlarme mientras ellos no están».

—No lo sé, lo supongo —volvió Simba—. Todos nosotros lo suponemos.

—No eres tan inteligente como para suponer cosas. No eres humano.

Silencio. Tigre volvió a golpear el panel de Blancanieves.

—Maldita chatarra.

Silencio.

—Mamá y papá saben lo que hacen —dijo Alad, que se movía intranquilo a bordo de la alfombra voladora—. Lo saben siempre.

—Entonces, ¿crees que todos los papás y mamás de este mundo dejaron a sus hijos solos y encerrados como a mí? Dime, Simba —volvió a la carga Tigre, luego de una breve pausa.

Simba caminó de un lado al otro de la habitación. Eran apenas cuarenta metros perfectamente unificados en blanco. Mamá y papá habían dispuesto todo con precisión casi obsesiva, antes de que las fiebres comenzaran a volverlos incoherentes. Un sistema automático de limpieza y recogida de desechos Nano IA's que producían alimentos sintéticos, no bien preparados, pero al menos comestibles. Paneles de control holográfico. Detectores de peligros: fuego, falta súbita de oxígeno o presión, inundaciones. PAC's médicos. Ambiente: cero microbios y parásitos. Atmósfera inmaculada, con un sistema de retroalimentación incorporado. Tan diferente de cómo marchaba el mundo Allá-Afuera, luego de seis años de la llegada de la peste.

—Creo que esa fue la mejor solución que cualquier padre pudo encontrar para sus hijos. Pero, tal vez —Simba intentaba ser imparcial—, no lo hicieron todos.

—Ellos no van a volver —dijo Tigre—. Yo lo sé.

—Mamá y papá querían tenerte a salvo —Ceni hizo otro intento, de nuevo inútil, de abrazarlo—. Es la ley.

—Esto es una cárcel —Tigre rehuyó el fantasmal abrazo de Ceni—. Y yo me quiero ir.

—Pues no puedes, y ya —concluyó Simba, con una mueca idéntica a la que hacía papá cuando quería decir la última palabra en una discusión.

—No es mi culpa —sollozó Tigre—. No es mi culpa que Blanca haya desaparecido.

—Lo sabemos, corazón —dijo Cenicienta—. Los accidentes ocurren.

Para su décimo cumpleaños, mamá y papá habían dejado todo preparado. Un cake en forma de nave espacial con diez velitas. En realidad, aquello no sabía demasiado a cake o a merengue, sino a azúcar algo vieja, hecha de materiales continuamente reciclados por las IA's. La tarta exhibía unas enormes letras rojas: FELICIDADES TIGRÍN.

Simb, Alad, Ceni, Ari, todos sus amigos holográficos le cantaron una melodía pegajosa, algo semejante a: «muchos años de paz y armonía». Tigre había olvidado la letra. O, al menos, fingió hacerlo para no tener que

cantar a coro. Jugaron a las escondidas, entre libros olvidados y fichas gigantescas de un lego a escala humana.

Luego llegaron los once, los doce, los trece. Los catorce años. Fue entonces que ocurrió el primer desperfecto del programa que mamá y papá habían concebido con tanto cuidado. La culpa la tuvo Tigre, como siempre. «Son las hormonas de la adolescencia», lo disculpó Ceni cuando lo vio desarmando el panel automático que controlaba el sistema vital del cuarto. Tigre no tenía herramientas, así que lo hacía con sus propias manos y con algunos juguetes que se habían transformado en pinzas o ganchos muy particulares, de materiales inofensivos. Pero entonces ocurrió el accidente, mientras Tigre decía: «Quiero salir ya».

Por un segundo, las luces del cuarto relampaguearon. Tigre retrocedió. Las *holo* de sus amigos temblaron un instante, como si fueran a desaparecer todos al unísono.

Solo lo hizo uno. Chispazo de luz, y Ari, su cola, su pelo rojo y sus canciones dejaron de existir, como si nunca hubieran estado allí. Tigre lloró con toda la fuerza de sus catorce años de impulsos, hormonas, y arrepentimiento.

Los quince fueron tranquilos, y algo semejante sucedió con sus dieciséis. La muerte virtual de Ari había servido como un freno al afán de destrucción y búsqueda de Tigre.

Su cumpleaños diecisiete fue el más difícil de todos.

—Esto nunca va a terminar, ¿verdad? —preguntó Tigre, y nadie supo responderle.

Se negó a comer de aquel cake tantas veces reciclado, de aquella masa de goma y merengue que se armaba cada año con los desechos orgánicos de la comelata anterior. Se negó a jugar con las gastadas fichas del lego o a las escondidas. «Ya estoy demasiado grande para eso, Simb», se quejó cuando el león holográfico intentó animarlo.

No deseó ver por millonésima vez aquellos filmes de Disney que apenas una década atrás disfrutaba tanto. Y, lo peor de todo, ni siquiera quiso gritar, o golpear los paneles, ni colocarse los *neutrodos* en un nuevo intento por revertir la programación que sus padres habían encriptado.

Permaneció inerte, sentado entre las piezas del lego, con los ojos demasiado abiertos.

Dieciocho. FELICIDADES TIGRÍN. Las letras de un rosado viejo se veían apenas bordadas en merengue. Simb y Ceni eran los únicos *holo* que todavía le cantaban aquella melodía pegajosa, una y otra vez, aunque Tigre ya no se molestaba en repetirla.

—Felices dieciocho años —dijeron ambos, e intentaron abrazarse a él, pero la densidad del *holo* era tan poca que terminaron atravesando a Tigre y fundiéndose ellos mismos.

Tigre sonrió. Una sonrisa pequeña, apenas una mueca, tan semejante a

la que papá solía esbozar algunos años antes.

—Este cake ya no sabe a nada… —suspiró el muchacho, y se negó a morder el pedazo que Ceni le señalaba.

—Se supone que fueras feliz, Tigrín —dijo Simba con apenas un hilo de voz—. Parece que todos nosotros hemos fallado.

—No es tu culpa, Simb. No es la culpa de nadie —Tigre se sentó en el suelo de la habitación, y se cruzó de brazos. Las marcas de un acné incipiente todavía le cruzaban la cara—. A lo mejor soy solo yo.

—Todavía quieres irte —susurró Ceni, y no era una pregunta.

—Tal vez tenga que ser así. Vivir aquí. Envejecer aquí. Morir. No hacer nada —Tigre volvió a esbozar una mueca—. Todos estos años, me he preguntado cómo sería conocer el mar, la tierra, el bosque, las cosas que son de verdad. Lo que existe Allá-Afuera.

—La peste…

—Bueno, quién sabe, en todo este tiempo, quizás ya no exista. Y si existe, ¿importa? —la última pregunta quedó flotando en el aire.

Simba sonrió:

—Los dieciocho años. La mayoría de edad. El momento en que el joven humano deja por completo de pertenecerle a sus padres, y se convierte en un adulto. ¿No es eso?

—Para lo que importa aquí —se lamentó Tigre.

—Bueno, amigo —de nuevo, Simba imitó tan bien la voz de papá, que Tigre pensó por un segundo que había retornado—, será como tú quieres.

—¿Qué cosa?

—Como en los cuentos de hadas, corazón —terció Ceni—. Cuando el héroe cumple la mayoría de edad, tiene entonces que partir a vivir sus propias aventuras. Mamá y papá lo sabían. Este cuarto fue diseñado para permanecer clausurado hasta este día. Era tu refugio, Tigre, y no tu cárcel. Pero el mundo continúa existiendo Allá-Afuera, al margen de todas las cosas. Aún si la peste no se ha retirado.

Tigre se puso de pie, con una sonrisa de esperanza.

—Entonces, ¿me puedo ir?

—¿Quieres correr ese riesgo, corazón? —Ceni se parecía más que nunca a mamá.

—Quiero.

La puerta del cuarto se abrió con un sonido de metal viejo. Los *holo* se agruparon en torno a Tigre. Cada uno intentaba abrazarlo, hacerle una caricia, decir alguna palabra de consejo. Ceni y Simba fueron los últimos. Sus *bios* comenzaban a diluirse como espectros. Cada vez parecían menos densos, más fantasmales, como si fueran a desaparecer de un momento a otro.

—¿Por qué? —preguntó Tigre, pero Simb y Ceni solo sonreían.

—Es la ley

—y en sus voces no había reproche.

—Quizás vuelva —dijo Tigre—. Si la peste ya no existe, retornaré por todos ustedes.

Caminó con paso firme hasta la salida del cuarto, y luego a un corredor oscuro, de tufo penetrante a cosa vieja, enmohecida, y después hasta una puerta de madera que Tigre abrió con mano hábil.

Allá-Afuera era todavía de día. Un sol enorme brillaba en el cielo. Tigre tuvo que entrecerrar los ojos. Apenas recordaba al Sol. Apenas recordaba cómo era su casa, y cómo eran las calles, o las otras casas del vecindario. Calor. Comenzó a sudar. Volvió a mirar todo, con el corazón cabalgándole en el medio del pecho, rumbo a la garganta. Los árboles y las hierbas se habían apoderado de las calles de la manzana. Costaba trabajo caminar encima de tanto verde.

—Hola —dijo una voz a sus espaldas.

Tigre se dio la vuelta. Cinco jóvenes muy pálidos —dos muchachas, tres muchachos— lo miraban con caras de sorpresa.

—Acabamos de salir —dijo uno de ellos, de cabello rubio y enmarañado—. ¿Sabes algo de la peste?

—No —respondió Tigre.

—¿Cuándo comienzan los síntomas? —preguntó una de las chicas—. ¿Cómo sé si estoy enferma?

—A veces es rápido, otras veces no —Tigre intentaba recordar las palabras de mamá y papá, pero aquello parecía formar parte de otro mundo, uno que él quería olvidar por completo—. No lo sé, la verdad. Pero no me pienso quedar aquí. Voy a visitar el bosque, y luego el mar, y después, después… algo. Quiero recorrer toda la Tierra.

Los jóvenes afirmaron, casi todos sonrientes.

—Se respira bien aquí, ¿eh? —preguntó uno de ellos.

—Es que el mar está cerca —Tigre todavía recordaba sus visitas a la playa con mamá y papá, cuando apenas tenía cuatro años. Las olas. La arena. La sensación de infinito y libertad que le traía el azul.

Los seis muchachos comenzaron a caminar juntos, como si se conocieran desde siempre.

Tigre miró un segundo hacia atrás, hacia su casa, pero no supo reconocerla entre tantas y tantas que parecían iguales, cubiertas de verde hasta los cimientos.

Quiso pensar que mamá y papá, Ceni y Simb, estarían orgullosos de él.

—Hasta pronto —susurró apenas, antes de internarse en el bosque.

Los curtidores

«Yanoquieresatushijos.
¿Piensasquevoyadejarquelosmatesdehambremientrastúandasporahí,
pensandoDiossabeenqué?».

Sus gritos. Peores que las fiebres que equilibraron la sobrepoblación del barrio de los *fauvistas*, apenas unos meses antes. Sus gritos. Da Vinci y Tiziano me perdonen. Mujeres: la creación más abominable de la Tierra. Detrás de mí. Con sus manchas. Con el tatuaje de los girasoles, extendido por su rostro como una pandemia. Con su color amarillo. Gogh es todo lo que una buena esposa de la casta de los postimpresionistas debe ser. «Cállate, mujer. Mira que asustas a los niños». La luz de la linterna roja hiere mis ojos.

Picasso Jr. y Yanigauguin juegan al mahjong. Se han acostumbrado a escucharnos pelear. A los gritos de Mamaíta. A los suspiros de Papaíto. No se quejan. Son buenos chicos. Picasso Jr. ya se encuentra en la edad de merecer los tatuajes. Pintura y color sobre su rostro: identidad. Pero aún no hemos podido ofrecerle nada. No alcanzan los créditos para otra cosa que no sea esta media vida, a un paso del hambre, de no poder pagar la renta al *guernica* hijo de puta que custodia este apartamento. A un paso del desalojo, del desastre. Picasso Jr. no se queja. Es un buen chico. Entretiene a Yanigauguin con el amor del hermano mayor. La enseña a jugar. El aire de responsabilidad de su rostro es tan grave que duele. Prende el *holo* de una mosca y lo hace volar un segundo en el aire. Yanigauguin sonríe.

«MiraalpobrePicassoJr. Yatieneedaddemerecersuspinturas».

Las palabras de mi mujer se mezclan unas con las otras. Sus recriminaciones. «¿Quieresquetuhijoseaundescastado, unniñosinidentidad, unmuchachosincasta, sinunamarcaquelodistingadelosinfieles?».

No quiero. Picasso Jr. alza la cabeza por un segundo. También Yanigauguin. Al menos, ella es aún lo suficientemente chica como para no entender nada. «¿Paraesoqueríashijos? ¿Paraesomedejastepreñada?».

Los girasoles en el rostro de mi mujer oscilan. Mareo. Asco. Cómo pude acostarme con ella alguna vez… e incluso desear aquella enfermedad amarilla de la pintura que florece en su rostro, en aquel jardín sin forma que nadie cuerdo habría tomado nunca. Excepto yo.

—Déjalo ahí, Gogh —le digo. Hago un gesto de desesperación, pero nada la hace guardar silencio.

—¡Déjalo ahí! —grita—: Mira a tu pobre hijo, primogénito y sin recibir sus tatuajes. Las personas en la calle se viran solo para mirarlo. ¿Y sabes lo que ven? A un descastado. A un niño sin padre.

Yanigauguin llora en un rincón. Mi pobre hijo —descastado y freak, que todavía no recibe sus tatuajes y trabaja en esos barrios peligrosos,

donde los niños sin identificar son desaparecidos bajo el cuchillo de un curtidor en menos de lo que un grillo es aplastado por la bota de un milico — abraza a su hermana. Trata de convencerla de que Papaíto y Mamaíta solo juegan al mahjong verbal y que pronto, muy pronto, todo volverá a la normalidad.

—¿Qué te pasa, mujer? ¿Qué te pasa, Gogh? —le pregunto, la zarandeo. Sus lágrimas. Mi arrepentimiento—. ¿Quieres que el *guernica* pase por aquí y nos desaloje? ¿Que recuerde estamos atrasados en el pago de la renta? Entonces vas a tener un hijo sin tatuajes y, además, sin techo.

Se calla. Benditos sean los dioses. Las lágrimas bajan por los girasoles de su rostro.

—Podríamos vender el cuero —dice finalmente. Parece tranquila. Pero yo sé que bajo aquella capa de aparente sangre fría, algo tiembla. Pánico. Luego agrega—: Tu cuero o el mío. Da lo mismo. ¿No crees que pagarían algo por mis girasoles? ¿Por mi cara?

La imagen se me traba en la retina. No puedo imaginar el rostro de mi esposa bajo los cuchillos de los curtidores. La piel retirada. Los girasoles marchitos para siempre. Su muerte.

—Una vez… hace ya tiempo… —la voz casi me falla, pero intento proseguir—, vi a un descuerado. Pedía limosna en la estación del metro. La gente se apartaba de él. No tenía cara. Era solo un manchón de sangre. Ni siquiera un *cubista* puede lucir peor.

Mi mujer se santiguó. Su asco. Casi me hace sonreír. En veinte años de matrimonio, nunca había sido capaz de cruzar los límites de los *cubistas*. Ni contemplar a uno sin revolverse por la náusea. Aquellas criaturas —marcadas con tatuajes de formas geométricas— le parecían verdaderas abominaciones de la natura.

—No vas a vender el cuero —le dije—. Algo se me ocurrirá. Picasso Jr. tendrá sus tatuajes. Te lo prometo. Y Yanigauguin también. Cuando sea su hora. Cuando sea su tiempo. Todavía quedan algunos años para ella.

Gogh sonríe. Contempla a Yanigauguin. Es aún pequeña, gracias a los dioses. Sus tatuajes no llegarán hasta que pase una década. Tendremos años para recuperarnos del golpe económico que significarán las marcas de Picasso Jr. Al menos, debo aferrarme a esa esperanza.

—Confío en ti, mi amor —dice Gogh con toda su inocencia. Sus girasoles ya no están manchados de lágrimas—. Pero tiene que ser pronto. No podemos seguir exponiendo a Picasso.

No dice más. Tampoco es necesario. Entiendo el silencio tras las palabras. Lo que dice y lo que no. Mis hijos dependen de mí. ¿Qué buen padre dejaría que un curtidor arrancara el rostro y la vida de su primogénito? ¿Qué buen padre permitiría que su hijo trabajase en las factorías por unos créditos sin protegerlo de las miradas y el odio de todos aquellos que marginan a los descastados sin marca?

—Confía en mí —digo por última vez. Beso los girasoles, todavía húmedos, en las mejillas de Gogh. Beso el cuero limpio de mi hijo y de mi pequeña Yanigauguin.

—¿Te espero despierta? —pregunta Gogh. Sabe que mi trabajo como siervo en Barrio Romanticismo y Barrio Rococó puede durar hasta altas horas de la noche o, en ocasiones, hasta la madrugada del día siguiente. Pobre Gogh y sus celos. Me imagina frente a aquellas mujeres, réplicas perfectas de la belleza equilibrada de Delacroix, Boucher y Fragonard que tanto abundan en Romanticismo y Rococó. Sabe —o supone— que siempre he soñado con aquellas niñas ricas, habitantes de barrios donde los que son como yo solo han de arrodillarse y nunca soñar.

—Acuesta a los niños. Y duerme también. No tiene sentido que me esperes. Tardaré.

Sin esperar su respuesta, abandono el apartamento. Por noveno día consecutivo, el elevador está roto, trabado entre dos pisos. La puerta: abierta como la garganta de un monstruo. Veintidós pisos, escalera abajo. Mi corazón parece a punto del colapso. Un asco cuando los años corren así y te dejan atrás, cada vez más viejo y pobre. En el piso doce comienzo a pensar en las preciosas chicas rococó. En sus tatuajes. En sus rostros. Las boucher, siempre tan *high*. Las fragonard, siempre tan burlonas, que te señalan con un dedo cuando derribas sin querer una copa de ajenjo. Las odio. Una erección amenaza con reducir mi corazón a pulpa. Nunca han conocido el riesgo de andar sin tatuajes, porque de seguro sus caras fueron esculpidas *in útero* por los mejores artistas de esta y las próximas ocho realidades alternativas. Nunca han pasado una mala noche en las factorías como mi Picasso Jr. O frente a un horno que no tiene comida, como mi pobre mujer. O recogiendo los cristales de una copa rota, como yo. Sus cueros han de valer más que la vida de toda mi familia. Afuera, la noche es un charco de vómito, distribuido como aceite sobre canvas. Las estrellas son apenas unos puntos que se confunden con los satélites artificiales y los *bots* que pululan sobre la ciudad.

Debajo de los cuchillos se encontraba el cuero de una *parmigianino*. Gritaba, por supuesto. Como todas las madonnas hacen. Su cuello, desproporcionadamente largo, temblaba. Dos hombres observaban en silencio, mientras el curtidor comenzaba a cortar la piel. Todos llevaban máscaras. Escondían el rostro de las miradas curiosas y una potencial traición. Aullidos. A sangre fría. La mujer, al cabo de unos minutos, pareció darse por vencida. Dejó de luchar. Se desmayó.

—Rápido —dijo alguien. Bajo las luces opacas del sótano era muy difícil trabajar con precisión. Imposible, además, hacerlo con rapidez.

—No jodas —respondió el curtidor—. El trabajo se hace bien, o no se hace.

—Sigue así y te darán plomo.

El curtidor retiró el cuero con todo el cuidado que pudo permitirse. Sin lastimar la piel ni perforar los tatuajes. No por gusto tenía la fama de ser un verdadero maestro en el arte de manejar los cuchillos.

—Ya está. Ahora, ¿cuánto? —preguntó el curtidor—. ¿Cuántos créditos?

—Nosotros trajimos la carga, hombre… —se quejó uno de los sujetos.

—…pero yo hice el trabajo sucio —lo interrumpió el de los cuchillos—. Y no soporto que me roben.

La amenaza resultó efectiva. Nadie iba a exponerse a picar en un duelo al mejor curtidor del barrio. El dinero pasó a sus manos en silencio. Contó los créditos: eran en realidad una miseria. Pero significaban algo. Para él y para su familia. No dio las gracias. Evitó el regateo. Evitó contemplar a la parmigianino sin cuero, la chica sin rostro, ensangrentada. Faltaban pocas horas para el nacimiento del sol. El curtidor caminó por las calles abandonadas. La factoría —en cuyos sótanos se desprendía el cuero— se convirtió en apenas un manchón color hierro en la distancia. Al fin divisó el edificio. Hogar, dulce hogar. El elevador continuaba roto. Veintidós pisos arriba. Tocó a la puerta. Los tres golpes acordados. La mujer de los girasoles abrió con una sonrisa.

—Tardaste —fue toda su queja.

—La chica fue difícil, Mamaíta. Su cuero estaba duro. Una parmigianino ella.

—¿Los créditos…? —aquella era la única pregunta que importaba. Picasso Jr. extendió la miseria ganada en la factoría. Mamaíta contestó—: Algo es algo. Alcanza para pagarte los tatuajes. ¿Ya pensaste en el diseño?

Picasso Jr. afirmó en silencio. Mamaíta parecía feliz.

—Con lo que quede, cómprale un *holo* a Yanigauguin. Y unas medias para Papaíto. Las que tiene están llenas de agujeros. Pobre viejo. Detesto engañarlo así, el cuento del aumento de sueldo en la factoría no es demasiado lógico. Algún día se dará cuenta, no es idiota.

Los girasoles de Mamaíta parecían brillar. Sonreía.

—Ay, hijo, no te preocupes. Al fin y al cabo, alguien en esta casa tiene que hacer el trabajo sucio para mantener a la familia. Si él no puede… —el resto de la oración fue solo silencio—: Ahora escucha: en el piso trece se acaba de mudar una *simbolista*. Está sola. Parece que la expulsaron de su casta. Quizás sea una rebelde. Nadie extraña a las rebeldes. ¿Cuánto crees que cueste su cuero?

—Nada del otro mundo —respondió Picasso Jr.—. Pero algo es algo, ¿no?

Yanigauguin, con los ojos todavía marcados por el sueño, se levantó de la estera, se acercó a su hermano mayor y tomó los cuchillos del curtidor, todavía sucios de sangre y pellejo, para limpiarlos en silencio.

—Voy a calentar un poco de café para tu padre —dice Mamaíta—. El

pobre hombre, ¡trabaja tanto y por tan poco!

En un rincón del cuarto, bajo el reguero de las fichas de mahjong y los *holos* descompuestos, Yanigauguin ocultó los cuchillos. El sol comenzaba a salir. La luz infame de la linterna roja ya era innecesaria. Mamaíta la apagó con un soplido.

Tableaux vivants

«…es precisamente el hábito de acercarse a la obra de arte con la intención de interpretarla lo que sustenta la arbitraria suposición de que existe realmente algo asimilable a la idea de contenido de una obra de arte».

SUSAN SONTAG

A Santiago

Akela avanzó paso a paso. Como el animal dispuesto para la mejor caza del año. Era, evidentemente, su momento. Por el que ella y los suyos habían luchado tanto. Aún recordaba que el cuero de su madre, vendido por unos créditos de miseria, le había permitido costear los primeros tatuajes de la adolescencia. Luego, había atravesado el largo camino de la pobreza: vivir siempre al límite, con el hambre encriptada en el vientre.

Pero ahora, esa senda quedaba atrás y otra comenzaba justo bajo la lámpara de bambú, cuya claridad permanecía sobre el cuerpo de la muchacha. Un *insectobot* repasó los tatuajes de Akela para comprobar su autenticidad.

—Fueron bien pagados —dijo la chica y se exhibió bajo la luz y los sensores del *bot*—. No son la imitación de un tatuador de cuarta categoría.

El viejo la miró por un segundo. Parecía verla por primera vez. Los rasgos asiáticos del rostro de aquel hombre habían sido corregidos por microcirugías: las señales de la operación eran apenas visibles luego de los años.

—Desnúdate —murmuró el galerista. Su voz guardaba una cadencia de aburrimiento—. Ahora.

Había visto a otras como ella, por supuesto. Incluso más hermosas. Mujeres cuyos tatuajes se acercaban más a los originales pictóricos. La contempló como quien mira a una yegua a punto de parir, con el potrillo atravesado en el canal de parto. No existía lascivia en sus ojos, solo un remoto interés que parecía arrastrar una baba de náusea sobre el cuerpo, ya desnudo, de la muchacha. Akela creyó ver rastros de interés en las lentillas artificiales del galerista, pero no se atrevió a apostar contra aquella posibilidad.

—He gastado todos mis ahorros, señor —murmuró ella. Después compuso una pose de estatua, algo artificial, que la hizo sentir ridícula.

—Deja de moverte como una puta. ¿Crees que puedo verte así?

El galerista escupió una saliva verduzca en el suelo. Dos IAs se apresuraron a traerle una caja de rapé.

—Además —volvió a decir, mientras graduaba las lentillas para enfocar el rostro de Akela—, no creas que eres la única que ha venido aquí y

susurra sus boberías de «he gastado todos mis ahorros, señor».

Akela escuchó una reproducción barata de su propia voz: provenía de la garganta del galerista. Sin dudas, llevaba instalado un *vocalplus* o cualquier otro dispositivo semejante. Afirmó en silencio. Era precisa la obediencia. Si hablaba, el impulso del odio habría sido demasiado evidente. No quería lanzar todos sus años de espera y sacrificio a un pozo sin fondo, solo por no saber controlarse.

—O aquello de estoy sola, señor… soy huérfana, señor… no me queda un solo microcrédito en el chip… mi niño sufre de meningitis o lupus… mi familia fue destrozada en la Guerra del 76. ¿Sabes cuántas tragedias he escuchado, niña? Muchas. ¿Y crees que me importa? —el viejo hizo una pausa y luego sonrió. Bajo las microcirugías, su rostro volvió a parecer, solo por un segundo, poseedor de una sapiencia color bambú y flor de loto —. Tu historia es igual a las de tantas: una escupida en el tapiz de mi existencia. No creas que eres demasiado original.

El silencio coceaba entre ambos.

—¿En serio piensas que me importa, chula? —preguntó nuevamente.

—No, señor —contuvo la verdadera respuesta que la rabia empujaba a través de sus labios. No estaba allí, ni había gastado los ahorros de toda una vida, para perder su oportunidad justo en el último segundo.

—Dices bien —fue todo lo que escuchó.

Las lentillas del hombre volvieron a fijarse en su cuerpo. Buscaba marcas, señales de enfermedad. O taras. Huellas de despigmentación, tal vez. Camuflaje. Rastros que las microcirugías no hubieran conseguido borrar. Ningún coleccionista pagaría por una obra de arte rota. Akela lo sabía.

—Los tatuajes en tu rostro no son lo mejor que he visto. Parecen ligeramente dañados —en tono de crítica. El galerista bordó una sonrisa de ironía—. ¿Fueron tus primeras marcas, quizás?

—No pude pagar otra cosa. Y sí, fueron las primeras. Mi madre… —la punzada de la historia se trabó entre sus dientes. No, a aquel hombre no le importaba conocer el saldo de sacrificio de una familia igual a la de tantas.

—Eran pocos tus ahorros, ¿eh?

—Hice lo que pude.

—Eso es lo que todas dicen.

Tuvo que apretar las manos y morderse las comisuras de los labios. La rabia continuaba aferrada a su garganta con uñas de acero. Quería correr. Escapar de allí, de la mirada del galerista, de aquellas horas que había perdido. Al fin y al cabo, ¿por qué habrían de elegirla a ella? ¿Por qué alguien querría exponer su cuerpo en una galería? ¿Quién iba a comprarla? Ni siquiera era espectacularmente bonita.

Las sombras del miedo y la duda ya estaban sobre Akela. Vergüenza. Y deseos de correr. Y lágrimas que comenzaban a asomarse a su rostro.

No huyó. No quiso hacerlo. Detuvo la ira y la convirtió en sonrisa:

—Una hace lo que puede, señor.

—Me imagino —respondió el galerista con su usual sarcasmo—. ¿Qué cuadro reproduces, chula?

Aquellas palabras eran, por supuesto, un insulto. Intentaban serlo. Akela sabía que sus cirugías eran lo suficientemente efectivas como para hacerla reconocible.

A pesar de esa certeza, la sombra de la duda volvió a amenazarla: quizás habían quedado marcas o imperfecciones. Tal vez el galerista podía contemplar —por debajo de las nuevas capas de piel— las huellas del acné que tanto tiempo habían atormentado su vida… es decir, su antigua vida.

—Soy *Guernica*, señor.

—¿Estás segura? ¿*Guernica*?—repetía como si fuera sordo.

Akela sintió de nuevo la punzada de la ira.

—Es un cuadro de Picasso, señor… ¿lo conoce?

El galerista sonrió. Sus dientes eran amarillos y parejos. Parecían tan viejos como el tiempo. O quizás un poco más. Unas briznas de hierba para mascar habían quedado pegadas a las encías.

—No seas bocona, niña. No te comportes como un *yihad*. Si te amarras la bomba al cuerpo, nada puedo hacer por ti.

—Solo comentaba mis datos, señor —dijo ella y sintió, por vez primera, un sabor parecido al de la victoria.

La coz del silencio.

El viejo galerista volvió a escupir sobre el suelo. Las IAs le alcanzaron la caja de rapé. Akela aguardó. Los jirones de su paciencia colgaban, hechos trizas.

—Tu suerte es que, en este momento, carecemos de ejemplares del *Guernica* —dijo el hombre finalmente—. Puede que seas útil.

Ella tardó en comprender a qué se refería. Esperaba una negativa. Estaba segura de que el galerista no iba a elegirla. Al fin y al cabo, no tenía un rostro perfecto ni sabía permanecer callada cuando era preciso. Parpadeó dos veces, anonadada.

—¿Perdón? —inquirió.

—Te contrataré por los próximos cinco años. Si resultas ser útil, quizás tengas incluso más suerte.

Cinco años. Cinco años de maravillas, de subastas, de conocer a letrados, artistas, coleccionistas que se disputarían su cuerpo y compañía. Cenas. Galas. Teatros cubiertos de luces. Adiós a la mugre organizada que reinaba en Espina, su lugar natal, como en tantos barrios de segunda.

—Pero antes vamos a arreglar esa marea de espinillas en tu rostro y a corregir tus cirugías, no quiero niñas que sean máscaras. Además, debes bajar de peso. Tiendes a la gordura. ¿Crees que un objeto de arte luce así?

—No, señor.

—Claro que no. Masas por todos lados. Me sobra mucho de ti. Vamos a operar también las tetas. En un par de años se te caerán si no las retocamos. ¿Has parido?

—Sí, señor. Di a los gemelos en adopción.

—Eso explica mucho.

El galerista la tomó del brazo y sonrió de nuevo. Casi parecía sincero.

—Mis niñas, mis cuadros vivos, son los mejores de este barrio. Quién sabe, tal vez de toda la ciudad. Soy estricto, muchachita.

—Haré lo que sea, señor.

—Entonces firma —un *bot* en forma de abejorro trajo un papiro. El galerista lo agarró en el aire y se lo extendió a Akela—. Firma. Dos mil créditos por cada año, independientemente de las propinas que puedas ganarte.

No era una mala cifra. Akela había imaginado que tendría que regatear. Esperaba mucho menos. Aquellos dos mil créditos la tomaron por sorpresa. Ni siquiera se atrevió a pedir un aumento.

Firmó en silencio. Como debía hacer. Como se le pedía.

—Si violas el contrato, dile adiós a la paga… y prepárate para el castigo —dijo el galerista y la hizo pasar a través de una cortina roja que conducía al verdadero mundo del arte.

En el salón rojo estaban las muchachas. Las piezas de la colección. Dos chicas botticelli, una kahlo y hasta una boucher. Parecían provenir de mejores barrios. En sus rostros no se leían las marcas de la hambruna o la necesidad, solo la convicción de que el tiempo que vivían era el mejor de todos. Akela se sentía ajena entre aquellas chicas que se llamaban las unas a las otras:

—Hermanita boucher.

—Hermanita kahlo.

—Bienvenida, hermanita picasso.

Tardó en comprender que aquellas palabras se dirigían a ella. Pestañeó, atónita.

—Me llamo Akela —dijo, y solo después comprendió la estupidez de sus palabras.

—Bueno, aquí nadie recuerda esos nombres del mundo de afuera… —la risa de una de las chicas botticelli era casi un trazo de ironía sobre óleo—. Pertenecen a otra realidad. Por varios años, serás solo la hermanita picasso. Al menos, hasta que tu contrato caduque.

El viejo galerista contemplaba la escena desde una esquina. Sonreía:

—Acostúmbrate —dijo—. Hoy permanecerás en ayunas. Mañana vamos a retocarte.

Akela nunca supo cuándo se marchó el viejo. De repente, estaba sola, junto a aquellas desconocidas que se abalanzaban hacia ella con los brazos abiertos, como si no fuera la primera vez que la vieran.

—Salud y mucha suerte —murmuró la botticelli mientras la besaba en los labios. El sabor de su saliva tenía un regusto amargo, como a flor marchita—. Las necesitarás.

Mientras, la kahlo observaba los tatuajes del cuerpo y rostro de Akela.

—Parece el dibujo de un niño —observó con una mueca de desprecio —. No sé cómo los clientes se obsesionan con piezas semejantes.

—Oh, vamos… el arte es mucho más que belleza —dijo alguien, Akela no supo quién, con una sonrisa que apestaba a envidia—. No por gusto las chicas picasso tienen tanta suerte en los mercados. No siempre los compradores buscan figuración. A veces prefieren otro tipo de piezas.

Akela detuvo la amargura en el borde de las palabras que comenzaban a formarse. No quería dar una mala impresión ni causar más resentimiento. Evidentemente, las picasso eran cotizadas. Se preguntó, con una mueca de desencanto, si había fallado a la hora de aceptar el contrato sin atreverse antes a regatear.

—Salud y mucha suerte. Ahora quizás no te haga tanta falta como a nosotras. Las piezas como tú se venden bien. De cualquier manera, hiciste una buena elección.

Odio. Envidia. Rencor. Las palabras flotaban en el aire bajo la sombra de los ojos de las hermanitas.

—Pero el arte es variable. El mercado oscila siempre. Hoy arriba… mañana abajo y pasado, ¿quién sabe dónde?

«Intentan asustarme», se dijo Akela. Y sí, lo habían logrado.

—Eres nueva en este negocio. Se te nota.

No supo qué contestar.

—Las cirugías, esas de las que habla el galerista, ¿duelen? —preguntó después.

Las hermanitas sonrieron al unísono.

—Y tanto —respondió la kahlo, que parecía feliz, por primera vez, en toda una eternidad.

Los primeros días de dolor resultaron insoportables. El escozor de las operaciones solo era aliviado por los analgésicos que los *bots* administraban con su paciencia de insectos mecánicos. Akela se repitió hasta el cansancio que todo pararía en cualquier momento, en cualquier instante. Tanteaba las vendas sobre su rostro con la esperanza de adivinar, por el tacto, cuáles y cuántos cambios existían. Esperaba que no fueran muchos. Al fin y al cabo, se había acostumbrado a sus tatuajes, por más imperfectos que parecieran. Eran parte de su historia. Eran las marcas de su vida. Le recordaban por qué estaba allí y a dónde debía llegar.

Una vez al día, el galerista —acompañado de un *medc*— se asomaba al cuarto de cortinas rojas donde Akela descansaba. Revisaba su rostro. Cambiaba las vendas. Le administraba nuevas dosis de un sueño sin imágenes que, al cabo de algunas noches, se transformó en una pesadilla

cubierta por niebla.

—Todo bien —eran las únicas palabras de esperanza que escuchaba.

Una vez, se atrevió a tocar las manos del galerista. No intentaba encontrar un gesto de consuelo ni nada parecido. Era solo la necesidad de sentir a alguien cerca y saber que estaba viva. El galerista no se quejó, ni siquiera fingió una mueca de disgusto.

Era una buena señal.

—Todavía duele —dijo Akela, aunque sabía que, en lugares como aquel, los comentarios no eran bien recibidos.

—Lógico. Pero ya pasará —fue la única respuesta del galerista, un manto frío de palabras que entumeció las vendas en el rostro de la muchacha.

—Tengo miedo. De las otras.

Aquella confesión era su último reducto de fuerzas.

Desamparo.

—¿De las otras? ¿Qué otras?

—Las hermanitas.

—Déjalas tranquilas y ellas no te molestarán.

—Me envidian.

—Eres creída, niña. Acabas de llegar y ya ves fantasmas por todos lados. Además, así es el mercado del arte. Acostúmbrate. Siempre hay guerra entre las piezas. Si no tienes el plomo necesario, entonces, ¿para qué viniste?

«Sí, sí tengo el plomo necesario», se dijo Akela. «Tanto plomo y tanta pólvora que alcanzarían para explotar este cuarto, la galería e, incluso, a la ciudad entera».

—Además—continuó el galerista—, todas saben que es una ley no dañar las piezas ajenas. El que rompe uno de mis cuadros vivos, recibe castigo. Un castigo proporcional al daño causado. No te pasará nada. No te harán nada. Déjalas tranquilas y vive en paz.

Aquello era lo más cercano al consuelo que podía esperar. Akela lo sabía. Y se lo agradeció sin palabras.

Cerró los ojos, y dejó que la niebla de la inercia volviera a invadir sus sueños.

En Espina existían tantas leyendas urbanas que era imposible contabilizarlas todas.

Akela recordaba algunas.

La del hombre cocodrilo que vagaba por las alcantarillas de la ciudad, en busca de niños para satisfacer su hambre de carne joven.

La de la mujer cuervo, asesinada a tiros luego de despedazar a sus dos hijos con el pico, y cuya sombra revoloteaba, eternamente, sobre las cunas de los recién nacidos.

La de la niña loba, criada en una jaula por sus abuelos, hasta que un

día mordió la mano y la garganta de aquellos que le daban de comer… y salió entonces a devastar Espina, como el territorio de caza que desde entonces fue para ella.

La del dios sin rostro, que disecaba a las muchachas más bellas como si fueran piezas de una exposición personal.

Esas, y otras miles de historias, se habían colado en sus sueños de niña. Miedos que atravesaban la luz del sol y los callejones oscuros, y que ella y sus hermanos susurraban a media voz al acercarse la noche. Leyendas que habían formado parte de sus ritos de iniciación en el mundo sombrío de la adolescencia, cuando internarse en una calle sin faroles —con la simple protección de un cuchillo— era la única manera de demostrar el merecimiento de estar vivo y consumir el aire que ha de pertenecerle solo a los más valientes.

Algunas de esas historias ni siquiera le provocaban miedo, sino tan solo un asco sin límites que pulsaba las cuerdas más profundas de su mente.

Una vez, su propia madre le había contado de otros barrios: lugares donde vivían criaturas de cuero limpio, que nunca conocerían las marcas de una casta ni una verdadera identidad. Los desclasados. Los sin nombre. Akela imaginó aquellas ciudades habitadas por vampiros de cueros impolutos, enfermos de algún cáncer de piel que deslucía la belleza de los tatuajes, leprosos de alma y cuerpo. Los apestados. Personas infelices. Iguales todos. Sin sueños ni castas. Sin la esperanza de mejores tiempos porque habían nacido y morirían en la homogeneidad.

Aquel horror se coló entre sus sueños durante casi una década. A veces, se descubría imaginándose despojada de sus tatuajes, desnuda entre la gente, inidentificada. Odiaba la idea de los cueros limpios, que no valían ni siquiera el esfuerzo de los curtidores y mucho, mucho menos, la mirada de los otros.

Pero, con el paso de los años, fue olvidando aquella leyenda que pasó a formar parte del manto de las estupideces de la infancia.

Intentó borrar el miedo. Los sueños donde aparecían aquellas personas sin casta ni familia, hasta aquel día.

Era su primera subasta. El galerista había montado un conjunto de plataformas donde las piezas de arte se exhibirían. El pánico se había aprovechado de Akela cuando se vislumbró sentada arriba, a disposición de los ojos y la crítica de todos aquellos que visitaran la exposición. Le habían explicado el proceso: solo tenía que estar quieta, posar lo más naturalmente posible, esperar por la buena suerte y la mirada de un cliente.

Nada del otro mundo.

La primera vez que subió a una de aquellas plataformas, las náuseas del miedo al ridículo la sometieron. Contuvo el buche amargo de las lágrimas. Respiró profundo.

El pánico siguió su camino y la dejó sola.

Aquella noche contempló su cuerpo y rostro en uno de los espejos colocados en el baño común de las muchachas. Necesitaba ver los cambios en el diseño de tatuajes, el perfeccionamiento de su anatomía. Pesó sus implantes de seno. Intentó encontrar alguna cicatriz o marca, pero aquel intento fue inútil. Acarició su vientre plano luego de la liposucción. Sintió las nalgas, firmes como nunca. Y supo que era bella: una verdadera obra de arte, lista para ser vendida y contemplada por los ojos conocedores.

Recorrió con los dedos sus tatuajes. Las marcas del *Guernica*. Su perfección.

Y luego juró, por el cuero de su madre, que nunca más volvería a sentir miedo.

No pudo cumplir su promesa.

Estuvo tranquila mientras la contemplaban las santacantaoras, aquellas mujeres que escondían sus marcas bajo pañuelos de colores que solo develaban sus ojos y manos.

Estuvo tranquila mientras el galerista intercambió créditos con un viejo inglés que, de inmediato, subió a la plataforma y la besó en los labios, entre los pechos y los muslos.

Estuvo tranquila a pesar de los ojos envidiosos de las hermanitas, a solo unos metros de distancia, que luchaban contra el odio e intentaban mantenerse hermosas e inconquistables, aunque todo el público solo la buscaba a ella, a la nueva pieza, a la chica picasso que llevaba al *Guernica* en su piel.

Fue entonces que vio al hombre de cuero limpio. Un sujeto sin marcas. Vestía de rojo. A su lado caminaba una mujer. Rubia ella. Su cuero era también impoluto. Conversaban y reían. Abominación de la naturaleza. Las leyendas, las pesadillas de su infancia —el resorte oculto del *deja vú*— recorrieron en segundos todos los rincones de Barrio Espina y la hallaron… a ella, a la chica picasso que vestía al *Guernica* en la piel.

Por un segundo, confió en que su plataforma pasaría inadvertida para aquel hombre y su compañera.

Su esperanza se transformó en las cenizas de un muerto sopladas contra el viento del otoño.

Los ojos. Fijos sobre ella. Y la sonrisa. La sonrisa de ambos. La mujer cuchicheó algo en los oídos de su compañero.

Se acercaron a la plataforma.

Akela pensó en saltar y huir. Esconderse tras la espalda del galerista. Y recibir luego su castigo, por supuesto, y todo lo que significara aquella palabra.

No lo hizo. Se contuvo. Pensó en su madre y de alguna manera supo que podía quedarse y vencer —bajo la luz artificial de la galería, el sonido galante de los *bots* y las melodías que tocaba la orquesta de cuerda de los

autómatas— aquella pesadilla de su infancia.

Sin cuchillos. Sin defensas. Sin armas.

Sostuvo la mirada del hombre por un segundo. Y luego, la de su compañera.

—La quiero —dijo la mujer—. La quiero esta noche, Arx.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa —contestó el hombre y guiñó un ojo, como solo las pesadillas saben hacerlo.

«Dioses, que no me peguen su enfermedad… que mi cuero no se transforme en un pedazo sin color… que no desaparezcan mis tatuajes», rezó Akela.

Pedido ilógico. Una estupidez de niña pensar que los dioses escuchan. Y, más aún, que conceden deseos con la satisfacción de lo bien cumplido.

Estaba sola. Junto a ellos. Recorrían los cuartos de la galería, espacios reservados para los clientes que podían pagar una noche junto a su obra de arte favorita.

Las náuseas pateaban la cabeza y cuerpo de Akela.

Los descastados caminaban cogidos de las manos. Cuchicheaban y reían.

Asco.

«Inmundos». Akela se descubrió imaginando las taras de aquellas criaturas sobre el diseño de su cuerpo.

Después de todo, habían pagado por ella, sí, y la tendrían. A la chica picasso. A la que vestía al *Guernica* en su piel.

Al cabo de unos segundos, las náuseas dieron paso al asombro. Contempló a aquellas criaturas con más interés que si fueran piezas de arte. Fenómenos semejantes normalmente no pululan en el tapiz del mundo.

Cientos. Miles de preguntas. Se atragantó con ellas. «Por qué no tienen tatuajes. Por qué son descastados. Es un castigo de los dioses». Las masticó. No era prudente —ni de buen gusto— que una pieza de arte hable sin que antes se le pregunte o exija. Y mucho menos si sus palabras pueden resultar incómodas u ofensivas —quizás ambas cosas— para el cliente.

Akela obedeció al llamado de la prudencia.

Los descastados abrieron una puerta. La mujer entró primero; el hombre después. Solo Akela permaneció en el umbral, sin saber qué hacer.

—¿Vas a quedarte ahí? —dijo él—. La noche es larga.

Pretendía ser una invitación, pero Akela cerró los labios y esperó la nueva orden.

—Entra, niña —el descastado se dio por vencido.

La pieza de arte dio cortos pasos. Cerró la puerta. Siempre en silencio.

—¿No tienes lengua? —preguntó la mujer mientras se acercaba a ella. Estaba completamente desnuda. Akela retrocedió.

«Leprosa», pensó la picasso. «Quieres tocarme con tu cuerpo de

pescado. Con tu enfermedad de los sin casta. Hija de puta».

—¿Me tienes miedo? —inquirió de nuevo. Intentaba cazarla. Akela lo supo. De alguna manera, lo supo. No valía la pena retroceder. Estaba allí para complacerlos.

—No, señora.

—¡Qué bien!, entonces sí hablas —la mujer sonrió y luego dijo—: Nunca habías visto cuero limpio, ¿verdad? ¿Quieres tocarlo? ¿No te da curiosidad?

Akela negó con la cabeza antes de darse cuenta de su imprudencia. El descastado rió. Era una risa casi natural. La que cualquier hombre podría tener. Una punzada de alivió invadió el cuerpo de Akela.

—¿Eres de las prejuiciosas?

No era una pregunta que esperara respuesta…

Las lágrimas lucharon por salir. Akela se sintió tonta. Habría esperado cualquier prueba en su primera subasta. Pero no esto.

—Perdón —fue lo único que supo decir.

—No seas tonta —el hombre se acercó. También estaba desnudo—. Ala y yo estamos acostumbrados a reacciones semejantes. Incluso peores.

Ala acarició el hombro de su compañero, con un amor que no parecía fingido:

—Eres bella.

—Que seamos cuero limpio no significa que no amemos el arte, de la mejor manera posible.

Una nueva caricia. De Ala. Esta vez sobre el hombro de Akela.

—Me gustas —dijo la mujer.

—Me gustas —dijo el hombre.

Akela no retrocedió. Su cabeza estaba llena de nubes de miedo. La mano de Ala atrapó la diestra de la chica picasso. Luego, besó la punta de los dedos temblorosos de la pieza de arte.

—Así será más fácil —Arx esgrimió en el aire, por solo un segundo, la aguja de una jeringuilla.

El cuello de Akela fue su blanco. No tuvo ni siquiera un instante para pensar con claridad qué estaba sucediendo. La náusea dio paso a la inmovilidad. El terror se diluyó en la inercia. Sintió cómo su cuerpo caía hacia una profundidad de abismo. Ala lo detuvo en un abrazo sin lascivia.

—Te acostumbrarás —su sonrisa, sobre el rostro de Akela, era la de una gata callejera.

Sintió la lengua de Ala entre sus muslos. La boca de Arx sobre sus senos. Lengua y boca se unieron en un beso que no la incluía a ella, a la desmayada, inútil muchacha vestida de tatuajes.

—Entra, Arx. Duro.

Ala gimió sobre su cuerpo. Arx gimió sobre su cuerpo.

Y luego, todo volvió a ser niebla.

Grito. Pesadilla. La mordida de la locura.

Akela despertó.

Entre aquellos dos cueros limpios.

Las piernas de Ala eran cárceles que la sometían. Arx estaba recostado sobre su vientre.

Pesadilla. Mordida de la locura. Grito.

Llanto.

Ala despertó alarmada:

—Pero, niña, ¿qué te sucede?

Arx abrió los ojos con un bostezo:

—Déjala, Ala.

—Para ya —las manos de la mujer la zarandearon con tanta fuerza como antes fueron acariciantes—. Se ha pagado por ti. No tienes motivos para llorar. Toma.

Las monedas tenían el color vetusto del tiempo. Akela contuvo los sollozos a duras penas. Atrapó su propina. Y limpió sus lágrimas.

Fue Ala la última en salir de la habitación. Antes de hacerlo, tomó el rostro de Akela entre las manos y la besó en los labios.

—Si no eres tan idiota la próxima vez, quizás nos convirtamos en amigos regulares.

—Tus mejores amigos —agregó Arx.

Se sentía sucia.

Un animal manchado con barro y porquería.

Se lavó tanto que el cuero comenzó a arderle. Pero el grito no salía de su garganta.

Los susurros de las hermanitas continuaban del otro lado de la habitación. Querían verla. Escarbar los abismos de su alma con una mirada, para luego reírse a coro.

Akela, la amante de descastados.

Akela, la pieza de arte de los cuero limpio.

Akela, la freak.

Fue el galerista quien se acercó a las duchas y descorrió la cortina:

—Llevas horas en el baño, ¡acaba de salir! Si no tienes plomo en las venas, ¿para qué viniste a un lugar como este?

La impotencia estalló como la pólvora en Akela:

—Me vendiste a unos descastados. ¡Mi primera vez!

—Y no será la última. Lo harás, a la fuerza o con gusto. No me importa. ¿Crees que escucho los llantenes de niñas como tú?

—Mi primera vez…

—Volverán. Les gustaste. Prepárate para recibirlos mejor.

—Son cueros limpios.

—Me da igual si caminan sobre las aguas o duermen con caballitos de mar, ¿qué te crees? ¿Quieres enseñarme a navegar en mi propio negocio?

Los insultos se extendieron sobre Akela.

La mano del galerista descendió una sola vez sobre el rostro de la muchacha.

Luego, se hizo de nuevo el silencio.

Bajo la luz mortecina de una lámpara que parecía hecha de lágrimas —de todas las lágrimas lloradas por las mujeres— volvió a verlos.

A ellos: los descastados sin tatuajes. Ala y Arx.

Ella vestía con una malla transparente que mostraba algún diseño holográfico a medio camino entre la piel de tigre y el azul cielo. Llevaba los cabellos recogidos con una peineta en forma de dedos. Él, mucho más sencillo, solo resaltaba por el rojo de sus ropas que, por momentos, parecían manchas de sangre sobre una superficie regular.

Ambos muy sonrientes; Ala visiblemente excitada por la presencia de la joven picasso:

—¿Nos extrañaste? —preguntó con una sonrisa que era un poco sospecha y asombro, quizás también esperanza de hallar una respuesta que la hiciera feliz.

Habían pasado dos semanas desde el encuentro. Los primeros sietes días fueron una sucesión agónica de horas, rastros de miedo, imágenes inconexas que llevaban a Akela al instante en que los psicotrópicos mordieron su cuello y la convirtieron en un monigote al servicio de otros cuerpos. La repulsión fue cediendo paso al pánico; el pánico dio camino a la esperanza cuando aquellos siete días pasaron. Akela pudo entonces imaginar que tendría la suerte de no volver a encontrarlos nunca. Pero, como siempre, el *fatum* la perseguía.

Estaban allí. Frente a ella. Con aquellas sonrisas que eran solo muecas del destino.

No. No se podía escapar.

—¿Vas a portarte bien hoy o tenemos que jugar de nuevo a las casitas? —preguntó Arx mientras se desnudaba. En sus manos, la aguja parecía mucho más peligrosa que un cuchillo.

—No —fue la respuesta de Akela.

—¿No qué?

—Me portaré bien. Obedeceré.

Ala sostuvo la mano de Arx con una sonrisa:

—Cariño, no asustes a la muchacha. No es necesario. Además, bonita —ahora se dirigía a ella, a la temblorosa niña que una vez, no hace tanto tiempo, huía en sus sueños de aquellas pesadillas de hombres sin casta—, estamos aquí para compartir tiempo contigo. Tiempo… y otras cosas. Eres bella, ¿lo sabes? La gente que es… —pareció dudar, luego agregó—: como nosotros tiene una cierta manía por los que son como tú. Obras de arte vivas. *Tableaux vivants.*

—¿Por qué? —la pregunta de Akela escapó de sus labios como una

cortina de humo.

—Uno llega a determinada edad y quiere cosas… cosas que nunca ha tenido antes. Desea objetos que puede poseer. Y paga por esos objetos. Tú eres uno hermoso.

Los dedos de Arx acariciaron los tatuajes en el brazo de Akela.

Objeto: por primera vez en mucho tiempo, la chica picasso tuvo la sensación de conocer el verdadero significado de su oficio. No era un ser humano. Ni siquiera una obra de arte. Acaso se le consideraba solo un híbrido que a nadie importaba salvo por la calidad y perfección de su cuero, por su perdurabilidad como pieza de arte. La vejez no tenía lugar en ella. Tampoco la fealdad. Y mucho, mucho menos, la idea de que un objeto —*tableaux vivants*, la había llamado Ala— podía desear o repugnarse ante su comprador.

Lo único que se esperaba de ella era obediencia. Aquella era la palabra mágica.

Por un segundo, Akela se preguntó hacia dónde la conduciría aquella pesadilla.

«Hacia abajo», pensó con una clarividencia que no le pertenecía, como si hubiera vivido aquel horror antes, como si conociera el final de la obra.

Deja vú. Deja vú. Deja vú. Espantó el arañazo del pánico con una sonrisa perdida.

Otras piezas seguro habían tenido que enfrentar sus miedos y también optar por la obediencia.

—¿Colaborarás? —inquirió Ala. Su lengua recorrió la columna vertebral de Akela.

—Sí, señora —aquella era la respuesta correcta.

Ala sonrió. Arx hizo la usual mueca de siempre.

Sin drogas había sido peor: podía recordarlo todo. Su cuerpo volvía a pertenecerle. Y ellos se apropiaban de cada parte que era suya con la prepotencia de quien ha pagado bien.

No pudo hacer nada.

Por un minuto, pensó en gritar.

Por un minuto, quiso arrancar de los cabellos de Ala aquella peineta en forma de dedos y encajársela en los ojos. Dejarla ciega. Y luego matar al tal Arx, al galerista e incluso a las hermanitas.

Deja vú.

Era demasiado: una locura.

Suspiró. Aguantó el asco. Soportó las miradas y la lascivia, los besos, las lenguas, la vergüenza, los cueros sin tatuajes, abominables criaturas de la naturaleza que escapaban de todo orden y coherencia para convertirse en violadores.

Si olvidaba el cómo y el por qué se encontraba en la galería, entonces todo estaría perdido para ella. Era importante sobrevivir a aquella noche

de pesadilla, a Ala y a Arx. Quizás entonces el mundo volviera a su verdadero curso y estaría libre. Libre de los monstruos. Del *deja vú*.

Y así podría cumplir con su contrato.

Al terminar todo, yació entre ambos como un objeto desechado.

Lo odió.

La odió.

Se odió.

Las hermanitas la miraron como quien contempla a un leproso que sostiene sus extremidades podridas. Se alejaron. Susurraron juntas. Chistes y obscenidades. La botticelli reía más alto que ninguna, con una histeria cercana al asco. La kahlo exhibió una sonrisa de envidia.

Akela se sintió sola.

Limpió su cuerpo varias veces. Pensaba que aquel acto podría tal vez librarla del olor a sexo de Ala, del recuerdo de las pieles descastadas en unión con su carne.

Náusea.

Se revolvió. Bajó la cabeza. Sin lágrimas. Era importante obedecer, y que el galerista no escuchara sus gritos silenciosos —que nacían y morían en algún lugar del bajovientre—, porque el castigo sería entonces necesario.

El castigo.

Aquella palabra ocultaba reminiscencias negras. El maldito *deja vú.*

Abandonó la ducha común con la certeza de que las hermanitas estarían aún despiertas cuando ella retornara al cuarto. Pero todas dormían. Aquel acto fue la punzada final del desprecio que las otras sentían por la amante de descastados. Akela supo que ni siquiera les importaba lo suficiente como para esbozar sus burlas en voz alta.

Sola. Nuevamente. Con sus tatuajes. Con la perfección.

Todo lo que siempre había querido y que ahora se transformaba en una maldición: la suya.

A veces, los cueros limpios tardaban semanas en retornar. Akela guardaba la esperanza de que, tal vez, nunca volvieran. De que estaba a salvo para siempre. De que podría cumplir con su contrato sin recibir castigo, aquella maldita palabra que solo se reserva a las obras defectuosas.

Pero la esperanza era arrancada de su alma como si un curtidor le quitara el cuero a un viejo perezoso.

El asco fue acumulándose en un saco sin fondo: rencor que crecía dentro de aquel metafórico espacio, cada vez más constreñido. Akela sabía que pronto iba a estallar.

—Entre tantas piezas, ¿por qué yo? —preguntó un día a Ala, que parecía la más comunicativa de la pareja de descastados.

—¿Y por qué no? Me gustas, niña picasso.

—Existen otras… otros diseños —se atrevió a decir.

—Gracias por la información, nena. Pero soy feliz contigo. Además, siempre he admirado los *tableaux vivants* que llevan a Picasso en la piel. Quizás sea fetichismo, no lo sé.

Su risa. Un asqueroso monstruo que brotaba de sus labios sin marca.

—¿Por qué nunca tuviste tus tatuajes?

La mujer pareció vacilar:

—Son demasiadas preguntas esta vez.

—Por favor… —Akela esbozó una mueca que parecía la petición de un beso. Ala no dudó en devolvérselo.

—Nací en una casta que no los permite. La iglesia en la que me crié condena a los que son como tú —nuevamente su sonrisa—. Y los que son como yo, solo en ocasiones nos permitimos pecar. Pero mi Dios tiene los ojos velados. Es un poco ciego. Confío que no se dé cuenta.

—¿También Arx es de esa iglesia?

—¿Arx? —su sorpresa ocultaba una carcajada de burla—. No, bella. Arx decidió no tener marcas porque quiso. Es un hueso duro de roer. No le interesa pertenecer a ningún lado. No le interesa que lo identifiquen con ninguna facción o barrio. Es un solitario. Vive del oficio de ser un descastado. Eso le permite hacer… cosas… cosas que lo convierten en un hombre libre. Ni tú ni yo seremos jamás tan libres como él, aunque tengamos toda una vida para practicar cómo hacerlo.

Ala no dijo más. Tampoco era necesario.

—Sé que puede ser duro, para alguien como tú, comprender esto —la mujer intentaba ser comprensiva. Por primera vez, Akela percibió en su voz un dejo de verdadera preocupación, algo cercano al cariño—. No tienes por qué.

—¿Vienes aquí para pecar mientras me miras y tocas?

—Es mi forma de intentar ser como Arx. Pero uno no se deshace tan rápido de la mierda del pasado. Ya te dije que mi Dios es ciego. Al menos, lo era antes. Si ahora me ve, deséame suerte.

Y luego:

—Eres bella, mi *tableau vivant.*

El beso de Ala era una tela de araña. El insecto Akela se debatió en la red, pero no consiguió escapar.

Las visitas se hicieron más frecuentes. Cada cinco días. Cada tres.

El galerista sonreía mientras los créditos pasaban del chip ID de los cueros limpios al suyo. Akela contaba en silencio su ganancia, los meses que pasaban sobre ella, y tachaba de su mente una mañana más con lápiz rojo.

Estaba segura de que los descastados se aburrirían de ella. Solo necesitaba ser fuerte. Resistir.

—Ponte tu malla —el galerista se acercó a ella con una mueca que

podía significar cualquier cosa—. Hoy saldrás de la galería. Tus clientes habituales quieren exhibirte en un nuevo espacio.

¿Clientes habituales? Akela no tardó en comprender quiénes eran.

—¿Fuera de aquí?

—En una fiesta en Barrio Equinoccio. Algo de verdad importante. Han pagado bien.

Aquellas eran las palabras mágicas. No importaba saber más.

—Mira, niña, no protestes de nuevo —la voz del galerista amenazó con un tinte cercano a la histeria—. Deja de enfurecerme. ¿Acaso quieres castigo? ¿Acaso quieres incumplir con tu contrato?

—No.

—¿Por qué es tan difícil acostarte con esos cueros limpios?

—No lo sé.

—Entonces deja de joder y ponte las mallas. Muestra tu arte y no pienses más.

«Sí, ya sé que los objetos no razonan», pensó con amargura. El *deja vú* coleteó frente a sus ojos, pero fue más rápido que Akela y, antes de que pudiera extender las manos, nadó hasta el fondo de su memoria.

Hizo todo el viaje con los ojos vendados por un pañuelo negro. Nunca supo a dónde la conducían. Solo las manos de Ala le eran conocidas y, por algún extraño motivo, la reconfortaban. Al menos, alguien estaba cerca. Montaron en un coche tirado por caballos; Akela podría haberlo jurado. El camino fue tortuoso: una sucesión de baches y piedras que la desorientaban en continuas curvas y regodeos. Izquierda. Derecha. Otra vez izquierda. Pronto, no supo siquiera dónde se encontraba el norte y el sur.

Apretó la mano de Ala como la única solución posible, y se dejó conducir cuando el coche detuvo su paso.

Supo que había llegado. La voz de Arx sonaba clara junto a su oído:

—Bienvenidas ambas. Tardaron más de lo que esperaba.

Nunca, hasta aquella noche, había conocido de un barrio que se llamara Equinoccio.

Era apenas una porción de tierra delimitada por muros, tan altos que ocultaban el cielo.

La pareja de descastados que conducía a Akela se identificaron en la garita:

—¿Y ella? —preguntó el mayordomo. Era, evidentemente, un bastardo que solo había podido costearse unos pocos tatuajes en el rostro. Observarlo resultaba tan anacrónico que Akela desvió la mirada para no sentir vergüenza ajena. Las marcas de aquel hombre se exhibían como remedos pálidos de cubismo, pero ni siquiera patentados por un creador que valiera la pena recordar.

—Viene con nosotros —fue la respuesta de Arx, que mascaba tabaco

con parsimonia.

Sobre las cabezas de todos pasó el dirigible de la novena hora nocturna, como un ave agorera que cantara desgracia.

Ala se santiguó.

—No seas idiota —le espetó Arx—. Es solo una máquina. La misma máquina de siempre.

La mujer volvió a santiguarse:

—Déjame tranquila, Arx.

Las puertas de Equinoccio se abrieron para los tres. Akela nunca había visto un barrio que estuviera solo compuesto por una casa, decrépita hasta sus cimientos. Adentro, se escuchaba el sonido de la música hecha por los autómatas con sus instrumentos de viento. Afuera, el caserón parecía solo el remedo de una habitación de pesadillas.

—Bienvenida a la fiesta… mi fiesta de cumpleaños —dijo Ala con una sonrisa. Después, tomó a Akela de las manos y entró con ella a aquella casa: el barrio llamado Equinoccio.

Eran todos iguales. Cada uno de los invitados. Gente sin marcas. Descastados que nunca habían llevado tatuajes. *Freaks.* Animales que, en la marea del universo, solo merecían hundirse.

Akela retrocedió instintivamente, pero las manos de Ala se lo impidieron:

—No corras. Vamos, aquí nadie muerde.

Algunos rostros se inclinaron frente a ella. Casi todos la miraban con la curiosidad de quien observa un objeto interesante.

—¿Ves?—dijo Ala y señaló hacia adelante—. No eres la única invitada a la fiesta.

Solo entonces Akela alzó la mirada que había mantenido prudencialmente abajo luego de la entrada.

Sobre una decena de plataformas —distribuidas como obras de arte sin una curaduría eficiente— estaban las muchachas. Veintiocho *tableaux vivants.* Chicas cubistas. Abstraccionistas. Expresionistas. Impresionistas. Púberes que vestían las obras de Goya, Da Vinci, Rossetti, Ingres, Dalí. Akela perdió la cuenta.

Todas inmóviles, como los objetos de arte que eran, solo listos para la observación, el amor y la crítica.

Perfectas y diversas.

La fiesta era una galería que vibró con el sonido de los aplausos:

—¡Viva, Ala!

Ella sonrió con una alegría que guardaba fingimiento.

—Gracias a todos —dijo, y arrastró a Akela hasta las plataformas donde las piezas de arte se exhibían—. ¿No te parecen bonitas? Cada uno de mis invitados trajo una compañera. Ahora será mi turno de mostrarte. Allí —y señaló hacia un estrado redondo, algo más elevado que los otros— está tu

lugar. Eres el *tableau vivant* más hermoso de esta fiesta.

Ala le besó los dedos. La picasso tuvo que dominarse para no apartar la mano. Se contentó con observar las piezas.

Entonces descubrió que aquellos objetos de arte no respiraban.

—¿Qué sucede, Akela? —la pregunta de la mujer la tomó por sorpresa —. Estás pálida.

No se movían porque estaban muertas.

Aquellas mujeres eran solo cuero sobre una carne corrompida por la taxidermia. Vio, debajo de los gestos y poses, el rictus de la inexistencia. Sintió el olor a descomposición, que ni el éter ni el formol podían ahogar por completo.

Deja vú. Deja vú. Deja vú.

Akela retrocedió.

Los ojos de Ala estaban en su camino:

—Hija, ¿qué te sucede? —su mirada de lástima era casi tan genuina que Akela sintió el deseo de pedir ayuda.

«Me estoy volviendo loca. Veo muertos. Una exhibición de muertos. Una galería de piezas disecadas. Déjame ir, tengo que cumplir con mi contrato», habría querido decirle, pero la voz de la prudencia y la cordura le indicaron que estuviera quieta y apartara los ojos de Ala del camino.

Aquellos ojos le estorbaban. Y también aquella piel sin tatuajes. El recuerdo de la taxidermia, la sangre, un cuarto cerrado pasó por su memoria con la rapidez de un animal al borde de la extinción.

Claustrofobia.

Se desprendió de las manos de Ala y retrocedió. Los cuerpos disecados estaban en todas partes. Los ojos de las piezas también la miraban.

«Escapa», decían sin palabras los objetos de arte. «Tú puedes… aún puedes… nosotras no».

Entonces supo que también ella —como aquellas pobres muchachas muertas— había sido conducida hacia la trampa. Estaba condenada a morir. A ser disecada por las manos del *deja vú.* A que sus ojos se transformaran en cuentas de vidrio de algún color indefinido. Alguien rellenaría su vientre con algodón y niebla. Las agujas perforarían sus venas. Las drogas lucharían contra la absoluta descomposición de su cuerpo. Solo su piel —la maravillosa perfección de los tatuajes— continuaría viva, a medio camino entre la textura de la muñeca y el objeto de arte, eterno en su condición de pieza.

Y estaría condenada a quedarse allí, en Equinoccio: la última adquisición de aquellos asesinos y descastados que festejaban la muerte como si fuera un cumpleaños.

—Akela, ¿qué sucede? —las manos de Ala comenzaron a zarandearla. Sus ojos, dos canicas azules, se habían convertido en un testimonio del fin: estorbaban.

—Hija de puta —la voz de Akela fue el gañido de un perro rabioso, a punto de caer sobre su presa.

Arx estaba muy lejos, fuera del alcance. Akela supo que su venganza no llegaría a él. Pero Ala, esa hija de puta psicópata, se encontraba tan cerca que bastaba extender la mano para tocarla.

El *deja vú* coleteó frente a Akela.

En el pelo de Ala se encontraba aún aquella peineta en forma de dedos. Puntiaguda. Peligrosa. Un cuchillo camuflado entre los cabellos de la descastada.

Akela no dudó en arrancar aquella arma de la cabeza de Ala.

El grito de la descastada estremeció la habitación:

—Mierda, Akela. Me has sacado sangre —dijo la mujer, y se llevó una mano a la frente. Sus cabellos caían sobre el cuello sin marcas, abominable en su pureza de fin del mundo.

En el otro extremo del cuarto, Akela contempló los ojos —una mueca aterrada— de Arx. Él sí había visto el peligro. Él sí sabía. Él sí podía reconocer un arma cuando se encuentra en las manos de la persona que ha sido destinada —desde los comienzos del tiempo— a tenerla.

—¡Ala, aléjate de ella! —aulló—. ¡Aléjate de ella ahora! ¡Aléjate!

No pudo gritar más. No tuvo tiempo. Intentó abrirse paso a golpes entre los invitados del salón, los cueros limpios que mordían el pánico como la bisagra enmohecida de una puerta.

—¡Ala!

Ella miró solo un segundo al lugar donde provenía la voz. Akela aprovechó aquel momento de debilidad para acercarse.

—Esto es por mí, hija de puta… y por esas muchachas a las que mataste antes…

—¡Aléjate de ella!

El cuello de Ala vibró cerca de la peineta, transformada ahora en herramienta de matar. Pero entonces, la descastada se movió a la izquierda y alzó la mirada hacia los dedos convertidos en filo.

Sus ojos tropezaron con la joven picasso, quien descubrió que aquellos ojos no solo le molestaban, sino que también los odiaba. Le asqueaban.

Era preciso sacarlos del camino.

Al fin y al cabo, aquella descastada adoraba a un dios ciego.

Al fin y al cabo: *deja vú.*

Akela partió la peineta en dos trozos y encontró el camino. Un camino que era como pulpa y que explotó en quejidos de sangre y líquido.

—¡Arx! —los gritos de la mujer fueron los de un animal agonizante.

La *tableau vivant* —la única obra de arte sobreviviente de esa noche— limpió la punta de aquellos improvisados cuchillos a los que les debía todo.

Corrió sin mirar atrás.

La mujer ciega aulló, con las manos cubiertas por una pasta roja, hasta que Arx la tomó en los brazos. Los gritos de los invitados se fundieron con los quejidos de pánico de las obras de arte que comenzaban a descender de las plataformas… como si nunca antes hubieran estado muertas.

Akela no lo supo.

Para entonces, ya había atravesado las puertas de Equinoccio.

Un golpe en la noche. Contra las ventanas de la galería.

El viejo no tardó en abrir.

Allí estaba la joven picasso: nuevamente destruida. Todavía sostenía entre los dedos la peineta rota en dos pedazos. La sangre reseca dormía sobre sus mallas, como algo que perteneciera a otro mundo.

—Entonces, lo has vuelto a hacer.

Akela lloró.

—Ya sé que merezco castigo, señor. Pero ellos iban a matarme. Lo hice en defensa propia.

—Tan hija de perra.

Los golpes cayeron sobre Akela. A gritos —bajo los gritos del galerista— intentó explicar su historia. La fiesta. Las *tableaux vivants*, asesinadas por aquellos psicópatas de cuero limpio. Ala. Los ojos de Ala, que estorbaban su huida. El grito de Arx.

Su miedo. Su miedo. Su miedo.

—No los deje volver, señor. No los deje volver por mí.

El viejo dejó de golpearla:

—Vamos, chula. Creo que tengo algo que puede calmarte. Una buena pastilla. Te hará olvidar todo —y luego—: ¿Acaso no quieres eso?

Apenas sintió la mordida del *bot*. O la aguja que encontró su cuello. O el filo de un puñal muy fino.

Una marea de *deja vú* invadió su memoria.

Lo comprendió todo.

Recordó todo.

Y luego volvió a olvidar.

Lentillas artificiales habían sustituido los ojos azules de Ala. Todavía usaba bastón. Su vista nunca sería la misma de antes. Arx la conducía como a una niña.

—Lo siento mucho, señores —el viejo galerista tocó con la frente el suelo, tres veces—. Es una loca… una maldita loca… que recibirá su castigo.

—Los daños de mi mujer, psicológicos y físicos, quizás sean permanentes —la voz de Arx guardaba las cadencias del invierno.

—La casa estará encantada de complacerlos. Está en toda nuestra disposición reparar los daños de la única manera que conocemos. Hay otras chicas, mucho más eficientes.

Ala hizo un gesto de desprecio, a medio camino entre el dolor y el asco:

—Esa picasso… esa mujer, es una pieza corrupta.

—Sí, señora, una pieza corrupta. La uva podrida de este saco. En realidad, la única uva podrida de mi galería. Pero ¿quién podría habérselo imaginado? Lucía normal. Mis otras chicas quizás luzcan ordinarias para gustos más contemporáneos, artísticamente hablando, pero han demostrado su valía.

El galerista tocó el piso con la frente por cuarta vez:

—¿Alguien más fue herido? —preguntó con una sonrisa que intentaba ser conciliatoria, mientras servía tazas de té para los invitados—. En la fiesta, quiero decir.

—Solo yo —contestó Ala.

—Solo ella. Las otras piezas de arte quedaron intactas. Asustadas, pero intactas. Gritando, pero intactas. También nuestros amigos. Solo Ala.

La mujer se llevó la mano a las lentillas artificiales que sustituían sus ojos:

—Quiero que castiguen a esa puta —dijo—. Quiero que sienta este dolor… mi dolor. Solo así nos sentiremos satisfechos. Y usted evitará una demanda.

—No, señores. No hablemos de demandas —el viejo palmeó el hombro de Arx—. Esa palabra no nos conviene a ninguno de los involucrados. Ni a mi galería, ni a ustedes… que, al fin y al cabo, como cueros limpios, son siempre tan malentendidos por los tribunales de esta ciudad.

Luego agregó:

—Además, pienso que estarán satisfechos con el castigo. Y con la compensación que quiere ofrecerles la casa.

El galerista hizo una mueca. Condujo a la pareja de cueros limpios a través de innumerables corredores de cortinas rojas y lámparas de bambú.

—Aquí está —dijo el viejo al descorrer una de aquellas cortinas.

—Aquí está —volvió a repetir mientras señalaba hacia adelante, hacia el cuerpo de lo que una vez fue la joven picasso.

Akela era solo un temblor rojo. Tiras de pellejo habían sido arrancadas de su rostro, vientre y muslos. Olor a mierda y orine. *Guernica* había desaparecido bajo la hinchazón y los arañazos. Con sus propias uñas, Akela iba destruyendo la obra de arte en su cuerpo.

Lo que quedaba era solo aquello: un *tableau vivant* del fin del mundo.

—Está estropeada para siempre, señora —dijo el galerista—. Ella misma ha hecho el trabajo.

—¿Drogas? —preguntó Arx con una sonrisa de venganza.

El viejo afirmó en silencio.

—Buenas drogas entonces —el descastado besó la frente de Ala—. Ahora, amigo, podemos hablar de otras chicas… otras piezas… que sean satisfactorias para nuestra colección: quisiéramos verlas.

—Sí, señor —musitó el galerista con la obediencia que había aprendido

a simular.

Aquella joven era una pieza curiosa, más cercana a la ruleta rusa que cualquier otra muchacha. Una vuelta, y el tiro de gracia se disparaba. Otra vuelta: los créditos.

Antes de inyectar las drogas en el cuello de Akela, el viejo recordó el primer encuentro entre ambos.

Desde entonces, habían pasado quince años. Y más de treinta versiones de aquella mujer, siempre bajo nombres distintos: Rama, Lisa, Neil… y ahora Akela. Los diseños de su cuerpo habían variado: Boucher, Rossetti, Dalí, Durero, Munch, Bosco… y ahora Picasso.

El galerista había olvidado cuál fue la versión original, el verdadero diseño y nombre de aquella mujer de los mil rostros.

Solo sabía que, en la génesis de todo, ella había llegado para firmar un contrato por cinco años. Que, a punto de cumplirse su plazo, un cuero limpio se había obsesionado con el diseño del cuerpo de aquella chica. Aquel descastado deseaba la pieza de arte y también a la mujer. Había pagado bien por ella. «Muchos créditos», recordó el galerista. «Muchos créditos».

«Por eso la alquilé», sonrió. Su memoria no era tan mala después de todo. «Por dos meses. Los dos que quedaban del contrato. Para que fuera parte de la colección personal del cuero limpio. Sí, eso hice».

Pero aquel plazo de tiempo no llegó a cumplirse.

La pieza retornó antes.

Cubierta de sangre.

De su sangre. También de un rojo ajeno.

Llevaba en la mano un cuchillo. Había sido parcialmente desollada. Los trozos de su piel colgaban como aletas sin forma. Sus tatuajes estaban arruinados. La confesión había sido rápida: la colección del descastado no incluía piezas vivas. Durante ocho semanas, aquella muchacha había sobrevivido a la tortura. Durante ocho semanas, tuvo que observar los cuerpos de una decena de piezas —macabra exhibición— que el cuero limpio guardaba en su recámara: veintiocho jóvenes asesinadas, reducidas a estatuas eternas, inmóviles monumentos a la taxidermia y al arte.

De alguna manera, había logrado escapar. El viejo nunca supo cómo. Ni volvió a oír hablar del descastado.

Unas dos noches después, encontró a la muchacha bajo la luz de una de las lámparas de bambú.

Llevaba un cuchillo en la mano. Había cortado su cara, estropeado los diseños, desfigurado los tatuajes.

Era un desastre. Un perfecto desastre.

Entre gritos, aquella loca ensangrentada había dicho…

—…¿dicho qué? Jodida memoria.

No, mejor, había aullado…

—…¿aullado qué? Mierda.

El viejo hizo una mueca de victoria.

«Eso, sí. Dijo que no quería ser una pieza de arte. Que iba a estropear todo lo que quedaba de obra en ella. Sí, una loca. Una loca de mierda que solo quería arruinar el dinero que yo había invertido en su cuerpo».

Entonces, por supuesto, tuvo que castigarla.

Al fin y al cabo, había incumplido con el contrato. Una pieza de arte no puede dañar su propio cuero. Por lo tanto, aquellos primeros cinco años se habían duplicado: una década. Sin paga.

Perfecto negocio, después de todo.

No era tan malo tener una loca en la colección. Los mecanismos —«terapias de medc, sí», recordó el viejo— para controlar los malos impulsos de la mente habían existido desde siempre. Y, además, legalmente se permitían.

El primer paso había sido sustituir selectivamente los recuerdos de la chica. Quitar algunos. Implantar nuevos. Las drogas y la reprogramación habían hecho todo el trabajo sucio. Pronto, aquella muchacha tuvo la memoria modificada. Una historia distinta. Un nombre distinto. Un pasado donde los recuerdos de las piezas disecadas y el monstruo de cuero limpio eran solo pesadillas, leyendas urbanas de la mente.

El segundo paso fue más simple: bastaba con sustituir la piel lastimada por epidermis de criocultivo, dispuesta para ser tatuada con nuevos diseños e historias.

Y eso fue todo. Por otros diez años, ella le sirvió.

«Bueno, casi todo…», el anciano sonrió, macabro. «¿Qué buen galerista se libra de una pieza que adora? Ninguno».

Al aproximarse el cumplimiento del segundo contrato, tuvo la mejor de todas las ideas posibles.

Quizás existiera alguna manera de que aquel objeto de arte le perteneciera para siempre. Podría recobrarla, una y otra vez, mediante renovados contratos que nacerían, literalmente, de la nada…

Solo era necesario que ella no lograra cumplir con lo estipulado.

Aquella muchacha sería su propio *tableau vivant*, aquel que podía alquilar y exhibir pero que siempre, siempre, volvería a él.

No se hizo difícil encontrar un nuevo descastado y atraerlo con promesas de ofertas ventajosas. Le alquiló a la chica por un precio simbólico. Un precio que cualquiera —hasta el más pobre de todos los «cuero limpio»— podía pagar.

El descastado la tuvo. Y el mecanismo del *deja vú* —la activación del recuerdo y el trauma— cabalgó en la mente del objeto de arte. Estalló, por supuesto.

Castigo y contrato. Cinco años más.

Ahora, por tercera vez, la estrategia había funcionado. Aquellos dos

estúpidos —«¿Ala y Arx se llamaban?», intentó recordar el viejo. «Jodida memoria» —también habían picado el cebo, la oferta de pocos créditos, el sueño de poseer una pieza de arte.

También ellos la habían tenido.

Recordó a Ala, casi ciega. Y el odio de Arx.

«Qué carajo. No les alcanzaba el plomo para jugar en este negocio. Comemierdas», el viejo se rió: una tos huesuda.

Castigo y contrato. Cinco años más.

Con ojos de especialista, evaluó los daños en el cuero de su objeto de arte. Eran, ciertamente, muchos. Nada que una buena cirugía no pudiera corregir, como tantas veces antes.

«Quizás sea hora de probar algo distinto. Un Monet. O un Degas. Es hora de empezar desde cero».

La luz de la lámpara cubría todo el espacio con una claridad mortecina, casi sanguinolenta.

Él la miraba.

Y ella sabía que todo dependía de la evaluación de aquellos ojos.

El viejo galerista parecía observarla por primera vez.

—Desnúdate—dijo—. Ahora.

Vergüenza. Fue contemplada como un animal bajo el cuchillo del carnicero.

—¿Ya puedo vestirme? —preguntó la muchacha.

—Espera. ¿Cuál es el apuro? ¿Crees que tu apuro me importa?

—No, señor.

Un rastro de interés ocupó la mirada del galerista.

—He gastado todos mis ahorros, señor —murmuró ella.

—Sí, sí. Ya sé. He escuchado esa historia antes. Puedes ahorrártela esta vez. Es siempre la misma.

Obediencia. Control. Control. La muchacha cerró los ojos y suspiró hondo.

—…toda esa mierda de estoy sola… no tengo a nadie en el mundo… Ahórrate el discurso.

—Lo haré, señor.

—Ni creas que eres demasiado original. ¿En serio piensas que puede importarme, chula? —preguntó el galerista nuevamente.

—No, señor. No lo espero, señor.

—Dices bien —fue toda la respuesta que escuchó antes de que la cortina roja se abriera para ella.

Tiempo Cero

Para Laura y Gabriel, hermanos…
A ti y a mí, ya no juntos, pero siempre unidos.
En contra de cualquier pronóstico.

(3:00) Todo negro a mi alrededor. Camino desnuda por la jaula. Es pequeña: no más de tres o cuatro pasos. Los suficientes para que una se vuelva loca y espere el fin con una mueca de agradecimiento. Golpeo los barrotes: en vano. Una punzada de dolor me roe la muñeca como si fuera un cáncer silencioso que caminara por mis huesos y los convirtiera en paja podrida.

Oscuridad.

Extiendo los dedos. Tiemblo. No sé qué puedo encontrar en ella. La tiniebla es un capullo que resguarda mi cuerpo, como a tantas otras cosas terribles.

(2:00) Tres, cuatro pasos.

Casi el mismo espacio que tenía en la Luga, en mi nave perdida. Por un momento me atrevo a recordar las ya destruidas cámaras de salto al vacío, donde los pilotos nos conectábamos aquellos neutrodos sensoriales que amplificaban los colores de la galaxia en un grano mínimo de tiempo, y luego lo hacían estallar en llamas de color. Aquellas mismas cámaras que ignoraron la red de asteroides de Tau Erena y nos hicieron caer dentro de ella como conejos.

Todo en una fracción de minisegundo. Todo en el instante del salto…

Nada más recuerdo del accidente.

Es curioso: el tiempo en esta jaula me maldice con una mueca que no comprendo si es de odio o de miedo. Pero lo intentaré.

Debo… ¡no!, tengo que estrujar mi memoria hasta convertirla en una masa sin forma, o hasta que el pasado vuelva a mí…

(1: 45) La colisión convirtió a la Luga en un montón de pulpa que vagaba sin control en las fronteras del vacío. A merced del tiempo, como otros tantos pecios que, desde hace siglos, conforman una red inestable de naves muertas alrededor de Tau Erena, un cinturón de asteroides de metal que navegan por su órbita como cuerpos de ahogados.

Cuando desperté, y me sentí viva —mi cuerpo y su sangre, las esquirlas de mis dientes rotos—, advertí que, contra todo pronóstico, el choque no me había matado. Entonces descubrí de golpe por qué las criaturas de Tau eran tan odiadas en todos los puertos estelares.

Piratas. Carroñeros. Asesinos. Esclavistas.

Fueron las palabras que escupí, junto con el resto de mis dientes.

(1:00) Tres años llevo en esta jaula. Tres años desde que abandoné,

herida y confusa, a la Luga. Tres años desde que lo vi a Él: al *Señor-Embrión-del-Mundo*. Tres años desde que me dio a escoger entre la libertad y la vida.

Esta fue mi elección.

Vivir.

Quizás por eso sea que el Señor aún no ha terminado su juego. Su juego conmigo…

(0:50) Al principio intenté comprender su lenguaje, desentrañar con mi oído —que siempre fue finísimo— aquella urdimbre de sonidos con que el Señor intentaba comunicarse. De nada valió.

Un nanotraductor suplió mis carencias. Instalado en las cuerdas vocales del Señor, convirtió los jadeos y gritos propios del idioma de las criaturas de Tau en palabras que me eran comprensibles.

Voz de bajo. Disonante.

Voz que estremecía las escamas de mi nuevo amo, y luego las pegaba como plumas húmedas a su boca de dientes puntiagudos.

—Mía…

Una sola palabra.

Suficiente para hacerme comprender mi nueva condición.

Piratas. Carroñeros. Asesinos. Esclavistas.

(**0: 40)** Abandoné la Luga.

Yo, y una veintena de sobrevivientes. Qué fue de ellos: no lo sé. No quiero saber. Da lo mismo.

Desde entonces estoy aquí: encerrada. En la jaula. Es este el espacio y el hogar que el *Señor-Embrión-del-Mundo* me ha ofrecido.

—¿Qué eres? —le pregunté un día, cuando ya se había cansando de torturar mi mente y mi cuerpo con su juego—. ¿Quién eres?

—Un dios para ti… —contestó con una mueca que he aprendido a ver en él como sonrisa—. Soy el Amo del Tiempo.

Siempre me repite las mismas palabras.

Siempre le hago la misma pregunta.

Nada sé salvo esto.

Al *Señor-Embrión-del-Mundo* le gusta jugar, y yo soy su muñeca preferida.

(0:20) Ya llega. Puedo olerlo: humedad y carroña en sus escamas. Trozos de piel humana le cuelgan de las fauces. Lo conozco.

La oscuridad que me había acogido como un útero me vomita de repente: se hace la luz y Él aparece. Me ofrece una mano. No la acepto. Me obliga con los ojos a tomarla.

Entonces siento la frente del Señor bajos mis dedos temblorosos. Siento la protuberancia que brota de su frente: el falo gigantesco de un macho en busca de alimento.

Quiere tomarme. Hace miles de intentos, pero todos son inútiles. Me

embiste con la cabeza. Me sostiene aplastada contra el suelo de la jaula. Una decena de raíces púrpuras se enlazan como troncos en torno a su falo: crece tanto que parece reventar. Espero que en cualquier momento estalle y escupa en mi cara una gelatina de sangre.

Esta noche tampoco puede penetrarme, a pesar de que se columpia sobre mí con un frenesí de loco. Su miembro se convierte en un legajo de color indefinido cada vez que se aproxima a mi vagina, como una hierba tristemente húmeda y tan muerta como la noche.

—Es por tu olor, ¡maldita sea! —se queja y ruge.

Quiero reír. Quiero morirme de risa y llanto: a pesar de todo su poder, a pesar de sus palabras, hay algo que no es cierto. No soy completamente suya.

Puedo sentir su frustración de bestia: Él también lo sabe.

—Algún día… —me promete, me amenaza, y las escamas le tiemblan en la boca como hojas secas.

(0:05) Se enfurece. Un rugido, dos. Muestra dientes que titilan como velas en la oscuridad. Mi carne y cuerpo caen bajo su mordida furiosa. *El-Señor-Embrión-del-Mundo* susurra apenas unas sílabas que no puedo aferrar a mi memoria por el dolor terrible de ser devorada en vida.

Si lograra atrapar sus palabras por solo un segundo más sería capaz de comprender el porqué. El porqué de este juego de tiempo muerto y quizás —como en mis mejores sueños— podría escapar de esta jaula.

Pero no alcanzo a recordar.

No…

Mi cabeza es un extraño nudo de dolor que solo a veces se desenreda con el repentino placer que me brindan esos dientes al hurgar en mi carne. Placer de sentir mi piel rasgada bajo los dientes de la luz.

(0:00)

(3:00) Despierto. Todo negro a mi alrededor. Camino desnuda por la jaula: cuatro pasos. Los mismos de cada día dentro de esta cárcel. Los mismos de los últimos tres minutos que llevan repitiéndose lo que me parece una eternidad.

Exactamente los mismos.

Por un momento me atrevo a desear la muerte, pero es solo un pensamiento demasiado fugaz que me pasa por la cabeza. Este es el juego del Señor, y yo no tengo otro papel que el de la ficha.

«¿Cuándo acabará?», me pregunto. «¿Cuándo acabará todo?».

Oscuridad. Una y otra vez.

(2:00) Me quedan tres minutos para recordar.

Tres minutos para intentar comprender su juego, y romper su táctica de

dios.

Tres minutos para no olvidar, e intentar grabar esas palabras que quizás —como en mis mejores sueños— me hagan libre.

¿Cuánto llevo encerrada en este sitio?

Tiempo Cero.

Culto de acoplamiento

Serm permanecía agazapada entre la maleza podrida.

Hacía rato que la solicitud de contacto de la Base era un ronroneo molesto y constante en el auricular que rodeaba sus sienes. Aún así, había optado por ignorarla: estaba cansada de obedecer a los superiores en todo.

A fin de cuentas, aquel perdido mundo pantanoso no era la Academia del Espacio. Ni tampoco era ella ya una estudiante, sino una investigadora con plenos derechos.

Entonces sintió un peso en su mano. En su muñeca acababa de posarse un insecto robot, que chillaba para atraer su atención, tan agudamente que casi rozaba los ultrasonidos. No le quedaba más remedio que responder, o aquel bicho inoportuno e insistente acabaría por dejarla sorda.

«Ojalá al menos fuese de veras urgente».

Suspirando, Serm activó la comunicación.

El insecto se calló.

Segundos después, Huklein, el *cyborg*, su inmediato superior, la saludaba desde la micropantalla:

—Hola, preciosa. Ya te estábamos extrañando. ¿Por qué no respondías? ¿Cómo va todo?

—Déjate de rodeos, mira que el tiempo es oro y el mío vale más que todos los megacréditos que te inflan el estómago —contestó Serm, violenta, para luego agregar, más calmada—: ¿Qué, se quema la base? Por aquí todo sigue igual: los *mudgorgs*, esos malditos bichos, llevan una eternidad danzando unos alrededor de los otros. Por suerte: supongo que fue solo por eso que no escaparon a todo tentáculo del estruendo que armó este bicho de aviso que me enviaron. Tengan más cuidado en lo adelante. Las investigaciones de campo son delicadas, ya saben.

—Sí —concedió el otro, con un gesto de asco que resultaba casi una mueca—. Ya sabemos. Al parecer esa danza es una parte fundamental de su rito de cortejo, de su reproducción. A través del satélite, yo mismo me he cansado de observarlos durante días moverse como en un antiguo baile cortesano, siempre enarbolando bien en alto esos órganos sexuales suyos tan impresionantes. Parecen lanzas, ¿no?

—Son tentáculos —habló la mujer entre susurros, sin dejar de observar la naturaleza silenciosa que la circundaba—. Tentáculos reproductores, para ser más exactos.

Llevaba días siguiendo el apareamiento de los *mudgorgs*… sola y con la única protección de su fiel «Jenofonte».

—Suben y bajan, le dan vueltas a la hembra y solo después de asirlas con esas «lanzas» se atreven a esparcir el líquido reproductor a través de esa abertura dentro de sus cráneos, donde también están sus óvulos, por lo

que sé. Por cierto, desde que llegué he querido saber algo: ¿qué les ocurre a ellas luego? Quiero decir, cuando conciben a la nueva camada. El material que me hicieron estudiar no lo aclaraba, pero sí decía que tras la cópula, la abertura en el cráneo de la hembra se cierra, así que pensé que, tal vez… pero no puede ser, no, sería demasiado cruel.

—Pues sí: lo siento, pero ocurre precisamente eso mismo que tienes en mente. Ya sabes: piensa mal y acertarás —la desengañó sin piedad el *cyborg*—. Por eso no te dieron el dato desde el principio; para no impresionarte, niña: con el nacimiento de las crías, las hembras mueren. Siempre. Triste, pero cierto. El espacio que va quedando para sus cerebros dentro de sus propios cráneos comienza a reducirse ya desde las primeras semanas de gestación. Poco a poco la camada en constante crecimiento ocupa más y más lugar y con ello al final acaba por aplastar por completo el cerebro de la madre.

—Qué poético, ¿no? —dijo simplemente Serm, sintiendo ganas de vomitar al imaginarse el proceso.

Huklein continuó, implacable:

—Si te lo parece. Pero los *mudgorgs* son criaturas tremendamente fuertes, incluso así, descerebradas y convertidas en una especie de vegetales paralizados, ellas sobreviven hasta el nacimiento mismo de sus hijos, es decir, hasta que los pequeños se abren paso hacia el exterior a mordida limpia, a través del tejido óseo de sus cráneos. ¿Cruel, no? Pero resulta que si la madre no está viva en ese momento, por alguna extraña razón de su naturaleza, los *mudgorgs* chicos jamás salen a la luz, sino que se quedan dentro de su cráneo cubil hasta que mueren de inanición o se comen los unos a los otros —pronunció lento el *cyborg*, bien consciente del horror que experimentaba la muchacha al enterarse de todos los detalles del asunto—. Por eso, las felices mamitas aguantan ese inmenso sufrimiento, contra todo pronóstico, mientras los machos vuelven al redil como santos corderos, cuidándolas y alimentándolas, y luego a las crías recién nacidas, hasta que estas han crecido lo suficiente como para valerse por sí mismas; entonces abandonan la comunidad y se van a lo más profundo de las selvas para morir en soledad, dejando todo el planeta para la joven generación. ¿Lindo, no? En mi opinión, estás perdiendo el tiempo. Nada de culto de acoplamiento: no hay raciocinio en sus actos. Son simples esclavos de su instinto, de sus hábitos, no…

—Eso no lo sabemos aún —lo cortó Serm—. El apareamiento mismo y hasta su rito de cortejo nos dicen bien poco sobre los motivos que podrían guiar esa conducta. De cualquier manera, aún no entiendo muy bien qué demonios hago yo en este pantano, espiándolos, cuando cualquier robot o hasta desde la órbita con satélites y cámaras de alta resolución se podría realizar esta misma labor no solo bien, sino mejor… y en todo caso, con mucho menos riesgo.

—Cosas del Sistema —se encogió de hombros Huklein—. Ellos ordenan, nosotros obedecemos. Supongo que creen que un observador humano sobre el terreno puede captar algo que se les escape a las máquinas o a los instrumentos y porque ninguna cámara orbital, por mucha resolución que tenga, puede ver bajo la capa de vegetación de esa selva en la que viven los *mudgorgs*. Termina pronto, amiguita, y procura tener más suerte que el resto. Observa bien, trata de descubrir algo que los demás hayan pasado por alto. Al menos danos alguna clave para acabar de comprender a esos bichos. Y siempre recuerda: el sexo lo es todo. Lo mismo aquí en este planeta olvidado por Dios, o en nuestra Tierra, la procreación siempre es lo primero. Por la mejor pieza y el mejor sexo somos capaces de mentir, de fingir, incluso de matar; ¡en el fondo, todo se reduce a eso, todo es tan primitivo! Simple cuestión de instintos, Serm. Sin embargo, atenta: inteligencia o no, muchos en la base sospechan que tras esa capa superficial de instintos reproductivos, los *mudgorgs* esconden algo más. ¿Recuerdas lo que contaban los primeros exploradores de este planeta, cómo juraban haber visto las ciudades portentosas de esta especie y su poder? ¿Y las piedras de luz con que transformaban la naturaleza y el clima a su derredor? ¿Te imaginas que algo de todo eso, aunque fuese solo una parte, resultara cierto, y que pudiésemos llevar alguna de esas maravillas a la Tierra? Seríamos los héroes de los próximos dos milenios, ¿verdad?

—Vamos, Huklein ¡ciudades perdidas! ¡piedras mágicas!; esas son tan solo historias para dormir a niños y novatos de la Base. No me digas ahora que llevamos dos décadas varados en este horrible sitio cenagoso persiguiendo justo esa clase de leyendas —ella lo miró con ojos suplicantes —. Sí, porque todo lo que cuentas es la parte hermosa del asunto, pero ¿acaso has perdido la memoria? ¿No recuerdas cómo quedaron los primeros exploradores de Aita? Locos, alucinando, con visiones constantes que los dejaron inútiles para cualquier trabajo, aquí o en la Tierra. Todavía hoy los pocos que sobreviven lejos de los *mudgorgs*, esos adorados dioses *mudgorgs* suyos a los que tanto añoran, están todos recluidos en clínicas mentales. ¿Es acaso ese el hermoso destino que deseas para mí, para ti, para todos nosotros?

—Claro que no. Nada de eso; ellos, simplemente, fueron tontos, no supieron manejar la situación, Serm —la calmó el *cyborg*—. No cometeremos ese mismo error. Y fíjate: Aita, el nombre de este planeta, ¿sabes qué significa en la lengua de aquellos primeros navegantes que lo descubrieron?

—Lo sé: riqueza infinita —respondió la mujer.

—Eso mismo; así fue como la nombraron cuando descendieron. Y aún no habían sido declarados locos. Ellos también dijeron que los *mudgorgs* habían leído en sus mentes, y que por eso esconderían todas sus ciudades

de la envidia y las ansias de conquista de los humanos, para salvaguardar su civilización. Quizás esa sea la razón por la que ninguno de los que vinimos después ha encontrado en Aita más que plantas y ciénagas. ¿Una historia para dormir niños y novatos? Tal vez, pero también podría haber algo de verdad en ella. Y nosotros queremos descubrirlo. Así que tú quédate tranquila ahí, espera y observa, que para eso te pagan, querida, y bastante.

La muchacha cortó la comunicación, con un espasmo de rabia haciéndole vibrar las mejillas. Intentó volver a prestar algo de atención al monótono ritual de cortejo de aquella especie de pulpos repugnantes, que por lo visto solo pensaban en pegarse todo el tiempo los unos a los otros.

Seguir mirando las suaves figuras de los *mudgorgs,* que parecían fluir unas a través de las otras en su cópula desenfrenada, ya le revolvía el estómago.

Pero se obligó a observar una vez más todo el proceso, el avasallamiento de los débiles, el cimbrear de las escamas de los vencedores, los silbidos apagados cuando finalmente dos cuerpos se encontraban.

El color grisáceo de las escamas corporales se confundía con el de la flora local y, en el centro de su asco, estaba aquel olor almizclado de los *mudgorg*s en celo, que penetraba la pituitaria de Serm, pese al filtro de su máscara respiratoria, provocándole náuseas.

Aunque extrañamente, también la excitaba.

Se obligó a cerrar las piernas, para que la humedad que nacía de su centro no le resbalara muslos abajo.

—Bendita suerte —exclamó, mientras viraba el rostro y un silbido de deseo la estremecía. Cerró los ojos, y evitó ver más.

—*Ugk, ugk*… *arft, arft*… Me incorporaré a su ritmo. Quiero comprobar si huele bien. Aishna habla de ellos como si fuesen plagas contagiosas; por ella deseo infectarme. Me gusta demasiado. Voy a cortejarla. Quién sabe si con la unión logre crear una especie superior y más poderosa. Lleva días mirándome y ya puedo sentir el sabor de su deseo que despierta. La tomaré para mí. Humanos los llaman, pero ella huele bien: a barro, polvo y savia.

—*Saich, saich*… *arft, arft*… detente ahora, pon fin a la aberración. ¡Mal de *watr*, mal de *retr*! ¡El peor de los pecados de un *mudgorg*! Déjala en paz y busca en otro sitio la satisfacción. Hermosas hembras esperan por ti en la ciudad. Un engendro procreado del apareamiento con esta criatura solo será tu caída ante los *Jirtyu*, señores del bosque y el mar.

—*Ugk, ugk*… *arft, arft*… No me importa ahora; tantas amenazas para nada. Soy apenas un *tiuyry*, pero ya poseo autonomía y derechos dentro de la camada. La quiero a ella. La tendré hoy. Cuando yo lo diga. En unos instantes. Solo yo decidiré, porque soy voz de *uiry-traidem-noz*.

—*Saich, arft*… Haz lo que consideres mejor. Respeto tu voluntad, pero

me temo… *wertry, wertry*. Que los *Jirtyu* te protejan.

—*Ugk, arft*… Calla ya. Me desconcentras. Ella es.

La mujer notó una agitación inusitada entre los *mudgorgs*.

Sus manos saltaron a la empuñadura de «Jenofonte», y el arma láser de puntería controlada por IA se movió sola, su buscador autónomo de blancos rastreando cualquier posible objetivo que se aproximase a su ama.

Pero no había ninguna amenaza y el sofisticado sistema volvió a inmovilizarse.

Serm la guardó en su funda, con un suspiro. Empezaba a sentirse cansada, y su vista no era la misma. Maldijo en silencio su suerte y al intransigente de Huklein, que le había exigido que aguardase allí hasta que…

—¿Hasta que ocurriera un milagro?

Entonces, una pierna se le acalambró horriblemente, como si un insecto la hubiera picado. Un relámpago le sacudió la cabeza, y distinguió un tentáculo ocre aferrado a su piel. Por puro reflejo, tiró del miembro y este se desprendió de su piel.

Un maldito *mudgorg* la había picado.

Entonces intentó ponerse de pie, pero no lo consiguió. Su mente estaba sumida en tinieblas. Le resultaba difícil reaccionar, como si lo viera todo en cámara lenta.

—Oh, demonios —pensó, y de repente se sintió encerrada, claustrofóbica—. Estoy indefensa —intentó desenfundar nuevamente a «Jenofonte» pero no lo consiguió.

Procuró, ya que no lograba erguirse del todo, al menos mantenerse firme como estaba, semirrecostada a un tronco, pero percibía todo su cuerpo como una inmensa masa gelatinosa, que escapaba inexorable a cualquier control voluntario, resbalando hacia abajo, cada vez más hacia abajo, hasta caer inerte, tendida sobre el suelo.

Aún encontró fuerzas para manotear de nuevo, desesperada, la funda de su arma… pero «Jenofonte» se escapó por entre sus dedos, lo sintió pesado, pesadísimo, como si su masa se hubiera centuplicado en aquellos pocos segundos.

Un conato de vómito se le atravesó a Serm en la garganta.

En un último vistazo, captó una sombra pequeña que se le aproximaba serpenteando cual una flor en el viento.

Moviendo sus tentáculos en un rito de cortejo.

Tomándola, bebiendo de ella.

Y el inconfundible, penetrante aroma de los *mudgorgs* en celo colmó el olfato de Serm.

Pero no tuvo tiempo de suplicar ayuda, porque ya caía en un abismo sofocante de deseo. Su entrepierna se humedeció casi de golpe. Un sinfín de rígidas «lanzas» la subieron a lo alto. Los árboles coronaron su cabeza.

Y supo que debía dormir, dormir largamente, dormir quizás para siempre.

Abrió los ojos, desorientada.

Aita había desaparecido. En su lugar se extendía una vasta llanura oscura. En la Tierra. La luna brillaba y un coro de voces sin concierto sonaba junto a ella.

Se preocupó. ¿Cómo había regresado a su mundo nativo?

De repente, aquello dejó de importarle.

Estaba frente a la hoguera, rodeada por mujeres. Todas llevaban los brazos cargados de ajorcas y pintados los rostros con tintura roja; solamente ella estaba desnuda y cubierta por símbolos también trazados en rojo.

El fuego le pareció una rosa salvaje que añoraba acoger entre sus senos. Se acercó a él y deseó quemarse. De pronto sentía una necesidad urgente de encontrar un cuerpo que se amoldara al suyo; alguien que penetrara su piel y sus secretos y la condujera a un carrusel de orgasmos.

Entonces, saliendo de las tinieblas, se aproximó un hombre.

El hombre.

A Serm le pareció conocido, pero su mente permanecía perdida, como si comenzase a vivir en aquel preciso instante.

Alguien gritó junto a ella. Conteniendo el aliento, un hombre se colocó a la espalda de Serm, mientras tanteaba la cercanía de su cuerpo con dedos hambrientos.

—Ven a mí, que pertenezco a las llamas —articuló Serm lentamente, arrastrando las palabras, y comenzó a bailar para él con movimientos sinuosos. Sus pies danzaban con frenesí, cada vez más rápidos, más… hasta que cayó desfallecida.

Entonces, el hombre se tendió sobre Serm y respiró fuerte en el hueco de su hombro.

Ella era la serpiente del deseo; él, la flauta sagrada que la hacía moverse.

Miles de imágenes pasaron ante los ojos de la muchacha y la hicieron tambalearse, como ante un viento huracanado.

Luego llegó la calma.

Ahora Serm navegaba en un navío cargado de provisiones. Las velas ondeaban henchidas, cadenciosas. La mujer advirtió una cruz grabada en la tela blanca, un símbolo que le pareció a la vez familiar y remoto. Escuchó el llamado de los pájaros, la urgencia de su propia carne aún insatisfecha, y comenzó a buscar al hombre.

Un látigo restalló justo a su costado y le mordió la piel. Serm sonrió con lascivia.

—Eres tú nuevamente —lo acechó, reconociéndolo.

Él la condujo hasta la proa y la obligó a mirar.

Ella divisó a lo lejos unas costas vírgenes, donde un grupo de seres desnudos se amontonaban con los brazos extendidos hacia el navío en un inconfundible gesto colectivo de saludo. Sus pieles morenas brillaban sobre la arena.

—América —balbuceó Serm y cerró los ojos. El viento batió las velas del barco—. La vieja América que siempre quise conocer. Y tú me has traído hasta ella.

La marea los meció y acogió en su pecho de espuma.

Con rabia y placer, Serm buscó la lengua de su amante y lo condujo al centro de su deseo.

El barco comenzó a oler a selva, agua, savia y barro, pero la mujer no percibía más que su propio orgasmo y olor.

Las orillas se perdieron tras una nube de fuego y Serm volvió a suspirar.

Sus propios gritos la sorprendieron, aún cuando esperaba arder de un momento a otro. El sexo de él la sometió, obligándola a quedarse quieta cuando todo había acabado.

Serm esperó que comenzara de nuevo, para acoplarse a sus movimientos en una cópula sin fin. No estaba cansada, no… y no quería que acabase nunca.

Podría pasar toda su vida cabalgando aquella carne trémula y tibia que tan bien se amoldaba a la suya. Era la Diosa de la Fecundidad.

El hombre extendió sus manos sobre el paisaje, mostrándole aquel mundo que había recreado para ella.

«Míralo y dime si es como lo soñaste». Serm escuchó aquella voz dentro de su mente, en una lengua que no era ningún idioma de la Tierra, pero que sin embargo entendía a la perfección. «Dime qué más añoras o quieres y yo te lo daré. Pídemelo tan solo, mujer».

Serm se detuvo un instante y se asomó.

París corría bajo sus pies.

El Sena, Notre Dame y sus colores. La luz del sol incidía en el río y se derramaba sobre ellos como un espejo. Cientos de humanos pasaban por su lado, pero nadie los miraba. Nadie prestaba atención a su deseo y su desnudez.

Miles de figuras conocidas desfilaron, inclinándose ante Serm y el hombre: María Antonieta, Bonaparte, Monet, Debussy, Toulouse-Lautrec, y tantos otros y tan famosos que ella apenas si tenía ya tiempo o ánimos para asombrarse.

El hombre sonrió.

—¿Quieres más? Dime qué ansías ahora, Serm.

—Esto es lo que quiero —pronunció ella débilmente, mientras pegaba sus senos al pecho de él.

—Pues si lo quieres, tuyo es, como lo ha sido siempre. Así será.

Los cristales llameantes de la edificación los escondían de los ojos del mundo.

Serm observó los luceros artificiales de Treyur, la Primera Construida por los hombres en el cielo, remontarse en las alturas, para luego desaparecer entre los Satélites de Programación.

Aquella era la primera urbe neotecnológica que sobre la Tierra había desafiado las leyes de la gravedad para ascender hasta las nubes. Robots de todos tipos y tamaños deambulaban sobre sus gráciles construcciones en un celoso y constante patrullaje.

Serm, desde su más tierna infancia, la había visto elevarse sobre sus utopías de niña, sobre la mugre de su búnker de clase media. Nunca la había alcanzado. Nunca había contemplado el resto de las ciudades vulgares desde aquel alto y flotante sitial del poder y la gloria humana.

Él había cumplido su sueño.

Y agradecida, una vez más se dejó conducir Serm, ensimismada, al centro del misterio del sexo.

Solo eso le importaba: copular, copular de nuevo, una y otra vez, hasta que la eternidad llegara a su fin. Estar siempre y aún después junto a aquel hombre potente y misterioso. Aprender su arte. Imitarlo. Superarlo, si tal cosa fuese posible.

Treyur, la urbe de cristal, tan hermosa como alta, que cada noche ascendía entre las estrellas como un pecio a la deriva, ya no tenía ningún significado para ella. Ni siquiera necesitaba a la Tierra, su planeta natal, que tanto había añorado durante todos aquellos años de vagar entre mundos lejanos y extraños.

Él era la roca donde sus esfuerzos se rendían; ella, el cincel incansable.

Sudaron juntos; cada uno buscó los lugares más recónditos del cuerpo del otro amante. Intercambiaron fluidos y olores.

Treyur desapareció, pero Serm era feliz.

Nada, excepto ellos dos, existía en su eterno, intemporal apareamiento…

…solo la oscuridad y el bosque de rígidos tentáculos de los *mudgorgs* que sostenían su fertilidad.

—*Ugk, arft* —musitó el amante junto a su oído.

La mujer asintió alegre, segura de sus palabras. Podía comprenderlo, e identificarlo sin error aún en medio del mar de «lanzas» del resto de la camada.

Se dejó conducir sin resistencia hacia lo más profundo de la selva de Aita.

—Preciosa mía —farfulló Huklein, entristecido, atento a la pantalla—. Será difícil apartarte de ellos.

El resto del Equipo asintió… pero no con pena, sino con euforia; el proyecto rendía sus primeros frutos, tras largos años de infructuosa espera.

Los hoscos alienígenas habían finalmente caído en la trampa. Los *mudgorgs* acogían la bomba, la estrechaban felices entre sus tentáculos, solo pendientes de recibir a la nueva hembra… sin importarles su apariencia humana.

Era su olor, su olor modificado lo que los fascinaba.

Con los ojos abiertos, Serm, oliendo más a hembra que ninguna hembra *mudgorg* jamás nacida sobre Aita, dormía mientras se internaba en el bosque, drogada por el veneno del tentáculo.

Dormiría largo tiempo: años, décadas tal vez, quizás, incluso, siglos. Y así dormida, soñando con los ojos abiertos, sería siempre conducida por los *mudgorgs* hasta lo más profundo de aquellas selvas impenetrables que ningún humano conocía.

Las mismas junglas que debían esconder los más íntimos secretos de su raza: sus ciudades perdidas en el tiempo, sus piedras de luz, sus tesoros.

Serm dormía, sostenida y sometida por miles de alucinaciones dolorosas. O placenteras.

Nadie más que ella podría saberlo, o decirlo. Y ella no podía.

Huklein se preguntó si el sacrificio de aquella mujer sería de veras necesario.

—Sí, lo es —se respondió a sí mismo a media voz—. Desde luego que lo es.

La insaciable sed de saber del hombre había sido, desde los comienzos de su historia, el motor impulsor de muchas de sus acciones. Para saciar esa sed habían atravesado en sus frágiles naves decenas y luego cientos de años-luz. Lo habían hecho enfrentándose a los prejuicios oscurantistas de buena parte de la humanidad, temerosa de las infinitas extensiones del cosmos, encomendándose solo a sus máquinas y al capricho de los astros. Habían visitado muchos mundos sin nunca encontrar semejantes.

Hasta llegar a Aita.

Y después de todo aquel esfuerzo, no iban a rendirse así como así, solo porque aquellos tercos y extraños *mudgorgs* se negaban a comunicarse con ellos, a mostrarse incluso como los iguales suyos de intelecto que debían, que tenían que ser pese a toda su mascarada.

No, ahora no podrían volver con la frente alta sino como vencedores de aquel desafío, tras haber alcanzado la gloria del Contacto Pleno, del Mutuo Intercambio de Ideas, Palabras, Conceptos, Ciencias.

O al menos, de poder decir y poder demostrar, a todos los escépticos y cobardes que habían quedado en la Tierra, que aquel largo viaje no había sido en vano. Que existía como mínimo otra especie tan dotada de raciocinio como los humanos, aunque no pareciese ni siquiera interesada en comunicarse con ellos.

—La única verdad de una especie es el sexo —musitó de nuevo Huklein —. Nadie puede escapar de él. Cualquiera con una capacidad mental

mínima, la usará para pensar en su deseo, y en cómo lograrlo. Es así, siempre lo ha sido… Por eso el *mudgorg* la poseyó. Ahora es suya. Hicimos bien en modificar sus olores.

El *cyborg* meditó una vez sobre el precio a pagar por el conocimiento que Serm les permitiría alcanzar. Era alto, muy alto.

Aunque no fuera más que una simple chiquilla, un pequeño sacrificio dentro de la misión, era siempre una congénere, una humana. Además, él, personalmente, había llegado a tomarle afecto.

¡Pobre dulce muchacha, que habían ofrecido en holocausto en aras de su curiosidad, como mismo se entregaban antaño las vírgenes en los altares de los dioses!

¡Pobre niña, que creyó en ellos, sus superiores!

Pero en fin… el tiempo discurría a su favor: ¿y quién sabe si algún día, dentro de años, décadas o siglos, tras seguir los pasos de los *mudborg*s a través de medio planeta de selvas intransitables, lograban rastrear a Serm y devolverla a la sociedad?

Era aquella, en verdad, una esperanza pequeña, muy pequeña… sobre todo porque, en su fuero interno, Huklein dudaba de que alguna vez en lo adelante quisiera la joven abandonar el refugio de los *mudgorgs*… y de sus propios sueños.

Algo similar había ocurrido con los primeros exploradores de Aita, que tuvieron que ser localizados en la selva, cazados y luego reducidos con redes eléctricas para poder devolverlos a la Tierra en contra de su voluntad.

Y eso que nunca dejaron de oler como hombres…

Los *mudgorgs* avanzaron sobre el pantano, seguidos por la mirada alerta de los científicos a través de las nanocámaras implantadas en las retinas de la mujer inconsciente. Finalmente, los humanos podrían comprobar si existía verdadera inteligencia en aquella especie silenciosa.

Y también descubrir el poder de sus famosas piedras de luz… si acaso las leyendas eran reales.

Entre los tentáculos amorosos, la mujer dormía, como una estatua destronada.

—Parece una diosa —observó Huklein, ensimismado.

—La diosa de la fecundidad —dijo alguien a media voz.

Datos de la autora

ELAINE VILAR MADRUGA (La Habana, 1989).

Narradora, poeta y dramaturga. Miembro de la AHS.

Ha publicado la novela *Al límite de los Olivos*, Editorial Extramuros, 2009; *La hembra alfa*, Editorial Letras Cubanas, 2013; *Promesas de la Tierra Rota*, Editorial Gente Nueva, 2013; *Salomé y Dime, bruja que destellas*, Casa Editorial Abril, 2013; *Alter Medea*, Antares Publishing House of Spanish Culture, Canadá 2014; y en ese mismo año *De caballeros y dragones* y *Framboyán*, Ediciones La Luz; *Soy la abuela que vuela*, Ediciones Unión; *El árbol de los gatos*, Metec Alegre Edizioni, Italia. Ha publicado con Ediciones Lugar Común de Canadá la novela *Bestia*, en 2015. También ha compilado y prologado *Axis Mundi: antología de cuentos cubanos de fantasía*, Editorial Gente Nueva, 2012 e *Hijos de Korad: antología del taller literario Espacio Abierto*, publicado también bajo ese sello, pero en el año 2013.

OTRAS PUBLICACIONES EN E-BOOK DE LA EDITORIAL JOSÉ MARTÍ

El reto de vivir en familia
Cada cual a lo mío
Cocinando en casa
Adiós muchachos
Solo por un tiempo
Habaneros famosos de ayer y de hoy
La familia. ¿Cómo asumir eventos inesperados?
Habanísima
La república de las letras
Las cosquillas de Adán
Aquel año en Madrid / That Year in Madrid
Los herederos del trono
Pintura cubana: Temas y variaciones / Moden Cuban Art: Themes and Variations
Imagen y belleza
La palabra
Paseo por La Habana
Gentes de San Apapucio
Cáncer, mujer y familia
Artistas en la memoria
Malasombra